

F

2845

.E 77

1888





Class 5200

Book 511

1888

JUAN M. ESPORA

EPISODIOS
NACIONALES

Honrar con justicia la memoria de los muertos, es estimular las virtudes de los vivos. Es hacer un servicio á la Pátria, promoviendo su gloria y su engrandecimiento—
(*Agustin Francisco Wright*—Biografía del Coronel Espora.)

TERCERA EDICION

Obra declarada como texto de lectura de los Establecimientos de Educacion Militar, Ejército y Armada

BUENOS AIRES

C. CASAVALLE, EDITOR

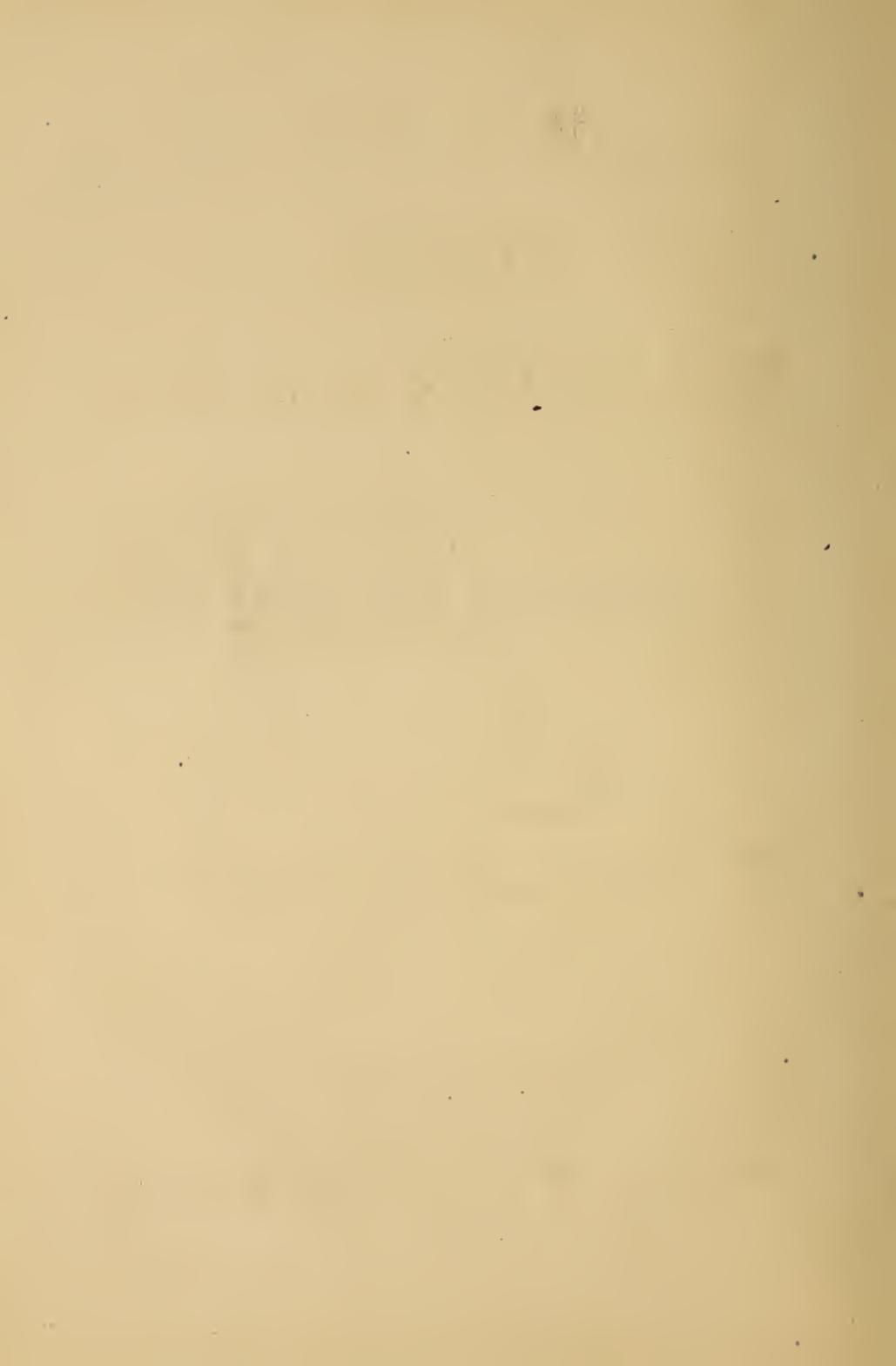
Imprenta y Librería de MAYO, Perú 191 (antes 115)

1888

264502

103

EPISODIOS NACIONALES



21001
JUAN M. ^{anuel} ESPORA

EPISODIOS NACIONALES

Honrar con justicia la memoria de los muertos, es estimular las virtudes de los vivos. Es hacer un servicio á la Pátria, promoviendo su gloria y su engrandecimiento—
(*Agustin Francisco Wright—Biografía del Coronel Espora.*)

TERCERA EDICION

Obra declarada como texto de lectura de los Establecimientos de Educacion Militar, Ejército y Armada.

BUENOS AIRES

C. CASAVALLE, EDITOR

Imprenta y Librería de MAYO, Perú 191 (antes 115)

1888

F2845

E77

1888

37654
103

4-5219

Recat. Hjel 18 1146

Al Sr. Dr. Miguel Navarro Viola

HOMENAJE HUMILDE DE GRATITUD Y RESPETO

CARTA DEL SEÑOR CORONEL GUIDO

Sr. D. Carlos Casavalle.

Me impone Vd. un compromiso á que no sería posible esquivarse, cuando invoca Vd. mi pálido criterio sobre los rasgos biográficos trazados por el teniente D. Juan M. Espora.

La labor de este nieto de uno de los iniciadores afamados de la marina argentina, es una piedra ornamental del monumento inaugurado ya por ciudadanos eminentes en el ingenio ó en las armas.

Nuestro jóven paisano ha sido feliz en la eleccion de los episodios con que borda su primera ofrenda. Ella se ilumina con el amor á la verdad, y con la passion por las acciones generosas, ó por esos sacrificios oscuros que exigen corazon sensible para comprenderlos, y pluma fiel para gravarlos en el pórtico de la República.

Espora, con tradiciones domésticas que deben inspirarlo, y con educacion militar que ha aprovechado, está fuerte para esa mision congenial á la juventud, y

oportuna siempre cuando se anubla el horizonte moral de los espíritus.

Además, el narrador no se contenta con arrebatarse al olvido los nombres de libertadores de este continente, sino que nos trasporta á las olas donde se mecieron las improvisadas caravelas de la independencia de América.

Aplaudo que bajo los auspicios de Vd. aparezca una compilación preciosa, esperando que el escritor continúe espigando un campo sembrado de recuerdos perpetuos.

JOSÉ T. GUIDO.

Buenos Aires, Junio 30 de 1886.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION

Este humilde trabajo que tenemos el honor de ofrecer al público, es simplemente un homenaje á la memoria de esa multitud de héroes olvidados, que en defensa de sus nobles convicciones rindieron su vida en holocausto de la patria y de su fe política, en la epopeya inmortal de la independencia sud-americana.

Hoy, despues de setenta años, léjos de la atmósfera de fuego que respiraron los hombres de la época revolucionaria, extraviadas muchas veces sus pasiones por el entusiasmo de la lucha que sostuvieron contra la dominacion española y entre ellos mismos, se ha pesado en imparcial balanza sus méritos y sus defectos, su patriotismo y sus flaquezas, dando á cada cual su parte, en esa obra gigantesca y sublime de legarnos una patria independiente, grande y feliz.

Esos hechos aislados que tuvieron por teatro el vasto escenario de la revolucion de Mayo, bastarian á otras naciones para dar una muestra del heroísmo y virtud cívica de sus hijos; pero entre nosotros, donde hay un

Paso de los Andes, Crucero de "La Argentina," un Chacabuco, un Salta, un Tucuman, un Ituzaingó, hemos pasado casi siempre á la ligera, en las brillantes páginas de nuestra historia, acciones gloriosas llevadas á cabo casi individualmente.

Los ejércitos argentinos en la guerra de la independencia estuvieron animados siempre del mas puro patriotismo, del mas grande heroismo, y es por eso que hasta sus mas humildes soldados conquistaron la corona inmarcesible de la gloria!

Un Cabral en San Lorenzo, un Gomez en Tambo Nuevo, un Falucho en el Callao, un Prudan y un Millan en el infame sorteo de Matucana, son un ejemplo de lo que acabamos de decir.

Verdaderamente no combatian por la muerte ni la gloria, luchaban por la inmortalidad y la redencion de un mundo!

Ante la memoria inmortal y venerada de esos héroes, nos inclinamos con el respeto y reverencia que merecen el valor y la virtud, esperando que el agradecimiento nacional, les erija un monumento, tan grande como su abnegacion y tan eterno como su nombre, para que la gratitud de un pueblo tenga siempre ante su vista el recuerdo de los que cayeron denodadamente en su defensa, y pueda la juventud que se levanta inspirarse en las horas de prueba de la patria.

J. M. E.

NAÕ COMERÁS MAIS PAÕ (1)

I

El 30 de Julio de 1826, la division bloqueadora de Buenos Aires compuesta de 1 fragata, 4 corbetas, 4 bergantines, 1 bergantin-goleta, 10 goletas, 3 deates, 6 queches y 2 balandras cañoneras, se puso en movimiento en las primeras horas del citado dia, desde la rada exterior, para atacar á nuestra escuadrilla que se hallaba surta en los Pozos y constaba de los siguientes buques: corbeta *25 de Mayo*, barca *Congreso*, bergantines *Constitucion* y *República* y siete pequeñas cañoneras.

Las aguas del Plata eran apenas rizadas por una

(1) Al escribir estos ensayos hemos consultado las obras mas caracterizadas sobre historia nacional; las del señor general Mitre, doctor Lopez, doctor Carranza, señores Pelliza, Zinny, generales Espejo, Lamadrid, Paz, Efemérides Americanas, etc., etc.

Cumplimos con el agradable deber de manifestar nuestra gratitud á los señores generales Espejo y Frias, tenientes coroneles Medeyros y Luzuriaga, y doctores Carranza y Eguia, por sus interesantes datos verbales.

suave brisa: veíase desde tierra ondear en los mástiles de nuestros bajeles el pabellon de la pátria.

La escuadra brasilera continuaba avanzando, en tanto que la nuestra se preparaba al combate. El espectáculo era imponente, el momento solemne!

La gran muchedumbre de pueblo que se hallaba agolpada sobre las barrancas del rio, contemplaba con el mas profundo silencio, el cuadro que muy pronto se convertiría en sangre y humo.

La insignia de Brown, flameaba en la *25 de Mayo*. Nuestro almirante que jamás se habia amedrentado ante un número mucho mayor de buques enemigos, porque siempre estaba acostumbrado á vencerlos, tomó las disposiciones para el combate con la mayor serenidad, é impartió las órdenes del caso. Una vez terminado esto, se dirige á su segundo, el entonces Sargento Mayor Espora, y palmeándole en los hombros, le dice con tono risueño: *Espora, hoy tendremos un dia glorioso, si todos cumplen con su deber, como sé que lo hará este buque . . .* Un momento despues truenan los cañones de los imperialistas, acto continuo contestados por los de nuestros buques, cuyos tripulantes y el pueblo que estaba apiñado en la ribera responden á su estampido con un *¡Viva la pátria!* y un prolongado *¡hurra!* El combate estaba empeñado. Los brasileros, sea por orden de su jefe ó por hacer alarde de su fuerza, estrechaban la línea con vigor, haciendo un nutrido fuego de artillería, el cual era secundado por el de fusilería desde las cofas.

No habia que dudarlo, ellos pensaban ese dia aniquilar para siempre nuestra escuadra, pero de preferencia

trataban de convertir en pedazos nuestra nave capitana.

Esta era atacada por fuerzas muy superiores y su cubierta barrida por los proyectiles, á punto de que los tripulantes tenian que recoger los cadáveres para dejar expedito el tránsito sobre cubierta. La arboladura de la *25 de Mayo* habia sido completamente destrozada, no quedando sitio donde la metralla no hubiera hecho sentir sus terribles efectos; pero sus heróicos marineros, habian jurado, *irse á pique antes que rendir el pabellon*, y fieles á su promesa, sacaban fuerzas de donde las saca el heroísmo para cubrir con eterna gloria el pabellon que flameaba en los mástiles de sus naves, ó sino hundirse en los abismos, con la conviccion de los que cumplen su deber hasta el sacrificio.

El comandante Espora, estaba gravemente herido. En circunstancias que toma una bocina, viene una bala y se la lleva, volviendo á pedir otra sin turbarse. Brown, al ver su buque inutilizado, sigue el ejemplo de Collingwood en Trafalgar, y va á hacer flamear su insignia en el *República*. Antes de abandonar la *25 de Mayo* le dice á Espora: *Prenda Vd. la Santa Bárbara antes de rendirse*. Este, recostado sobre el puente de su buque, “despreciando los dolores físicos de su herida, cual otro Dupetit Tohuars en Aboukir”, ordena á sus marineros, que si él moria y el buque era rendido por los brasileros al abordaje, arrojaran su cuerpo al agua, *pues prefería ser pasto de los peces argentinos y no trofeo del enemigo*. Entonces un marinero que en otros combates habia dado pruebas de muchísimo valor, responde con

la nobleza y altivez del gaucho: *Mi comandante, pa que nos agarren el barco es preciso que tuitos haigamos muerto.*

Copiosas lágrimas rodaron sobre las mejillas de Espora, (cuentan testigos oculares) al oír la contestacion del bravo marinero. Es de sentir que la historia no conserve el nombre de este patriota heróico y sencillo.

El desigual combate se prolongaba ya por espacio de dos horas. El bergantin enemigo *Caboclo*, mandado por Juan Pascual Grenfell, era el que hacia mas vivo fuego y tomaba mas empeño en destruir completamente el bajel republicano.

En medio de la desesperacion, los marinos de éste que aun podian servir las piezas, cargan una de estas, y como último consuelo y esperanza la disparan sobre el *Caboclo* al grito de *¡viva la patria!* El proyectil es bien dirigido y barre la cubierta del buque enemigo, hiriendo gravemente en el brazo izquierdo á su comandante, que cae aniquilado por la herida. Entonces, el buque se retira, pero los otros sostienen el combate y tratan mas que nunca de destruir á la *25 de Mayo*.

El comandante de la goleta *Rio*, Leonardo Rosales, al ver así aislado y en lucha tan desigual al buque de la patria, acude en su auxilio á toda fuerza de vela, despues de haber sostenido un reñido combate con dos buques enemigos, y logra, por medio de una hábil maniobra, interponerse entre los atacantes y nuestra capitana, luchando heróicamente. Cuando se habia disipado un poco el humo, distínguelo Brown, y exclama conmovido:

“Sabe batirse mi pobre muchacho con su brava gaviota!”

La escuadra enemiga habia sido rechazada en toda la línea, y aunque tuvimos mas pérdidas, la victoria moral quedó de nuestra parte.

Una hora despues llega un bote á la playa conduciendo un guerrero. “Es el mayor Espora, que viene herido,” dicen unos; “no, que está muerto,” responden otros. Los ciudadanos mas repetables (agrega su biógrafo) entran al rio con el agua á la rodilla para conducir en hombros al digno comandante de la *25 de Mayo* dándose por muy satisfechos los que alcanzan á tocar el jecho enrojecido, cuando en medio del asombro de todos, el herido se incorpora en la camilla, con el rostro negro por el humo de la pólvora y cubierto de sangre, dice con voz sonora: *“No es nada, mis queridos compatriotas, mientras viva la pátria.”*

Un prolongado ¡hurra! siguió á estas palabras y el pueblo lo acompaña hasta su hogar; calmando la ansiedad de todos cuando los periódicos anuncian que salvaria de sus heridas.

II

Entre la apiñada muchedumbre, se veia un hombre, que frizaba ya en los cuarenta años, alto, delgado, color muy trigueño, tostado por el ardiente sol de los trópicos. Por los jestos y acciones que hacia, demostraba claramente no participar del entusiasmo del pueblo, en ese dia de eterna gloria y eterno recuerdo.

Pero en medio del frenesí patriótico que á todos ani-

maba, muy pocos eran los que habian fijado en él su atencion, pasando desapercibido por la generalidad.

Cada cual comentaba á su manera el combate que acababan de presenciar, y que no habia terminado, por que aún repercutía en sus oidos, como un imperceptible ruido lejano, el ronco estampido del cañon.

La mayor parte apostrofaban como era natural en esos momentos de indignacion, la conducta de los enemigos, que con una escuadra formidable no habian podido aniquilar nuestra débil escuadrilla.

Aunque destrozaron casi completamente nuestra nave capitana, el pueblo tenia el orgullo de haberla visto batiéndose con un admirable valor, y despues hecha pedazos y perdidas las dos terceras partes de su tripulacion entre muertos y heridos, se retiraba del combate, flameando airosamente en su popa el emblema de la pátria, y así haciéndose agua, convertida puede decirse en un sarcófago de héroes, imponia respeto al enemigo, que no se atrevia á seguirla, contemplándola deslizarse tranquilamente, sobre las aguas que acababan de teñirse con la sangre de sus bravos tripulantes. El pueblo seguia detrás de la camilla del herido, y dando vivas y hurras á Brown, á Rosales y admirando la bizarría del comandante de la *25 de Mayo*.

El hombre que momentos antes desaprobaba con acciones y jestos, el regocijo de todo un pueblo que aplaudia en esos momentos con justísimo orgullo á uno de sus intrépidos defensores, que preferia mil veces la muerte antes que dejar de cumplir con su deber, empezó á llamar la atencion de la concurrencia, al observar á este

individuo, que no solamente se mostraba contrario y no aplaudia á la par de los demás, sino que á su descontento, se permitia decir, haciendo referencia al herido: "*Naó comerás mais paó.*"

Forzoso es reconocer que el tal *hombrecito*, era de mucho pelo en pecho ó se hallaba en disposicion de afrontar y sufrir las consecuencias que le sobrevinieran por ofender de este modo, en tan solemnes momentos, á un defensor de la patria, que recibia como homenaje la admiracion y el cariño de sus compatriotas, y por ofender tambien, á un pueblo que se enorgullecia con justicia, por el comportamiento de sus hijos en tan desigual pero glorioso combate para los marinos de la República!

Es imposible describir la indignacion que semejantes palabras produjeron en el ánimo de toda la concurrencia. Hubiera sido fácil que la ola popular, en esos momentos de entusiasmo, y sin oir bien el acento del que así hablaba, dejase pasar esto sin mas consecuencias. Pero quiso la mala suerte del imprudente prójimo, que se encontrase allí un muchacho que lo conocia, quien alcanzó á oir claramente la imprecacion del intruso. Esa fué su desgracia. El chiquillo reconoce en él á un brasilero que tenia una especie de tienda en las inmediaciones del edificio que hoy ocupa la Prefectura Marítima; y sacando fuerza de sus débiles pulmones, grita á voz en cuello: "*Mirá quien está aquí, el brasilero Mantequira!!*" (apodo con que se le nombraba en el barrio.)

Una bomba haciendo su terrible esplosion en medio de la multitud, no hubiera producido el efecto que el apóstrofe del muchacho, que fué la señal de alarma, para que

todo el mundo se lanzara encolerizado sobre el imprudente *Mantequeira*, dándole un soberano *manteo*, hasta dejarlo casi exánime tendido en el suelo, interin lo recojió la policia. Con todo, *Mantequeira*, no fué un profeta ni cosa parecida, pues el 22 de Diciembre de 1826, Espora (1) estaba otra vez á bordo, mandando la escuadrilla por ausencia de Brown, y siete dias despues se batia nuevamente en la accion que tuvo nuestra escuadra con la enemiga en la boca del Yaguary.

(1) Nació en la ciudad de Buenos Aires, el 19 de Setiembre de 1800.

PATRIOTISMO DE UNA MADRE

A mi querida madre

I

En el año de 1816, cuando San Martín preparaba en Mendoza las legiones que debían escalar los Andes, llevándose la libertad á un pueblo hermano, los hombres de todas las clases sociales, ancianos y niños, ricos y pobres, todos querían vestir el uniforme de soldado y llevar un fusil al hombro, para ayudar cada uno en su esfera de acción, al magno pensamiento de la Revolución de Mayo: *Libertad para todos los hijos del mundo de Colón*. Una noble matrona mendocina había visto, llena de placer, á su esposo y tres hijos queridos, alistarse en las filas del Ejército Libertador, después de donar cuanto pudieron de su fortuna para la compra de armas y pertrechos de guerra.

Al empezar los primeros días del mes de Enero de 1817, los tambores tocaban llamada y todos acudían presurosos á ocupar sus puestos. San Martín pasaba

revista á sus intrépidos soldados, y el pueblo contemplaba silencioso á los denodados campeones, que pronto iban á convertirse en dignos émulos de las huestes que con el primer Cónsul traspasaron los Alpes, para caer de improviso sobre los austriacos, enseñoreados de la Península Itálica; pero los soldados de la República debían repetir en medio del humo y el trueno del cañon: Libertad ó Muerte.

Las madres con sus miradas magnéticas, en vez de tener sus ojos arrasados en lágrimas parecían impulsar á sus hijos al sacrificio ó al cumplimiento del deber!

II

De entre la multitud, se ve salir una dama que con paso firme y resuelto, llevando un escapulario en la mano, se dirige al centro de un batallon, y coloca cuatro reliquias en el pecho de igual número de soldados, que al recibirlas besan la mano de quien se las pone, llenos de profundo respeto, dejando correr una lágrima por sus mejillas. La heroica señora les dice con voz varonil: "llorad cuando veais la pátria humillada, pero preferid ántes que ella llore por vosotros. Que Dios os proteja y el valor no os falte." Quien así hablaba era la dama mendocina ya citada.

Un prolongado ¡bravo! salido de en medio de la apiñada muchedumbre responde á tan sublimes palabras, á las que su esposo dice: moriré por la pátria, esposa mia! cuyo eco al perderse en el espacio es sucedido por

el de sus buenos hijos, que trémulos y llorando repiten con voz entrecortada: moriremos por la pátria, madre amada!

Aquel hombre inmortal porque ha dejado en pos de sí esa estela brillante que se llama *gloria*, dando la libertad á tres Repúblicas y que siempre mostró una gran admiracion por las grandes y nobles acciones, se apresuró á estrechar la mano de tan patriota heroína, prometiéndole hacer cuanto pudiera por los séres tan queridos de quienes ella se privaba en holocausto de la pátria!

Era el 20 de Enero de 1817.

III

Media hora despues las bandas de música tocaban marcha redoblada, los soldados echaban el fusil á *discrecion*, y tranquilos y contentos. . . . daban el *adios* á su pátria, á su familia y á sus amigos. Nadie se preocupaba de su suerte, todos confiaban en su buena estrella, y con altiva frente contemplaban los Andes, esas moles de granito que tenian que escalar, y alineados, silenciosos y resueltos continuaban la marcha sin dirigir siquiera la vista sobre la ciudad que á unos los vió nacer, y á otros formarse soldados de la libertad.

Ya Mendoza apenas se distinguia á lo léjos. El sol empezaba á elevarse majestuoso en el horizonte, reflejando su brillo en la blanca nieve de la Cordillera.

Todas las familias elevaron preces al Altísimo, pidiéndole proteccion: la madre para sus hijos, la esposa para el querido compañero de su vida, los hermanos, los pa-

rientes, y los amigos, en fin, para aquellos que formaban parte del Ejército.

La ciudad parecía un cementerio, triste y solitaria; solo se oía el silvido del viento que, penetrando por entre el ramaje del melancólico sauce y el elevado álamo, producía un ruido lúgubre y monótono.

IV

Habían pasado ocho años. Esa verdadera falange de héroes triunfaba en Chacabuco y Maipo, desembarcaba en Pisco, proclamaba la independencia de la patria de Huáscar y Atahualpa, en la Ciudad de los Reyes, templaba el acero de sus bayonetas bajo el sol ardiente del Ecuador y recojía el laurel de la victoria sobre la cumbre elevada del Pichincha!

Era un precioso día del mes de Abril de 1826, cuando cuatro soldados, entre ellos uno ya anciano, cubiertos sus pechos de medallas y el rostro tostado por los fuertes rayos del sol de los trópicos, entraban á una casa de la ciudad de Mendoza.

Una anciana, en cuyo rostro se distinguían todavía las huellas de una belleza nada comun, les salía al encuentro. Ninguno pronuncia una palabra, pero todos se precipitan á un tiempo para estrecharla en sus brazos, derramando copiosas lágrimas.

Pasado el primer momento de emoción, la anciana empezó á llorar, diciéndoles en tono conmovido: “bienvenidos seais y benditos seais.”

Eran su esposo y sus tres hijos que regresaban de sus gloriosas campañas.

Después de depositar cada uno un beso sobre la frente de un ser tan idolatrado en la tierra, cual es una madre y una esposa, se desprendían su casaca para sacar del forro de ella un escapulario, el mismo que la noble matrona les colocara sobre su pecho momentos antes de partir, y que todos, no obstante nueve años de rudas fatigas, habían sabido conservar.

No podían perderlos, porque el emblema del mártir del Gólgota, y el cariñoso recuerdo de una madre y una esposa, nos deben acompañar hasta la tumba y su perfume hasta el cielo.

Ese era el temple de las madres que vivieron en la época de esa iliada inmortal, llamada más tarde Guerra de la Independencia, ante cuyos hechos, modelo de valor y patriotismo, nos inclinamos reverentes, en tanto que el corazón late con fuerza á impulsos de orgullo y de alegría.

UN SABLE INMORTAL

I

El 25 de Mayo de 1810 habia conmovido la América desde Magallanes hasta Méjico, al grito de Libertad é Independencia, alcanzando hasta la Península, donde se electrizaron los corazones de aquellos que habiendo nacido en el nuevo mundo, se hallaban entonces en España. En este número se encontraba el teniente coronel San Martín, que al tener noticia del movimiento iniciado en Buenos Aires, se puso inmediatamente en viaje para su país.

Apénas pisó las playas argentinas, empezó á formar un regimiento de caballería, que con el nombre de *Granaderos á caballo* debia dejar un recuerdo inmortal en los anales de nuestra historia, y un ejemplo sublime, para aquellos que hacen de la carrera de las armas el culto del mas puro patriotismo y virtud cívica.

Corrian los primeros meses del año 1812, cuando empezaron á llegar al cuartel del Retiro numerosos reclutas de San Luis, Mendoza y Santiago del Estero,

todos jóvenes, inflamados sus pechos por el fuego sagrado del patriotismo.

Entre ellos venia Pedro Lucero, noble gaucho puntano, que al partir habia jurado morir mil veces por la pátria.

Apénas el plantel de los *Granaderos*, hubo llegado á ochenta, se hizo necesario darle la completa dotacion de oficiales.

Zapiola, Necóchea, Guido, Escalada, Lavalle, etc., ingresaron en él. Todos conocemos las páginas de gloria que cada uno de esos nombres ha dejado escritas eternamente en el libro sagrado de la historia de la pátria.

Los soldados aun no habian aprendido el ejercicio de reclutas sin armas, no obstante el vehemente deseo de todos por saberlo. Pasó mes y medio, al cabo del cual todos estaban expeditos en los primeros rudimentos de la milicia.

II

El 18 de Abril de 1812, al través de una espesa neblina, el astro rey empezaba á iluminar la antigua metrópoli del Vireynato del Rio de la Plata. Para todos era aquella una época de gran ansiedad, por conocer hasta los mas mínimos pormenores del Ejército del Norte que operaba á las órdenes del General Belgrano.

Gran sorpresa! cuando ven desfilan por la plaza del Retiro, de ciento cuarenta á ciento cincuenta hom-

bres, que marchaban á paso redoblado con el aire marcial de un veterano, la frente levantada y el ánimo resuelto.

Un pueblo numeroso los seguía.

Lo que mas estrañaba al público era verlos en las calles, pues jamás habian salido del cuartel; la marcha continuaba, siempre á paso redoblado, todos alineados, la barba recojida y la vista al frente; no se sentia mas que un solo ruido: el compás unísono del paso.

Cuando la cabeza llegó á la puerta del Parque, hicieron por hileras á la derecha, entrando á él y formándose en batalla. Les iban á entregar lo que todos aguardaban impacientes: los sables que debian empuñar con fuerza hercúlea, para abrirse paso en los Andes y esgrimirlos por última vez en la gloriosa jornada de Ayacucho.

Juan Bautista Cabral fué el primero de los granaderos á caballo que empuñó un sable de la pátria, para abandonarlo únicamente al caer exánime en San Lorenzo. Le llegó el turno á Pedro Lucero. El sable que le tocó era un poco mas grande que el de Cabral. Al recibirlo dijo con voz conmovida: si Dios me ayuda, aquí te he de traer otra vez! Cada cual recibió el suyo, regresando en seguida los escuadrones al Retiro. Un mes mas tarde todos estaban instruidos en su manejo.

III

Los españoles atrincherados en Montevideo eran dueños del Plata y sus afluentes, dominándolos con su fuerte escuadrilla.

El Coronel San Martín fué mandado con dos escuadrones de los *Granaderos á caballo* á defender el litoral. Una expedición compuesta de 11 buques armados en guerra y tripulados por más de 300 hombres al mando del corsarista D. Rafael Ruiz, intentaba caer sobre los indefensos pueblos del litoral. San Martín, avisado de que los españoles habían fondeado frente á San Lorenzo se puso inmediatamente en marcha para aquel punto, al que llegó á las doce de la noche del día 2 de Febrero, penetrando cautelosamente en el Monasterio.

San Martín, después de haber hecho un prolijo reconocimiento del terreno hasta la costa, regresó al Monasterio y dispuso sus 125 granaderos dándoles las órdenes convenientes para el combate.

Eran las cinco y media de la mañana del día 3 de Febrero, cuando el enemigo en número de 300 hombres, descendía de la costa por el camino que conduce al Monasterio.

Visto esto por San Martín que estaba en acecho, tomó inmediatamente el mando del segundo escuadrón, dando el del primero al Capitán Bermúdez y le dijo: “*en el centro de las columnas enemigas nos encontraremos y allí daré á Vd. mis órdenes.*”

El enemigo marchaba á paso redoblado formado en columnas paralelas por mitades de compañía, con banderas desplegadas, llevando en su centro dos piezas de á cuatro.

En aquel momento resonó por primera vez el clarín de guerra de los *Granaderos á caballo*, que debía hacer-

se oír mas tarde al pié de las cumbres del Chimbo-razo!

Las cabezas de las columnas españolas se desorganizaron á la primera carga, que fué casi simultánea, replegándose sobre las mitades de la retaguardia, y rompieron un nutrido fuego sobre los agresores recibiendo á varios de ellos en la punta de sus bayonetas. San Martín al frente de su escuadron se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zavala, gefe de toda la fuerza de desembarco.

Al llegar á la línea recibió á quema-ropa una descarga de fusilería, y un cañonazo á metralla le derribó en tierra, tomándole una pierna en su caída. Trabóse á su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo él una lijera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponia á atravesarlo con la bayoneta, cuando uno de sus granaderos llamado Baigorria lo traspasó con la lanza.

San Martín hubiera sucumbido en aquel trance si otro de sus soldados no hubiera venido en su auxilio, echando resueltamente pié á tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega.

Con fuerzas hercúleas, y con serenidad, desembaraza á su gefe del caballo muerto que le oprimia, en circunstancias que el enemigo, reanimado por Zavala, se disponia á reaccionar, y recibió en aquel acto dos heridas mortales gritando con entereza "muero contento, hemos batido al enemigo." Este héroe de la última fila se llamaba Juan Bautista Cabral.

La victoria que apenas había tardado tres minutos en manifestarse á favor de los Granaderos se consumó en un cuarto de hora.

El sable de Lucero recibió su primera melladura al parar varios golpes de sus adversarios.

IV

Mas tarde los Granaderos pasaron los Andes: y se hallaron en todas las batallas que tuvieron lugar en Chile, Perú y Ecuador.

Después de la famosa entrevista de Guayaquil, San Martín abandonó el Perú, tomando el mando de su ejército el general Bolívar.

El 2 de Agosto pasaba éste revista general de su ejército en la llanura del Sacramento, que se extiende entre Rancas y Pasco. El día 6 á las once y media de la mañana todo el ejército se hallaba en movimiento con dirección al pueblo de Reyes: el intrépido general Necochea, mandaba la caballería; los enemigos arrollaron en la primera carga al ejército de la patria; entonces el resto de la caballería que no había abandonado su posición ni la habían atacado, los cargó por retaguardia; algunos de los arrollados volvieron caras, y la victoria se disputó palmo á palmo en la Pampa de Junin, cerca de una hora.

En esta brillante acción no se oyó un solo tiro, se peleó al arma blanca. “¡Qué choques tan tremendos; que bravura! Los españoles respiraban rayos, mortandad y estrago, y en cada huella dejaban un pozo de

sangre! Allí cayó el intrépido Necochea traspasado el cuerpo por siete heridas de lanza y sable.”

¡Qué denuedo el de los Granaderos á caballo! Después del combate se pasó lista, y al pasar revista de las armas un sargento de los Granaderos á caballo tenía la hoja de su sable partida por la mitad. Era Pedro Lucero que en aquella terrible hetacombe humana, la había roto al dar y parar mortales golpes en el rudo fragor de la pelea.

En 1826, un día, los vecinos de Buenos Aires acudían en tropel á ver entrar ciento veinte hombres, último resto de los Granaderos á caballo que volvía después de trece años de campañas en San Lorenzo, Montevideo, Tucuman, Talcahuano, Mendoza, Chacabuco, Maipo, Pisco, Lima, Junin y Ayacucho. Marchaban en dirección al Parque de Artillería, donde entregaron las armas que les confiaron y que ellos supieron esgrimir con gloria en reñidas batallas. Cuando le tocó al sargento Lucero entregar las suyas, repitió lo que había dicho en 1812 al recibir su sable: *Si Dios me ayuda aquí te he de traer otra vez.* Verdad que la mitad había quedado en el campo de batalla de Junin, pero fué pérdida legalmente. “Hecha la entrega, aquellos héroes anónimos se dispersaron á los cuatro vientos perdiéndose en las penumbras de la historia. Allí el agradecimiento de la posteridad irá á buscarlos para admirar en ellos el símbolo del patriotismo y la lealtad.”

POR UN PAR DE OJOS NEGROS

I

La invasion española al mando del general La Serna, habia penetrado en el territorio de Jujuy, arrollando las partidas de guerrilleros que en la quebrada de Humahuaca le opusieron una heroica aunque inútil resistencia. Los patriotas, armados en su generalidad de hondas, palos y algunos escasos fusiles, sin mas disciplina ni táctica que una fuente perenne de entusiasmo patriótico, disputaron el paso á un ejército, fuerte de 4,000 combatientes, soldados, que en su mayor parte habian hecho la guerra contra los vencedores de Austerlitz, que traspassando los Pirineos penetraron en España, entonando la Iliada Napoleónica.

No fué posible contener la inmensa avalancha que se descolgaba del Alto-Perú, sinó dejarla seguir adelante, hasta que llegara á estrellarse en la inmortal barrera que nunca pudo romper, barrera que la historia ha llamado: *Salta, Güemes y sus gauchos*, discerniendo á cada uno la corona inmarcesible de la gloria que la posteridad agradecida admira en ellos!

El benemérito caudillo salteño, había formado un cuerpo de milicias que denominó *Los Infernales* y lo consideraba como el más disciplinado de su ejército; componíanlo casi por completo antiguos veteranos que habían combatido en Montevideo, Tucuman y Salta.

Todos, brillantes soldados de caballería, valientes hasta la temeridad, patriotas hasta el sacrificio. Cuando oían la voz de su jefe en medio del combate, creían escuchar el oráculo de la victoria, y lanza en ristre ó sable en mano, era como uno de esos torrentes impetuosos que deslizándose con indecible furia por la ladera, nadie puede contenerlos y todo se lo llevan por delante.

La mayor parte de ellos, mártires oscuros de su fé política, sucumbieron gloriosamente defendiendo sus nobles convicciones!

Los que sobrevivieron de esa lucha titánica, recojieron mas tarde el premio de la ingratitud y del olvido.

II

Al tener conocimiento que los españoles avanzaban sobre Salta, Güemes había mandado de espías cuatro *infernales* para observar hasta los mas mínimos movimientos, número de hombres y cantidad de pertrechos del ejército invasor. La pequeña avanzada patriota era mandada por el soldado Luis Salazar, en quien Güemes tenía depositada una ciega confianza por ante-

riores hechos de bravura y sagacidad que le habian conquistado justa fama entre sus gefes y compañeros.

No habia que dudarle; el denodado caudillo de la resistencia debia saber antes que los enemigos avanzasen diez leguas de Jujuy, los elementos con que contaban para tomar la revancha del descalabro del General Tristan.

Salazar se habia hecho digno efectivamente de la confianza de su gefe al conferirle mision tan delicada, pues apenas el ejército español salió de Jujuy, ya el destacamento patriota conocia muy aproximadamente su número, y volvía con igual velocidad á tomar el camino de Salta, llevando datos preciosos que Güemes con su habitual actividad y maduro cálculo habria de utilizar ventajosamente.

La fama de Salazar iba á tomar un vuelo extraordinario.

A la mitad del camino entre Salta y Jujuy, existia una especie de posta, que era la estacion inevitable entre las dos ciudades.

Este punto que debia haber pasado Salazar con la velocidad del rayo, fué su único descanso y su perdition.

Era la hija del dueño de la posta una graciosa y encantadora morocha que habia sentido besar su rosado cútis por las brisas de diez y ocho primaveras, sin que jamás ningun galan hubiese conseguido de ella una sonrisa, aunque fuera de ironía ó compasion.

En sus continuas correrías por las inmediaciones,

pudo Salazar unir á sus triunfos militares, uno en el amor, adueñándose del corazón de la muchacha.

De modo que en vez de correr precipitadamente á dar cuenta á su jefe del desempeño de su comision, hizo alto en la fatal posta.

Sus compañeros, despues de tomar un ligero alimento, hicieron cuanto les fué posible para hacerlo continuar su marcha, á lo que su amigo contestaba siempre: esperen un momento mas. Al fin, temiendo caer prisioneros, lo dejaron, siguiendo precipitadamente para el campamento de Güemes, instruyéndole de todo lo que sabian.

La Serna habia continuado camino de Salta, á marchas forzadas; su vanguardia al llegar á la posta donde estaba el soldado patriota, lo tomó prisionero, formándose la ilusion que les serviria de guia dándoles las noticias que sobre Güemes y su ejército necesitaban.

Preguntas iban, y preguntas venian; Salazar permanecia mudo.

Para saciar la cólera de sus enemigos, era necesario sangre, y esta brotó abundante por cuatro heridas que traspasaron el pecho del infortunado soldado. Cuando Güemes tuvo conocimiento del triste fin de su querido *infernial*, exclamó en tono conmovido como meditando sobre el destino de los hombres: *por un par de ojos negros!*

EN LA MESA DE MIS PADRES,

DONDE SE MUDA UN MANTEL Á CADA PLATO

La famosa entrevista de Guayaquil en 1822, entre los dos grandes guerreros de la independencia Sud-Americana, habia dado por resultado la separacion del vencedor de Chacabuco del teatro de sus hazañas, dejando la direccion de la guerra al General Simon Bolivar.

El ejército argentino que habia desembarcado en Pisco y proclamado la independencia del Perú, obedecia las órdenes del ilustre Caraqueño.

Este entró en la ciudad de los Reyes, precedido de esa estela de gloria, proclamada á los cuatro vientos del nuevo continente por la trompeta sonora de la fama, cuyo eco habia retumbado en los profundos valles y elevados picos de los majestuosos Andes, desde el Orinoco hasta el Rimac, desde el Pichincha al Illimani.

Aquella naturaleza extraordinaria, parecia en medio á las pasiones de la época, haber eclipsado por completo la reputacion política y militar del general San

Martin, que se destacaba grandiosa á la par que sencilla en el vasto escenario de la revolucion americana.

El juicio de la posteridad ha pesado ya en imparcial balanza las virtudes de cada uno de estos dos grandes hombres, y ha dado á cada cual su parte.

Bolivar entró, como decíamos, á la capital del Perú : seguian sus huellas los vencedores de Boyacá y de Carabobo.

San Martin tomaba distinto rumbo ; no le seguian huestes victoriosas ; le acompañaba la satisfaccion de un deber cumplido.

Necochea, Lavalle, Alvarado, y toda esa falanje de argentinos que habian recorrido dos mil leguas de triunfo en triunfo, estaban entonces en Lima formando parte del ejército espedicionario del Perú.

La llegada del libertador produjo un gran júbilo en todos los habitantes, que ya creyeron ver aniquilados para siempre los últimos restos de las heróicas legiones españolas, que con Valdés, Canterac y otros denodados campeones de la metrópoli, se disponian á hacer la última resistencia en el interior, resistencia que mas tarde fué inútil ante el terrible empuje de la caballería patriota en la Pampa de Junin, y el ronco estampido del cañon que anunciaba la redencion de un Mundo en Ayacucho.

La capital Peruana, puede decirse que era la Cápua de la América, con la diferencia que enervó el valor y el patriotismo de los soldados de la pátria, con aquellas delicias y molicie que hicieron de los vence-

dores de Cannas, el juguete de Scipion delante de los muros de Cartago.

Banquetes, bailes, fiestas populares, tuvieron lugar en obsequio de la llegada del *Libertador*.

Este no se hacia de rogar y acudia presuroso á todas las invitaciones, especialmente á los bailes, que era su pasion favorita.

Un acaudalado limeño, personaje que habia influido mucho en el rumbo favorable que tomaba la revolucion, quiso acaso eclipsar en brillo y magnitud al festin de Baltazar, ofreciendo uno no ménos aristocrático y fantástico al *hombre á la moda*, como se llamaba entónces á Bolivar. Córdoba, Sucre, Miller y muchos otros gefes notables de Colombia, se encontraban allí acompañando á su gefe: Alvarado, Necochea, Lavalle y varios oficiales subalternos representaban al ejército argentino.

Patrióticos discursos, brindis entusiastas, que arrancaban frenéticos aplausos al auditorio, se sucedian sin interrupcion.

Lavalle ocupaba un asiento próximo al *Libertador*, al lado de su amigo y compañero de armas, Necochea. Al hacer un brindis por el triunfo de la noble causa americana, toca con el codo por rara casualidad, una botella de delicioso licor, que se derrama y empieza á deslizarse serpenteando por sobre el blanco mantel.

Una chispa de disgusto brilló en aquel momento en los penetrantes ojos de Bolivar; que fijaron al instante su mirada en el mayor Lavalle, diciéndole con fruncido ceño y áspero lenguaje: “*En qué mesa está acostumbra-*
do á comer Vd.”

El héroe de Rio Bamba, abarcando todo de una rápida mirada, acaso consultó en lo mas íntimo de su alma lo que debía responder y con voz clara y entonacion firme :
“ *En la mesa de mis padres, donde se muda un mantel á cada plato,*” contestó.

TRES MÁRTIRES

I

El ejército del general Belgrano había sido completamente derrotado en la batalla de Ayohuma, donde los soldados patriotas, á pesar de su inferioridad en número y armamento, disputaron por mas de tres horas la palma del vencedor al aguerrido ejército español.

Belgrano, con la bandera en la mano, rodeado de algunos gefes y soldados, subió á la cumbre de un cerro poco elevado y próximo al campo de batalla, desde donde hacia oír el toque de reunion, mostrándoles que si los habia acompañado en los dias favorables de Tucuman y Salta no los abandonaba en ei de Ayohuma.

Los dispersos empezaron á reunirse en torno de su vencido pero no abatido general, no siendo pocos los heridos que ayudados por sus compañeros que estaban ilesos pudieron subir la pendiente. Al lado de su gefe se creian á salvo de las crueldades de que eran víctimas los que tenian la desgracia de caer prisioneros.

La ley inflexible de la disciplina que hacia observar Belgrano en sus tropas, habia inculcado en ellos la idea

que al lado de su general debían morir ó debían salvarse. ¡Cuántos hubo que mutiladas sus piernas por el sable ó el plomo realista, se arrastraban para llegar adonde veían flamear su pabellon, sin tener la dicha de morir á su sombra! sino á mitad del camino dejando en pos una huella de esa sávia fecunda: la sangre derramada por la pátria en los campos de batalla.

Epoca inmortal de grandiosos hechos, que mostrará á las generaciones del porvenir, que cuando un ejército se halla animado de nobles pasiones, hasta los mas oscuros soldados llevan á cabo hazañas gigantescas!

El enemigo empezó la persecucion de los derrotados con sangrienta tenacidad.

Faltaban aún dos horas terribles para que el sol escondiese sus últimos rayos en el occidente, y la noche, esa aliada natural de la desgracia, oscureciera con su manto el cuadro de carniceria y de horror, formado por dos ejércitos en tres horas de rudo batallar.

II

Belgrano hizo llamar al bravo coronel don Cornelio Zelaya, y le dió orden de que con los cien hombres de caballería que tenía, (únicos que habían salvado de la derrota), marchase á contener al enemigo, situándose sobre la márgen derecha de un arroyo que corría de Oeste á Este entre las dos líneas del campo de batalla, mientras la infantería emprendía la retirada. Zelaya cumplió la orden honrosamente.

Aunque en aquel momento el arroyo llevaba poca

agua, sus orillas eran bastante elevadas, como todos los que bajan de la montaña y en tiempo de lluvia se convierten en torrentes.

En la márgen ocupada por los patriotas se alzaba un humilde rancho y un corral de piedra. Zelaya hace echar al instante pié á tierra á los suyos, y coloca la mitad dentro del corral y la otra sosteniendo el paso del arroyo. En esta actitud ve reunirse á su frente mas de mil hombres que empiezan á hacer un fuego muy nutrido. Gracias á las carabinas de los dragones puede causar algunas bajas al enemigo. El coronel Castro, gefe de los realistas en ese ataque parcial, pensó que Zelaya tuviera por lo menos quinientos hombres que habria reunido de los derrotados, y no se atrevia á pasar el arroyo, operacion muy difícil, al frente de un enemigo resuelto, que sostendria su posicion á todo trance y en último caso venderia muy cara la victoria.

El gefe patriota caminaba á caballo de un lado á otro infundiendo aliento y valor, siendo el blanco de las balas enemigas.

Los derrotados, entretanto, empiezan á ganar terreno hácia los desfiladeros; las reliquias de nuestro disperso ejército estaban salvadas!

No contento Zelaya con haber desempeñado dignamente la delicada mision que se le habia confiado, queria permanecer siempre en su puesto, contra el prudente parecer de los que le acompañaban. No todos tenian su temple. Muchos empezaban ya á abandonarle, hasta que al fin desistió de su empeño y siguió la retirada.

Castro, al ver esto, vadeó el arroyo, empezando á perseguirlo tenazmente.

Los patriotas vuelven caras y atacan vivamente, continuando la lucha hasta que todos los fugitivos penetran en los desfiladeros que eran su salvacion.

III

La retirada podia decirse que habia sido feliz, pues el enemigo no pudo tomar la cantidad de pertrechos y prisioneros, que sin la heroica resistencia de Zelaya hubiera conseguido.

Todos estaban fuera del alcance del tenaz perseguidor menos dos valientes soldados, hijos de la provincia de Córdoba.

Don Ramon Estomba, ayudante mayor del ejército patriota, en la brillante defensa del Arroyo, recibió un balazo que le rompió el muslo cayendo en tierra postrado por la herida.

Su suerte era caer prisionero ó ser ultimado por los realistas.

Gravemente herido, sin poderse mover, aquel hombre parecia imponerse á la desgracia, esperando tranquilo la salvacion ó la muerte.

Gaona y Alderete, dos antiguos soldados de Belgrano, apenas ven á su oficial en tan crítica situacion, vuelan hácia él y lo cargan en hombros.

El bizarro Estomba les suplica que salven sus vidas, que lo abandonen, que su herida es mortal. No

le escuchan esos dos bravos, y continúan marchando con tan preciosa carga.

El enemigo sigue avanzando precipitadamente, haciendo un vivísimo fuego, cual si se disputase quien heriría primero á aquellos valientes.

El plomo no obedece á la puntería y el grupo de héroes continúa impasible la marcha, en medio de una terrible atmósfera de fuego.

Irritado Castro al ver que las balas parecen respetarlos, se adelanta con veinte ginetes y les intima rendición. Los dos cordobeses se dirijen mutuamente una mirada como *convidiéndose* á pelear hasta morir: dejan al herido en el suelo á su retaguardia, y desenvainando sus filosos sables esperan el ataque.

Los enemigos, en su sed de sangre y de venganza, cargan impetuosamente en tropel: empiezan los golpes mortales, que se suceden con la rapidez del rayo, y dos realistas pierden su vida sin que Gaona y Alderete hayan retrocedido un solo paso.

Abundantes lágrimas humedecen las mejillas del ayudante, que hace extraordinarios esfuerzos para pararse y ayudar á sus soldados en tan desproporcionado combate.

Imposible! su herida no se lo permite. La lucha continúa con mayor encarnizamiento.

Los dos patriotas han avanzado, no se acuerdan que existe el paso atrás! Otros dos españoles caen muertos á sus piés, al golpe de hachazos formidables. Castro se fastidia de ver prolongarse la lucha con pérdida de cuatro

hombres, y manda romper el fuego á un piquete de infantería que está á su espalda.

Suena una descarga, Estomba y los dos intrépidos soldados, caen acribillados por las balas, pero no han echado un borron sobre su nombre, no han retrocedido un solo paso.

Todo ha concluido; el sol ha cesado de brillar y los pálidos rayos de la luna bañan en paz el ensangrentado campo de la lucha!

UN ABRAZO DE HÉROES

I

Los últimos estampidos de los cañones patriotas el 5 de Mayo de 1818, en los llanos de Maipo, anunciaron á Chile su independendia, y aniquilaron para siempre el dominio español del otro lado de los Andes.

Las grandes combinaciones militares del General San Martin parecian haber llegado á su término, para quienes no alcanzaban el proyecto de aquel Gran Capitan; pero no era mas que la primera jornada de esa marcha triunfal, que desde Mendoza, escalando los Andes, debia alcanzar hasta la tierra de los Incas, proclamando los sublimes principios de Independendia en las orillas del Rimac, donde un pueblo hermano no habia podido aún romper los férreos eslabones de la cadena de la esclavitud que pesaba por tres siglos sobre él.

Los generales españoles, atónitos con las victorias alcanzadas por los patriotas en Chile, reconcentraron todos sus elementos en la capital del vireynato del Perú, alcanzando á reunir 23,000 soldados veteranos, entre los cuales se contaban regimientos enteros que habian

hecho la guerra en la Península, venciendo á los franceses en Bailen, Talavera y Arapiles. Con este ejército, formidable, relativamente á los elementos patriotas, creyeron prolongar la guerra indefinidamente, ó al ménos celebrar tratados muy ventajosos para la madre-patria, con las fuerzas colombianas, que al mando de Bolívar se esperaba invadieran por momentos el Perú.

La Serna, Valdés, Canterac, y otros tantos gefes españoles, nunca esperaron una invasion de Chile; á San Martín lo creían agobiado bajo el peso de sus laureles, y que no intentaría ninguna empresa sobre el Perú, por que carecía del principal elemento: una escuadra que lo trasportase de Valparaíso al Callao ó á cualquier otro punto del litoral peruano.

No estaban acertados en sus cálculos los enemigos. San Martín no había perdido tiempo después de su entrada á Santiago, y sus grandes dotes de organizador iban á lucir más que nunca en la árdua tarea de formar una escuadra que lo llevase al frente de 4,000 soldados para atacar al enemigo en el centro de sus principales medios de defensa.

Allanadas todas las dificultades, zarpó del puerto de Valparaíso, la expedición libertadora el 20 de Agosto de 1820.

Del buen ó mal resultado de esta magna empresa dependía la libertad ó esclavitud Sud-americana.

Con solamente 4,000 hombres invadir un país en que el clima y los obstáculos naturales del terreno eran un gran aliado del enemigo, era el colmo de la audacia, era ir en busca de la muerte ó de la gloria.

La fortuna hasta entónces siempre sonriente al general San Martín, acompañó al ejército patriota que desembarcó en Pisco, emprendiendo despues su marcha á Lima, donde entró victorioso.

II

El ejército expedicionario contaba en sus filas oficiales y soldados de las familias mas distinguidas de la República Argentina: Necochea, Lavalle, Brandzen, Suarez, Olavarria, etc., nombres que representan las grandes glorias de nuestra patria en las guerras de la independencia Sud-americana, el mas justo título de orgullo nacional.

Inflamados sus jóvenes corazones, por la chispa del patriotismo, no trepidaron en abandonar sus hogares y el suelo que los viera nacer, para ir á combatir por la noble causa de pueblos hermanos que habian lanzado á la faz del mundo su protesta contra el sangriento vejámen de tres siglos. Supieron cumplir dignamente su mision hasta el heroismo, y la aureola eterna de la gloria ilumina con sus destellos la memoria querida de sus nombres.

Los famosos *Granaderos á Caballo* que tanto se habian distinguido por sus brillantes hechos de armas en la campaña de Chile, estaban destinados á ser los primeros en medir sus armas con los realistas del Perú.

Un fuerte destacamento enemigo, compuesto de 500 hombres, intentó disputar el paso á ochenta Granaderos, que al mando del intrépido Lavalle marchaba de descubierta cerca de Názca. Otro gefe que no hubiera tenido

templada su alma en la atmósfera sublime del heroísmo, acaso hubiera esquivado tan desigual combate, en que todas las probabilidades estaban de parte del enemigo por su superioridad numérica.

Pero los Granaderos no debían desmentir su fama, sino completarla: verlos y cargarlos fué obra de un momento.

Los ochenta patriotas, sable en mano, se precipitan con asombrosa rapidez sobre los enemigos, que esperan impasibles el ataque con la seguridad del triunfo. Cual impetuoso torrente desbordado que nadie puede contener, aquel grupo de ginetes se estrella contra los escuadrones realistas, que no pudiendo resistir el choque y llenos de pavor, se dispersan en todas direcciones, dejando en poder del vencedor 60 muertos, 86 prisioneros y gran número de armamento. Entre los ochenta Granaderos se encontraban dos bravos oficiales argentinos, uno teniente y el otro capitán.

Terminado el combate marchan ambos á encontrarse, y aquellos dos héroes se estrechan entre sus brazos con un cariño verdaderamente fraternal.

El 20 de Febrero de 1827, inmortaliza el nombre del capitán de Granaderos en Nazca, que rinde noblemente su vida, cargando al frente de su regimiento hasta hacer pedazos un cuadro de dos mil imperiales.

Era Federico Brandzen.

Amanece el 6 de Agosto de 1824; la caballería patriota, desorganizada por el rechazo de su primera carga, hubiera sido arrollada por la realista, cuando en tan críticos momentos un jefe argentino restablece el

combate arrancando á los españoles el laurel de la victoria en la pampa de Junin. Era Isidoro Suarez! Brandzen es mas feliz, encuentra la muerte del soldado, en un campo de batalla; Suarez en el ostracismo.

La pátria agradecida recoge sus restos venerados, y hoy á pocos pasos uno de otro, duermen el sueño eterno de la tumba, bendecidos y admirados por la posteridad.

TOMÁ CERRITO

Los últimos restos del poder español en el Rio de la Plata se hallaban atrincherados en Montevideo. Elio y Vigodet eran el alma de la resistencia. Ayudados los defensores de la plaza por su escuadra que dominaba el litoral y les procuraba toda clase de auxilio, se obstinaban mas en sostener el estandarte de la Metrópoli.

El ejército de la patria á las órdenes del general D. José Rondeau, sostenia el sitio esperando por momentos la rendicion.

Continuamente tenian lugar salidas, librándose fuertes escaramuzas, casi siempre con desventajas para los españoles.

La vanguardia del ejército patriota, compuesta del regimiento Dragones de la Pátria, dos escuadrones del Regimiento Blandengues de Santa Fé; algunas compañías del batallon Granaderos de infantería y el Regimiento núm. 6, sostenian el sitio.

Durante la noche colocaban escuchas, tomando las

avenidas de la ciudad y acampaban en las faldas del Cerrito.

En la madrugada del día 31 de Diciembre de 1812, una fuerte columna de la plaza compuesta de infantería y artillería, que alcanzaba á mas de mil hombres, salió sigilosamente de trincheras y sorprendiendo las guardias patriotas tomó posesion del Cerrito.

Los habitantes de Montevideo que al aclarar ese dia memorable, vieron desde sus muros flamear en la cima del Cerrito el pabellon de Castilla, orgullosos por la conquista de tan importante posesion, y frenéticos de alegría al considerarse ya libres del asedio, hacían atornar el aire con el eco de las campanas y las salvas de su artillería.

Los jefes patriotas entre tanto, reorganizaban sus tropas al pié del mismo Cerro, y en vez de intimidarse con la sorpresa ó pensar en una retirada, llenos de entusiasmo é indignados que los enemigos á favor de las tinieblas hubieran alcanzado un triunfo, que de otro modo no pudieran conseguir, se disponian al combate cuando el bravo jefe del regimiento núm. 6 de pardos y morenos, teniente coronel D. Miguel Estanislao Soler, recibió órden de desalojar al enemigo de la posesion que habia tomado.

Soler supo cumplir la órden de un modo que hará eterno honor á su nombre, dando un nuevo dia de gloria á su pátria.

Apenas recibida, mandó desplegar en ala su regimiento para dilatar su frente, y tomando un fusil y una

cartuchera, empezó á subir el Cerrito á paso de ataque y bayoneta calada, sin tirar un tiro.

Semejante accion de heroicidad y denuedo, entusiasmó de tal modo á sus soldados, que frenéticos gritaban: "Viva nuestro comandante; sigamos su ejemplo."

Los enemigos, colocados en la altura, dirigian sobre el núm. 6 un fuego espantoso: todo hacia presentir en aquellos momentos solemnes que el bravo comandante Soler sería rechazado, siendo pocos los que escapasen con vida.

No pasaron muchos momentos sin que la escena fuera completamente cambiada.

Soler llegó impertérito á la cumbre del Cerrito, trenzándose á la bayoneta con los españoles, y clavó con su propia mano el pabellon de la pátria, en el mismo punto que momentos antes ondeaba el del enemigo.

Todo entónces fué confusion y desórden para las fuerzas españolas, los batallones descendian en grupo de la altura, y eran recibidos en el llano por el bravo comandante Hortiguera que á la cabeza del regimiento Dragones de la Pátria los acuchillaba sin piedad. Este importante triunfo levantó mas que nunca el espíritu militar de los soldados patriotas, abriendo nuevos horizontes á la causa de la independecia, en tanto que los españoles se convencieron de que toda tentativa fuera de sus trincheras sería inútil.

II

El bizarro regimiento núm. 6, compuesto de párdos

y morenos, se habia formado en su mayor parte con los esclavos declarados libres despues del 25 de Mayo, los cuales como era natural profesaban el ódio mas terrible á los españoles, viendo en cada uno de ellos un antiguo amo de quien pretendian vengarse por los castigos sufridos durante su cautiverio. El anuncio del momento de una batalla era su mayor placer, pues aunque perdieran la vida ó salieran heridos de muerte, los que quedaban no perdian el ánimo y deseaban que se repitiera un nuevo combate, no ya solamente para vengarse ellos, sino tambien para vengar la sangre de sus queridos compañeros que habian caido en la lid.

Militaba en el citado regimiento un moreno llamado Joaquin Chaves, que mas tarde encontró una muerte gloriosa en la batalla de Ayohuma, donde fué derrotado el general Belgrano.

Apénas vió á su jefe empezar á subir el Cerrito fué de los primeros en gritar á voz en cuello "Viva nuestro comandante; sigamos su ejemplo," apostrofando á los españoles con epítetos nada agradables. En el sangriento encarnizamiento de la lucha, los soldados patriotas se habian mezclado con los españoles disputándose al arma blanca con indecible heroísmo por una y otra parte, el laurel de la victoria. Ya no se oia un solo tiro mas que el ruido de las bayonetas al chocarse entre sí, parando los formidables golpes de los combatientes.

Poco á poco la columna española fué descendiendo de la posicion que ocupaba, pero en cada palmo que retrocedia dejaba una huella de sangre: un monton

de muertos y heridos, amigos y enemigos. Ya al pié del Cerrito, el comandante Hortiguera distingue un grupo de tres hombres que luchaban á bayonetazos desesperadamente.

Un bizarro negro del núm. 6, hecho girones el uniforme y con una herida en la cabeza, que manaba abundante sangre, se defendia á la bayoneta de dos soldados españoles que le intimaban rendicion.

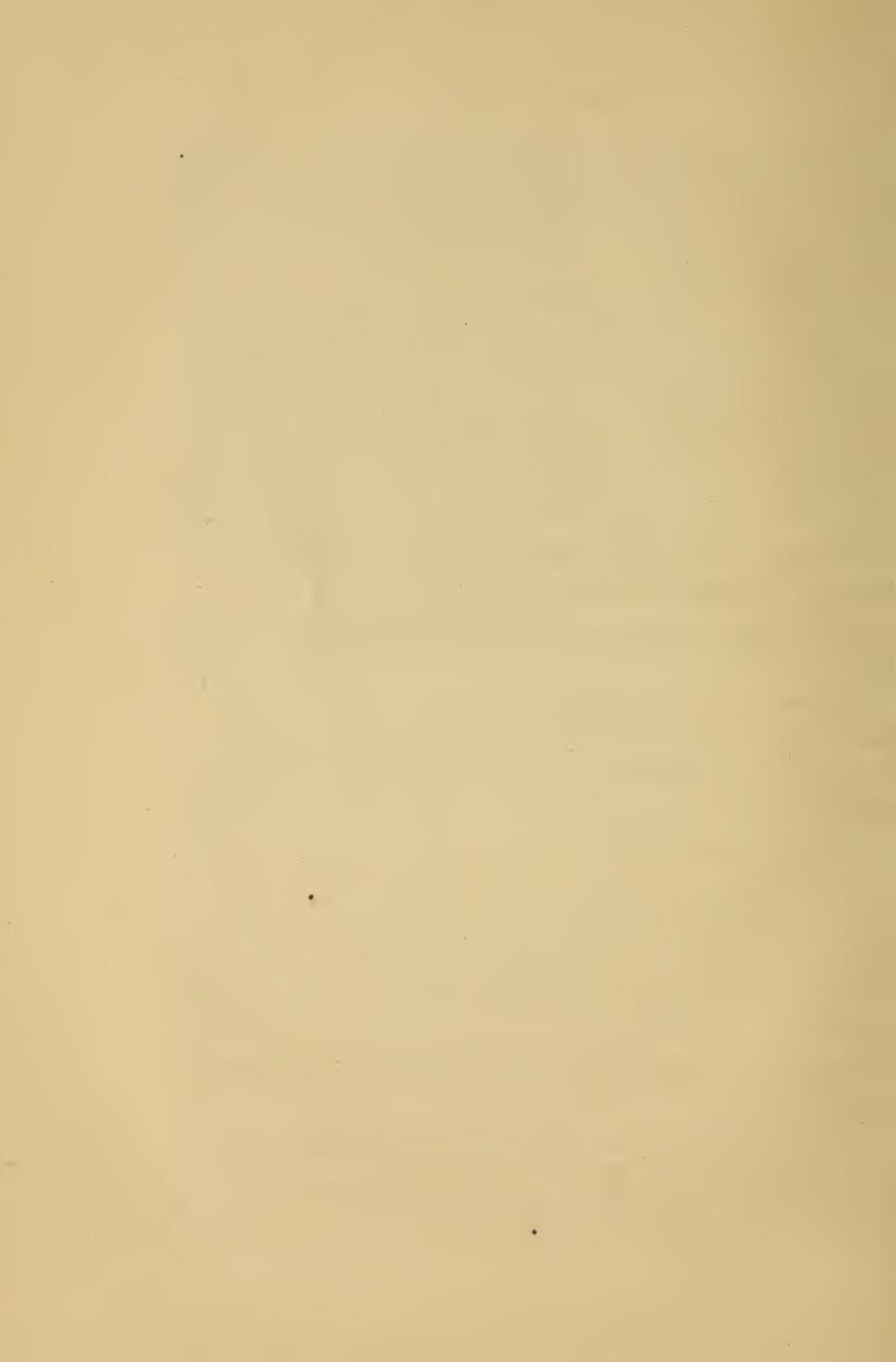
Con una agilidad extraordinaria, atacaba y paraba los golpes de sus adversarios. El comandante Hortiguera, que estaba próximo, seguia con ávida mirada las peripecias de la lucha confiando ciegamente en que el triunfo se declararia al fin por el moreno.

No se equivocaba; un feroz bayonetazo derribó en tierra á un español; la lucha quedó entónces equilibrada, continuándose con mas ardor.

Al fin el patriota, que no era otro que Joaquin Chaves, hunde la bayoneta en el pecho de su enemigo; gritando con toda la fuerza de sus pulmones: *tomá Cerrito*, haciendo alusion á que habian pretendido tomar este punto.

El comandante Hortiguera y los que lo rodeaban prorumpen en un unísono: *bravo, Chaves!* dando despues un fuerte abrazo al intrépido moreno, que lleno de orgullo por la deferencia de su jefe, repetia con frenético entusiasmo: *tomá Cerrito*, dirigiendo una mirada de desprecio al español que acababa de matar.

Es de sentirse que el agradecimiento nacional no haya erigido un monumento á los héroes oscuros de la epopeya inmortal de nuestra independenciam!



DE ANDE YERBA . . . PURO PALO !

Allá por el año de 1805, era Simon Mendez el hombre á la moda en el llamado *barrio del alto*; no habia barullo, baile, ó reunion popular, donde no se encontrara.

Famoso tocador de guitarra y mejor cantor de *contrapunto* su presencia era siempre un poderoso atractivo para reunir curiosos en la casa ó *pulperia* donde estuviera.

La vida para él no era mas que una eterna fiesta, una continua orgía, y en cuanto á hombre de habérselas con cualquiera, no se diga nada, pues varios que habian intentado amedrentarlo con bravatas, cuando mas bien salieron, fué llevando un feroz tajo en el carrillo.

Hoy preso y mañana en libertad, así pasaba los doce meses del año.

La primera invasion inglesa sacó á Buenos Aires de ese letargo de la época colonial, al escuchar el estampido de los cañones de Berresford. Todos querian

combatir contra el enemigo, para probar sus propias fuerzas.

Se formaron bandas de muchachos decididos que atacaban á pedradas al invasor: en una de estas empezó su carrera el mas tarde ilustre guerrero de la independencia, Don Cornelio Zelaya.

Mendez, mas conocido con el apodo de *Guasquita*, no quiso quedarse atras en cuestiones de pelea, y al frente de un grupo de compañeros de parrandas, armados como cada cual pudo, prestó en su esfera de accion importantes servicios á la Reconquista. Despues que las tropas británicas capitularon en la plaza de la Victoria, y mas tarde cuando se rechazó la segunda invasion, *Guasquita* manifestó una decidida vocacion por la carrera militar; pero sin embargo, no entró al Cuerpo de Patricios que mandada D. Cornelio Saavedra.

Los ingleses evacuaron á Buenos Aires y Montevideo, y todo volvió otra vez á su estado normal, verdad que germinando ya en cada cerebro la idea de libertad.

Las tinieblas debian durar muy poco tiempo, empezando á disiparse progresivamente, hasta que los rayos de luz del 25 de Mayo despejaron por completo el horizonte.

Hecha la Revolucion en la capital del Vireynato, era necesario iniciarla y hacerla triunfar en el Paraguay, Montevideo y alto Perú.

La *Junta* comprendiendo esto, mandó una expedicion al interior y otra al Paraguay, al mando ésta de D.

Manuel Belgrano: el primer plantel se formó de aquellos individuos que habian combatido contra los ingleses y poseian ya alguna instruccion y disciplina militar, llegando á contar 700 hombres mas ó menos.

Guasquita, hombre ansioso de aventuras y dispuesto á todo, entró de los primeros como soldado voluntario.

Invadido el Paraguay, sin comprender la revolucion, por tan pequeño ejército y teniendo el gobernador español Velazco 4,000 combatientes que oponer á los invasores, Belgrano fué derrotado en el Tebicuary; sus soldados lucharon uno contra cinco, vendiendo no obstante muy cara la victoria, dejando al mismo tiempo que un recuerdo eterno del valor argentino, la semilla fecunda de la libertad, que mas tarde habia de producir su fruto.

Parte de los derrotados pudieron regresar á Buenos Aires con su general. *Guasquita* volvió tambien, pensando igualmente sobre él la responsabilidad de una derrota.

Este primer ensayo en las lides de Marte, fuera de su país, le hizo perder la aficion á la carrera. Volvió pues á sus antiguos barrios, observando sus costumbres de bailes, cantos y pependencias. En uno de tantos lances se encontró frente á frente con un pardo guitarrero, hombre de fama para pelear al arma blanca, trabándose entre ambos una lucha sangrienta, en la cual *Guasquita* dió muerte á su rival.

Pasaron meses y años, y nadie oia hablar de él, ni tampoco se sabia su paradero. Era que huyendo de la

justicia habia abandonado á Buenos Aires, haciendo una série de correrías por Santa-Fé, Córdoba y otros puntos, hasta que llegó á Mendoza, cuando el general San Martin daba su última y maestra pincelada á la obra gigantesca de formar un ejército para invadir á Chile, pasádo los Andes. El recuerdo de los sufrimientos en el Paraguay y la derrota del Tebicuary se habia casi borrado de su memoria, de modo que al oír nuevamente las bandas de música, y ver otra vez el *vivac* alegre del soldado, entusiasmado por los preparativos de la expedicion, se decidió á llevar otra vez un fusil al hombro.

El 20 de Enero de 1817, no se oyó mas que el toque de tropa en todo el campamento; cada cual ocupó su puesto en las filas y se emprendió la marcha.

Chacabuco y Maipo despejan la incógnita del gran problema del General San Martin, y una colonia española ciñe su frente con la corona de la libertad, para tomar asiento en el banquete de las naciones con el nombre de República de Chile.

La segunda aventura militar de *Guasquita* se ensayaba con mejor éxito: habia escalado una gran cordillera y asistido á dos victorias seguidas; su espíritu de soldado dió un cambio de frente; ya no pensaba mas que en vencer y lo del Tebicuary le parecia un sueño! El ejército penetró en Santiago, y los oficiales y soldados descansaron de la rudas fatigas de campaña.

Aprovechando un dia que su compañía estaba franca,

Guasquita quiso saborear un *mate* y se dirigió al mercado en busca de buena yerba, hasta que encontró el deseado artículo.

En lugar de hojas le vendieron palos, protestando él con gritos y amenazas, hasta que se formó un escándalo en circunstancias que pasaba un oficial de su batallón y le interrogó sobre el origen del barullo, á lo que *Guasquita* al explicarlo, añadió en tono altanero: *De ande yerba... puro palo!*

Este dicho se popularizó en todo el ejército, alcanzando á llegar hasta nosotros.

A FERRO FRIO

Muchas veces cuando se ha querido ridiculizar y hacerlos sentar plaza de cobardes á nuestros vecinos del Imperio, la primera palabra empleada ha sido *á ferro frio*, sinónimo de que no son capaces de esperar á pié firme una carga de caballería por escalones, ó un ataque á la bayoneta.

Algunos han atribuido el origen de este popular dicho en el Plata, á que los descendientes de los lusitanos, lo pronunciaron en Sarandí y el Rincon, cuando invadieron la República Oriental y les disputaron heroicamente el suelo querido de su pátria las huestes con que Artigas y Rivera echaron la fructífera semilla de la independencia uruguaya.

Otros, acaso con menos razon, lo atribuyen á la época en que nuestros marinos sobre débiles embarcaciones arrebataron la victoria á una escuadra poderosa que ¡cuántas veces! huyó desconcertada ante el heroismo de un puñado de bravos! Pero en la campaña naval de 1826 á 1828, siempre los brasileros esquivaron el abordaje.

Agregan otros que solo pronunciaron su famosísimo *á ferro frio*, en el campo de Ituzaingó cuando las brillantes cargas de Brandzen y Lavalle rompieron los cuadros alemanes, y el pabellon de Maipo y Junin flameó victorioso como siempre.

Pero vamos á cuenta.

Reinando en Portugal en 1679 el príncipe D. Pedro despachó de gobernador á Rio Janeiro á D. Manuel Lobo, con la mision secreta de que se apoderase de la Banda Oriental del Rio de la Plata. En efecto; Lobo se introdujo sigilosamente y fundó á principios de 1680, frente á la isla de San Gabriel, un fuerte que denominó *Colonia del Sacramento*. D. José Garro, que gobernaba entonces el Rio de la Plata, pidió esplicaciones á Lobo, sobre semejante usurpacion, intimándole que evacuase inmediatamente la Colonia, pero como Lobo reiterase que no lo hacia por pertenecer esos dominios al rey de Portugal, Garro se dispuso á hacerlo retirar por la fuerza.

Los preparativos para la expedicion empezaron en los primeros dias del mes de Abril de 1680, alcanzando este primer ejército que se formaba con los hijos del país á 260 hombres, del modo siguiente: 120 de Buenos Aires, 80 de Corrientes y 60 de Santa Fé. El mando de este *cuervo de ejército* se confió á Vera de Mujica, con la órden terminante de tomar por la fuerza la fortaleza.

Esta fué atacada con valor, y despues de un nutrido fuego por ambas partes, fué tomada la Colonia por asalto el 7 de Mayo de 1680. Toda la guarnicion cayó pri-

sionera y Mujica regresó á Buenos Aires con los primeros trofeos que recuerdan los Anales Argentinos.

De manera que nuestro denuedo que tanto habia de lucir en lo sucesivo, tuvo lugar contra extranjeros de origen portugueses.

Este hecho de armas como dice el Dr. Gutierrez, es el punto de partida de la eterna cuestion diplomática que se llama *límites con el Brasil*, cuestion que con el territorio hemos heredado de los españoles.

Cuando llegaron á Buenos Aires, los soldados de la Division Portuguesa prisionera, fueron tratados de cobardes por algunos que no pensaban en aquello de "al enemigo que huye puente de plata."

Los soldados de Su Majestad Fidelísima, aunque no poseian el idioma español, pronto comprendieron lo que les querian decir, y ébrios de cólera respondieron en la lengua del autor de "Las Luisiadas" *á ferro frio!* queriendo dar á entender con esta exclamacion, que si el combate no hubiera concluido al arma blanca, no hubiesen sido atados al carro del vencedor. La frase se hizo popular en toda la ciudad, y cuando alguno no lograba el fin que se proponia le contestaban: *fué á ferro frio.*

Con el tiempo se ha ido popularizando este refran en el Plata, de modo que cuando queremos bromear con nuestros vecinos les repetimos siempre la frase *á ferro frio.*

POR LA VIDA DE UN HOMBRE

La bandera que simbolizaba los principios de la revolucion de Mayo habia flameado victoriosa en San Lorenzo, Tucuman y Salta, pero aún no se habia izado con igual éxito en el mástil de ningun bajel, pues el destino hasta entonces parecia negarnos héroes en el dominio de Neptuno.

La primera escuadrilla de la pátria al mando del intrépido maltés Juan Bautista Azopardo, habia sido destruida en el combate de San Nicolás.

Mas tarde el benemérito patriota don Juan Larrea, por dimision del doctor José Julian Perez, era nombrado para integrar el poder ejecutivo de las Provincias Unidas.

Corrian los primeros dias del mes de Noviembre de 1813, cuando el nuevo ministro contraia toda su atencion á formar una flotilla para atacar el puerto de Montevideo, sitiado á la sazón por el ejército patrio á las órdenes del general José Rondeau.

El atrevido y bien madurado proyecto del célebre estadista, fué coronado con el laurel de la victoria, y

esas cuatro tablas que tripulaban Brown y sus heroicos marineros decidieron de la suerte de un mundo, haciendo desaparecer el único baluarte de la dominacion española en el Rio de la Plata!

Pero no debia ser este el primero ni último gajo de laurel, que debia orlar la corona inmarcesible de nuestras glorias marítimas, porque ya acaso en lontananza se entreveian las fechas inmortales de *Los Pozos* y el *Funcal*.

Sigamos. Era necesario que nuestro flamante pabellon se pasease orgulloso por lejanos confines, enseñando al mundo el emblema de un pueblo que nacia á la democracia y á la libertad.

El doctor Vicente Anastasio de Echevarria armó á sus espensas una fragata que con el nombre de *La Argentina*, debia recorrer á corso mas de cuatro mil leguas, á las órdenes del bravo sargento mayor Hipólito Bouchard.

El dia 7 de julio de 1817, zarpaba de entre los bancos de este rio con direccion á la isla de Madagascar.

Formaba parte de su tripulacion un aspirante de diez y seis años de edad, que mas tarde debia ser el émulo de Brown en las aguas del Plata, abatiendo el orgullo de un Imperio: Tomás Domingo Espora.

El 4 de Setiembre del mismo año fondeaba *La Argentina* en el puerto de Tamatave.

El 17 de Agosto de 1818 llegaba la fragata á las islas de Sandwich. La tripulacion de la corbeta *Santa Rosa* (a) *La Chacabuco*, se habia sublevado en las

costas de Chile, y echado en tierra á la oficialidad. Despues de varias correrias habian vendido el buque al rey de las islas hallándose repartida la tripulacion en las siete que forman el archipiélago. Bouchard entonces creyó de su deber requerir el buque y su tripulacion y tomar todas las providencias necesarias.

La Santa Rosa se hallaba en la bahía de Karakoba toda desmantelada y con los pertrechos en tierra.

Inmediatamente de recibir esta noticia, Bouchard se trasladó en un bote á siete leguas de distancia, donde tenía su mansion el soberano: á las dos de la tarde logró hablarle por medio de algunos americanos del Norte que poseian su idioma.

Le hizo entender todo el asunto de la *Chacabuco*, para que le fuera entregada con los marineros, los cuales serian procesados, castigados ó absueltos.

El altivo *monarca* (1) no quiso entender razones, alegando que habia comprado la corbeta por seiscientos quintales de madera Saugilgut, ocasionándoles los marineros grandes erogaciones para su sosten; exigia por lo tanto el reembolso del valor que habia dado por la corbeta, para entregarla con la tripulacion. Bouchard aceptó la propuesta y verificado el reembolso se hizo cargo de la nave, recibéndola en el mayor abandono, sin velámen, cabos, armas y municiones, tanto que para ponerla en un mediano estado de accion, fué

(1) Fué el primero que reconoció la independencia de la República Argentina.

necesario hacer uso del armamento y municiones de *La Argentina*.

Los amotinados fueron tomados sucesivamente en la isla de Montoy, Woahoo y Aty, salvo algunos que habian marchado para Canton en un bergantin.

En seguida levantó sumario para averiguar quienes habian sido las cabezas del motin del *Santa Rosa*, y resultó por unánime declaracion de todos los marineros, que lo habia sido el de su clase Enrique Gibbim. Celebrado consejo de guerra por todos los oficiales, fué sentenciado á muerte, fijando el dia siguiente para que se le pusiera en capilla.

Gibbim habia sido capturado en un fuerte de la última isla citada, pero el rey le dió escape antes que amaneciese el dia fatal de la ejecucion.

Al verse así burlado Bouchard, se apersonó al rey y le reconvino en términos corteses pidiéndole le fuera entregado el reo, pero él se mantuvo firme en no acceder.

El intrépido soldado de San Lorenzo, lo declaró responsable de lo que pudiera sobrevenir, contestando el soberano "que si las amenazas se reducian á balazos, por cada tiro responderian veinte y cuatro del fuerte, pues para semejantes casos eran los cañones que él tenía."

Comprometida así la justicia y el honor del pabellon que tremolaba en la nave lejendaria fué preciso apelar á la fuerza.

Bourchard se reembarca inmediatamente; dispone la batería de *La Argentina* y da orden al *Santa Rosa* para

que se disponga al combate dando el costado á un ángulo del fuerte, mientras él con la primera, tomaba igual posición, esperando lo que resolvía el rey, al vencimiento del plazo de seis horas para entregar al criminal.

El rey no obstante su arrogante contestación entró en cuidados y mandó con disimulo á un jefe para que observase las disposiciones tomadas por Bouchard.

Luego que este jefe regresó y le instruyó de ella, el rey mandó un mensaje por medio de una canoa, asegurando que al día siguiente entregaría al reo. Ese mismo día *La Argentina* se hizo á la vela para afuera, y al acercarse la hora pactada, se aproximó al fuerte, maniobrando de manera que el rey pudiese comprender que no serían vanas las amenazas, si no cumplía su palabra.

A la hora concertada el rey dió aviso á Bouchard que el reo estaba en el fuerte á su disposición.

Luego que fué entregado se le leyeron las declaraciones, y nada más observó, sino que todos eran culpables como él. Le fueron concedidas dos horas de término, terminadas las cuales fué pasado por las armas, á las once de la mañana del 6 de Octubre de 1818.

Bouchard continuó su crucero por las costas de California y Méjico, donde efectuó el glorioso ataque de Monterey.

La Argentina paseó atrevida esa bandera teñida por la blanca nieve de los Andes y el azul del firmamen-

to, como tan acertadamente ha dicho un distinguido historiador moderno, anunciando al mundo con el estampido de sus cañones, que no en vano la República Argentina había jurado su independencia en Tucuman!

El jefe de tan atrevido crucero, moría mas tarde asesinado por los negros en los arenales del Perú, pero ha dejado una página de gloria en la historia naval de nuestra pátria y el recuerdo venerado de su nombre, llevando con justicia hoy uno de los buques de nuestra escuadra el nombre de *La Argentina* que él inmortalizó.

EL SORTEO DE MATUCANA

I

Corria el 22 de Marzo de 1824. La dominacion española tocaba á su término en la pátria de los Incas ; faltaban Junin y Ayacucho, para anunciar al mundo la existencia de una nueva nacion, que se iba á levantar ocupando su deseado puesto, sobre la base de la independencia y de la libertad, inconmovible cual las columnas que perpetúan en sus ensangrentados campos de batalla, el imperecedero recuerdo de hechos grandiosos y sublimes, y que despues ni el andar del tiempo, ni las pasiones mezquinas de los hombres podrian hacer desaparecer de la faz de la tierra.

El Perú, ahogado en lágrimas y en sangre, habia intentado inútilmente muchas veces sacudir el yugo que á costa de tantas víctimas le impusiera el feliz aventurero Francisco Pizarro.

A fines del siglo pasado se destaca en su negro horizonte una pequeña esperanza, iluminada por destellos de luz que como fuegos fátuos aparecen y desa-

parecen, hasta que al fin se eclipsan en el Cuzco, frente al negro surco de sangre que dejan en pos de sí Tupac-Amaru y sus inmortales compañeros de martirio.

Otro heróico caudillo levanta despues el estandarte que simboliza los santos principios de la democracia, incendiando con la tea revolucionaria la antigua capital del imperio de Atahualpa y sus inmediaciones.

Nuevos contrastes para la causa de la libertad, y nuevas víctimas que rinden nuevamente su vida en holocausto de su fe política.

En terribles martirios y olas de sangre los españoles hicieron perecer á los hombres que acaudillando las masas, eran el alma del movimiento revolucionario: ellos desaparecian, pero no la idea; de modo que cuando el ejército argentino pisó el territorio del Perú, éste se levantó imponente y la chispa del patriotismo electrizó los corazones de todos sus hijos desde Tumbes al Loa, desde el Amazonas al Pacífico, y ansiosos de libertad y venganza, corrieron presurosos á la lucha; que rompió para siempre sus cadenas al disiparse las últimas ráfagas de humo el memorable 9 de Diciembre de 1824.

Durante el tiempo que permanecieron las tropas argentinas en el Perú, tenian lugar continuamente reñidos y prolongados combates en que la peor parte le tocaba á los soldados patriotas que tenian la fatalidad de caer prisioneros.

¡Que contraste!

Los realistas que tomaban los patriotas eran tratados con toda generosidad. Otro beligerante hubiera ejercido sangrientas represalias, olvidándose como lo hacia el enemigo, de los derechos sagrados de la guerra.

Los jefes y oficiales argentinos, olvidaban todo despues del combate y en cada prisionero no veian mas que un desgraciado á quien prodigaban toda clase de generosidades. Siempre en la guerra, los sentimientos del vencedor son mas nobles que los del vencido. Uno hace alarde de hidalguia y el otro de venganza!

II

Desde las casas-matas de Callao, una columna del ejército español al mando del general Monet, conducia con destino á la *Isla de los Prisioneros*, en el lago Titicaca, ciento ochenta y tres patriotas tomados en distintos combates, logrando fugar dos durante el camino.

En el pueblecito de San Juan de Matucana, distante diez y ocho leguas de Lima, el general Garcia Camba (conocido historiador de la guerra de la independencia en el alto y bajo Perú), jefe del Estado mayor de la division, invocando órdenes superiores, hace formar los que quedaban para que declaren quiénes tenian conocimiento ó habian auxiliado la fuga de sus compañeros; todos guardaron el secreto negándose á contestar.

El jefe español ordena entonces el sorteo entre ellos, para que muriesen dos por los fugados, que eran el coronel don Juan Ramon Estomba y el oficial don Pedro José Luna. Al efectuarse acto tan bárbaro y sangriento, despues de algunos dramáticos episodios de noble generosidad entre los presos, dispuestos á dejarse sacrificar, y de haber empezado el fatal sorteo, sacando los primeros con semblante sereno y mano firme, la cédula que debia decidir su vida ó muerte, con paso tranquilo y ánimo resuelto, salen de entre las filas dos oficiales, don Alejo Millan, natural de Tucuman, y don Juan Antonio Prudan, hijo de Buenos Aires.

Aquellos dos grandes corazones eclipsan en magnanimidad y en heroismo al romano Mucio Scévola, ofreciendo á la historia americana el mas grande ejemplo de sublime abnegacion, de que haya conocimiento en la guerra de la independecia: el sentimiento del compañerismo llevado á donde nadie lo puede sobrepasar. y muy raros imitar!

Prudan y Millan declaran tener ellos conocimiento de la fuga, y no obstante la espontánea protesta de sus compañeros, pidiendo que continúe el sorteo, insisten en lo dicho.

El general García Camba, cree innecesario continuarlo, y cumpliendo una órden tan cobarde como inhumana y atroz, una hora despues los hace pasar por las armas al frente de sus compañeros de infortunio. ¡La crueldad no conoce límites y se hace

desfilan por delante de los dos ensangrentados cadáveres á los que quedaban!

Millan y Prudan, mueren con sublime heroismo, ofreciendo al mundo el mas grande ejemplo de abnegacion.

El primero al presentar su noble pecho á las balas, apostrofa con su voz sonora á los tiranos; el segundo con la serenidad y coraje de un espartano, espera resignado su martirio. Una certera descarga pone fin al triste espectáculo de dos hombres que hincados de rodillas, aguardan la muerte, dirigiendo al cielo su mirada como implorando venganza, pero los dos, antes de oir la palabra de *fuego*, gritan con toda entereza: Viva la patria!

Despues de consumir tan grande atentado contra la civilizacion, la columna española continuó la marcha, sin acordarse que dejaba á su espalda dos héroes martirizados y el fallo imparcial del tribunal severo de la historia, que condenaria para siempre este hecho sangriento: el Sorteo de Matucana.

LA DESGRACIA NO ME HA DEJADO

ACABAR DE CUMPLIR CON MI DEBER

La bandera de la revolucion, despues de cinco meses del pronunciamiento de Mayo, habia conquistado inmarcesibles laureles en los campos de Cotagaita y Suipacha, demostrando á la metrópoli, y al mundo entero que cuando un pueblo viril y patriota proclama altivo y entusiasta sus derechos, es porque sabe sostenerlos á costa de todos los sacrificios.

El general don Antonio Gonzalez Balcarce, fué uno de los primeros que coronó de laureles la sien de la jóven nacion que se levantaba obedeciendo á íntimas convicciones de justicia, y al legítimo derecho de independencia y de libertad.

La chispa que salió de Buenos Aires recorrió el interior del Vireynato: traspasando los Andes iluminó las costas del Pacífico, y all  en medio del Ecuador sobre la cumbre del elevado Chimborazo resplandeció brillante disipando las tinieblas en que todavia se

hallaba envuelta una parte de la América, á la cual debian llegar mas tarde los deslumbrantes rayos del sol de Mayo.

Marte nos habia dado héroes; pero Neptuno parecia negarnos sus favores.

La revolucion no tenia con que hacer frente á los poderosos elementos marítimos con que contaban los españoles atrincherados en Montevideo, y dispuestos á hacer el último esfuerzo para sostener el pabellon de la metrópoli en el único resto de dominio que les quedaba en las márgenes del Plata.

Apoyados los realistas en su poderosa escuadra que contaba con grandes pertrechos navales y excelente tripulacion, dominaban por completo el Plata y sus afluentes, haciendo correrias por ellos. La Junta de Buenos Aires, convencida de que el único modo de poner término á esto, garantir las costas y asegurar la posesion de los rios, como tambien de proteger el ejército que á las órdenes del General Belgrano marchaba sobre el Paraguay era poseyendo buques de guerra, se decididó á armar, aunque con grandes sacrificios, una escuadrilla.

Despues de vencerse innumerables obstáculos, se pudieron reunir tres buques pequeños, cuyo mando fué confiado al bravo é inteligente marino don Juan Bautista Azopardo, que supo responder á la confianza que en él se depositaba de un modo que hará eterno honor á su nombre, dando el primer dia de gloria marítima á la República Argentina!

Nuestra escuadrilla remontó el rio Paraná hasta lle-

gar á San Nicolás de los Arroyos. Los españoles que tuvieron conocimiento de esta operacion, siguieron el mismo derrotero con una respetable flota á las órdenes del Comandante Romarate, para atacar y hundir en los abismos los débiles buques que hacian flamear por primera vez en las aguas nuestro jóven pabellon.

Azopardo se preparó á la defensa haciendo levantar una batería en tierra, para de este modo compensar en algo siquiera, su inferioridad en buques, armamento y tripulacion, y lograr, sinó vencer la escuadra realista, al menos equilibrar el combate, de modo que las probabilidades del triunfo estuviesen tanto de una como de otra parte.

Pero la fatalidad habia dispuesto de otro modo, pues en el momento del ataque, Azopardo fué abandonado á sus propios esfuerzos, tanto por la batería, por ser mal dirijida, como por dos de sus buques, cuya tripulacion huyó á tierra, amedrentada ante las imponentes naves del enemigo. Uno de ellos era mandado por D. Hipólito Bouchard!

Este marino tuvo un momento de desgracia, pero el combate de San Lorenzo y el crucero inmortal de *La Argentina*, que dirijió, lo han puesto á cubierto de las sospechas que pudiera tener la posteridad respecto á si en su pecho habia un corazon de valiente ó de cobarde. Sí; él se ha vindicado ante la historia; las páginas de luz de *La Argentina* alumbran para siempre las tinieblas que pudieron ocultar su nom-

bre al agradecimiento nacional en el contraste de San Nicolás.

Otro hombre que no hubiera tenido el temple y patriotismo de Azopardo, se hubiera entregado al enemigo sin hacer un tiro al ver huir á sus compañeros. Pero él solo con la goleta *Invencible* que montaba, tripulada por hombres que por primera vez iban á oír silbar las balas de los realistas, y á tomar el olor de la pólvora española, jura no abandonar su buque; con él debía salvarse ó con él debía sucumbir sin echar un borron sobre su nombre. Aunque todos lo hubieran dejado, él hubiera permanecido siempre en su puesto de combate, porque la República Argentina no podia perder su fama, y Azopardo debía completar la suya!

Los cañones españoles empiezan á disparar una lluvia terrible de hierro y plomo, sobre nuestra nave capitana que se bate heróica y desesperadamente contra cuatro buques formidables del enemigo.

Los marinos independientes cobran nuevo valor al ver el heroismo de su gefe, que ha elevado al tope del mástil de su buque la bandera encarnada de guerra á muerte, señal que sabrá sostener dignamente.

Todos parecen dispuestos á aniquilar el bajel republicano, hasta que al fin se deciden á abordarlo. *La Invencible* sostiene el abordaje por espacio de dos horas con admirable valor y sangre fria, hasta que de los cincuenta hombres que tenia á su bordo le quedan ocho que pueden continuar el combate!

El intrépido Azopardo, viendo que todo estaba per-

dido, trata de hacer el postrer esfuerzo para no caer en poder del enemigo, va á hacer volar la Santa Bárbara! El destino quiere salvar la vida de un héroe, y burla su heróico propósito! Una mano oculta habia cerrado el depósito de pólvora, sobre cuya puerta descarga Azopardo varios tiros, reuniendo en seguida algunos cajones de cartuchos. Visto esto por el enemigo aterrado que se reconcentra en la proa, le ofrece la vida de todos; un clamor de sus marinos le hace reflexionar un instante y acepta las condiciones, pero habia aceptado, porque todos sus esfuerzos eran completamente inútiles para hacer volar el buque.

En medio de la carniceria, del abordaje, Azopardo ha estado en todas partes, luchando con admirable valor y serenidad, alentando á su tripulacion. Al hacer el último tiro sobre la Santa Bárbara, convencido de que no podia incendiarla, pronuncia aquellas palabras que hubieran bastado para inmortalizar su nombre:

La desgracia no me ha dejado acabar de cumplir con mi deber!" De este modo fué el primer ensayo marítimo argentino. Los primeros bajeles de la pátria fueron apresados por el enemigo; (1) pero en pos del

(1) La Junta sin desalentarse por este revés, dirigió al pueblo con fecha 4 de Marzo una proclama en que se leian estas palabras: "Si un ligero revés de la fortuna nos arrojase en el abatimiento, les decia César á sus soldados, esto sería no conocer sus favores. Lo mismo os decimos á vosotros—Nueve meses de triunfos nada deben á unos frájiles barcos, que tuvimos abandonados en total inaccion: con ellos nada hicimos; sin ellos llegaremos á coronarnos, teniendo la gloria de quitar eso mas al enemigo!"

combate de San Nicolás debían venir los días inmortales de *Martin Garcia*, *La Argentina*, *Los Pozos*, y *el Yuncal*, ciñendo también de laureles la frente de Brown, Bouchard, Espora, Rosales, y Jorge, que supieron seguir dignamente el ejemplo de Juan Bautista Azopardo, cuyo nombre, admirado por la posteridad, unido al del combate que sostuvo, forma el primer eslabón de esa gran cadena de hechos heroicos que se llaman glorias navales de la República Argentina.

El sol del 2 de Marzo de 1811, alumbró con su luz este cuadro de heroico patriotismo y virtud cívica.

PATRIOTISMO

I

Apenas habian pasado dos años del pronunciamiento de Mayo, cuando los españoles residentes en Buenos Aires, encabezados por D. Martin Alzaga, (el mismo que cinco años antes habia sido el alma de la defensa de Buenos Aires,) conspiraban con el objeto de echar por tierra la nueva situacion creada por los patriotas, para que volviera á imperar la despótica enseña de la conquista; la conspiracion debia estallar á fines de Junio; pero por inconvenientes que sobrevinieron se habia aplazado para el 5 de Julio.

El plan era vasto y las consecuencias tremendas. Contaban con diez mil paisanos y fuerzas de desembarco mandadas por los realistas de Montevideo, y la consigna era en caso de resistencia, no dejar vivo ningun americano de siete años arriba, pero en todo caso esterminar á la mayor parte de los hijos del país.

La Providencia que está siempre del lado de la justicia habia dispuesto de otro modo. A un negro esclavo llamado Ventura se debió la salvacion de tanta víctima

destinada al sacrificio, por haber denunciado á la autoridad la conspiracion.

El dia 2 de Junio teniendo conocimiento el gobierno del golpe tremendo que amenazaba á los patriotas, con resolucion enérgica comienza á proceder, y en las altas horas de la noche ya tenia todos los hilos de la trama.

El 3 encarcelando y ahorcando algunos cómplices, salva el país de la sentencia de muerte que tenía sobre sí. El cabecilla Alzaga se habia ocultado pero fué condenado en rebeldía, y tres dias despues se le tomó, siendo inmediatamente ahorcado.

El 30 de Junio de 1812 se presentó al alcalde de Barracas D. Pedro José Palacini, un negro esclavo y le denunció la conspiracion que los españoles pretendian llevar á cabo. Interrogado despues por el citado alcalde sobre el móvil que lo habia impulsado á proceder asi, contestó, muy lleno de satisfaccion y de contento: *Porque nos iban á matar á todos el amo.*

El Gobierno en prueba de gratitud por tan señalado servicio decreta y paga su libertad, dándole un premio pecuniario, uniforme y sueldo de soldado durante toda su vida, como tambien un escudo con la inscripcion siguiente: *Por fiel á la pátria*, y un sable para custodia de su persona.

II

El dia 10 de Setiembre de 1819, José Manuel de Minoguye Inca, Atahualpa, Huascaranga, cacique de

sangre real segun las ejecutorias de su progenie, gobernador de provincias, y de los veinte y cuatro pueblos de la ciudad de Lambayeque, Intendente de Trujillo en el Vireynato de Lima, ofrece un digno ejemplo de patriotismo, como así mismo muestra una vez mas el ódio terrible y eterno que profesaba á los españoles. Cuando supo la anunciada expedicion de los antiguos dominadores al Rio de la Plata, se presentó al Directorio de las Provincias Unidas y ofreció poner á sus órdenes en la Ensenada, Quilmes, ó las Conchas, treinta mil indios de las Pampas del Sud con las armas que ellos acostumbraban, (dice el memorial) para salir al frente de los *hurakochas* (españoles), sin que las cajas del Estado gasten nada para ello. Felizmente la anunciada expedicion no tuvo lugar. Este mismo patriota al principio de la revolucion de Mayo habia ofrecido sus servicios á la Junta.

III

Bajo cualquier faz que examinemos los hechos que tuvieron lugar durante la época de nuestra inmortal y gloriosa Revolucion, veremos que los actos de valor, patriotismo y abnegacion, se sucedian unos á otros continuamente, y que muchos por haber sido tan frecuentes, han pasado desapercibidos para la posteridad.

El acendrado patriotismo de las damas argentinas tiene su puesto de honor en la historia de nuestra pátria, por cuanto mas de una vez fueron ellas, puede decirse,

las que hacian revivir el fuego de la tea revolucionaria, electrizando con su ejemplo los corazones de aquellos que marchaban al combate en busca de la libertad ó de la muerte! El 30 de Mayo de 1812, un crecido número de damas de Buenos Aires, viendo ya comprometido al país en la heróica lucha por su independencia, pone á disposición del Gobierno una considerable suma de dinero para la compra de armas que en su nombre debian entregar á los defensores de la pátria. Estas nobles damas, en el oficio que acompañaban su generosa donacion, consignaban con arranque patriótico sus futuras esperanzas, al espresar que el dia de una victoria tendrian la satisfaccion de decir al contemplar á un vencedor: “Yo armé el brazo de ese valiente, que aseguró su gloria y nuestra libertad.”

Esas armas fueron invencibles en Salta, San Lorenzo, Chacabuco, Maipo, Lima, Pichincha, Junin, y Ayacucho, porque aquellos que las esgrimian supieron corresponder dignamente á las esperanzas de quienes con tanta fé y entusiasmo las pusieron en sus manos.

Eterna gratitud y veneracion para esas heroínas de nuestra epopeya inmortal!

JOSE LUIS MOLINA

Hay héroes que las circunstancias en que aparecen contribuyen á rodear su nombre de mayor ó menor celebridad; porque es precisamente un momento lo que en la vida de los hombres, hace que se levanten ó desciendan de donde están colocados.

Examinando detenidamente por este lado, la historia de los pueblos, vemos casi siempre celebridades que se improvisan merced á los acontecimientos que se desarrollan en torno suyo.

La gloria del mártir de San Lorenzo, Juan Bautista Cabral, es debida al valor y abnegacion de un instante, y la trompeta sonora de la fama se ha encargado de pregonar su nombre á los cuatro vientos del suelo argentino.

La oportunidad es tambien quien ha hecho de soldados oscuros del ejército del general Belgrano, un triunvirato de gloria y de heroismo, sacando sus nombres del olvido, incorporándolos á las páginas de nuestra historia con el título de Sargentos de Tambo Nuevo.

Un miembro humilde de esa familia desgraciada llamada *gauchos*, para quien no ha llegado aun el día de su redención, y que cual nueva espada de Damócles, tiene siempre suspendida sobre su cabeza el dolor y la desgracia, José Luis Molina, va á unir su nombre á un día de gloria de la República Argentina, del cual es él su principal protagonista, demostrando evidentemente que cuando un pueblo está animado de nobles pasiones, hasta sus mas humildes hijos sienten en sus pechos ese estímulo sublime de llevar á cabo acciones gigantescas.

Si los nobles *gauchos* de las provincias del Norte, con el famoso Güemes á su frente, supieron contener bizarramente las invasiones españolas del Alto Perú al suelo argentino, en los inmortales cinco años de 1816 á 1821, abatiendo el orgullo de soldados valientes y veteranos, que habian vencido en cien combates á las legiones del primer guerrero del siglo, que pasaron triunfantes el águila imperial de un extremo al otro de la Europa, veintitres *gauchos* porteños van á inmortalizar el día 7 de Marzo de 1827, humillando el orgullo de un imperio.

Una escuadra brasilera compuesta de cinco buques amanecía este día frente al pueblo del Cármen de Patagones, al mismo tiempo que por tierra se presenta una columna de mas de 500 soldados del Imperio, que habia desembarcado siete leguas abajo de la poblacion y hecho su marcha en la noche.

Ya en los suburbios del pueblo que creian tomar sin resistencia, un cañonazo disparado de la plaza y que dá

muerte al gefe principal general James Shepherd, contiene la columna: un segundo tiro la hace retroceder: una tercera detonacion la pone en fuga, apareciendo al mismo tiempo, envuelta en una nube de polvo, una partida de jinetes tendida en guerrilla, á cuya vista huyen los invasores, internándose tierra adentro, y alejándose de sus buques.

Cuando la fuerza brasilera atraviesa unos pajonales, los guerrilleros le prenden fuego por sus cuatro partes, circumbalándola así con un anillo de llamas: el humo, el cansancio, la fatiga por la marcha de la noche anterior, la sed y el fuego, va esterminándolos uno á uno, que en las ansias de sus últimos momentos se reuercen y maldicen á los gauchos y á su propia empresa.

En vano dos veces habian levantado un pañuelo blanco en la punta de una bayoneta: los guerrilleros no querian parlamentar con sus enemigos; no hubieran podido darles proteccion aunque lo hubieran intentado.

La destruccion es completa, muriendo muchísimos quemados con la pólvora de sus mismas cartucheras que se incendiaban en medio de aquel cráter de fuego, y el que salva la vida tiene que rendirse á discrecion.

En tanto, en todo este intervalo el cañon seguia haciendo sus detonaciones, cuyo eco llegaba á los infortunados invasores como un toque de agonía en medio de las convulsiones de la muerte.

Los que llevan á cabo esta heróica como terri-

ble hazaña , fueron solo veintidos gauchos porteños semi-salvajes, rotozos, mal armados, pero llenos de entusiasmo y de ese valor abnegado que no tiene en cuenta el sacrificio cuando se hace en aras de la patria.

Los capitaneaba el baqueano José Luis Molina, especie de gaucho montaráz que á cuarenta leguas á la redonda campeaba á sus anchas abroquelado con su fama de *gaucho bravo*.

Completaba el número de los únicos defensores del Cármen de Patagones la artillería de la plaza, que era compuesta de un cañon pequeño, viejo y carcomido, sin cureña, atado al tronco de un árbol, y un solo soldado tan viejo como él, tuerto y manco, que tapaba el oido del cañon con el dedo grande del pié al tiempo de atacarlo él mismo. De los cinco buques, cuatro les fueron tomados sucesivamente, y de uno que fué echado á pique, aun se ven los restos en el puerto del Cármen.

El gobierno premió mas tarde á estos valientes haciéndolos presentar en la fortaleza de Buenos Aires, donde el presidente en persona los felicitó y los premió dignamente.

A impulsos de esos sentimientos palpitaban los corazones de esos hombres á quienes don Pedro I les dijo : “ Sois nuestros esclavos ; seguid al carro del vencedor ” y que ellos en su arrebató de sublime patriotismo supieron contestar : “ Moriremos en defensa de la honra nacional y de la libertad de un pueblo hermano ! ”

Hé aquí sus nombres que estampamos como un justo homenaje á su memoria, su patriotismo y su valor : José

Luis Molina, José María Molina, José María Albartio, Lorenzo Gomez, Cornelio Medina, Juan Bautista Montecina, Dionisio Gomez, Juan Leguizamon, Julian Alvarez, Santiago Ventena, Miguel Rivera, Casimiro Marin, Francisco Delgado, Inocencio Peralta, Jorge Arriola, Manuel Gamboa, Policarpo Luna, Santos Morales, Manuel Perez, Raimundo Ramayo, Juan P. Rojas y Gregorio Ramirez.

CABALLERIA DE MARINA

El día 12 de Febrero de 1817, el ejército que á costa de tantos sacrificios é inteligencia, habia formado en Mendoza el general San Martin, despues de haber pasado los Andes, se encuentra por primera vez frente á las fuerzas realistas enseñoreadas de Chile, y obtiene en la cuesta de Chacabuco, la memorable victoria de este nombre. El 20 de Febrero del mismo año, ya algunas fuerzas patriotas tomaron posesion de Valparaiso.

El bergantin transporte español *Aguila*, ignorando el cambio político que acababa de realizarse, fondea en la rada el dia 22 ya cerrada la noche.

Ver anclado el buque enemigo y concebir la idea de apresararlo fué inspiracion de un instante en la mente de los patriotas.

Era necesario un golpe de temeraria audacia para apoderarse de la nave realista, pues apenas se podia disponer de pequeños botes para llevar á cabo la empresa.

Un valiente oficial que aún no habia cumplido los diez

y siete años de su vida, y que ya asociaba su nombre al Paso de los Andes y victoria de Chacabuco, fué quien recibió la orden de tomarlo, en compañía de catorce hombres armados de sables.

El oficial á quien se confiaba tan honrosa comision era el alferez del regimiento Granaderos á Caballo, Isidoro Suarez, cuyo nombre debia ser inmortal salvando el honor de la caballería patriota en la pampa de Junin y completando su fama y la del cuerpo que mandaba en la decisiva jornada de Ayacucho.

Inmediatamente de recibir la orden se embarca en un bote con sus catorce soldados conducidos por siete marineros. Era la una de la mañana del 23 de Febrero de 1817, cuando aquel grupo de valientes pisaba la cubierta del *Aguila* y sorprendiendo á los ochenta y nueve hombres que lo tripulaban, se apoderaron del transporte.

Cuando los españoles se dieron cuenta de lo que sucedia, ya el buque estaba bajo las baterías del puerto. De modo, pues, que en la guerra de la independencia sud-americana, no fué solamente el general venezolano Paez, quien apresó buques españoles con soldados de caballería!

Semejante acto de arrojo coronado por tan feliz éxito, fué premiado, siendo ascendido á teniente el alferez Suarez, que avanzaba una nueva jornada en la carrera de la inmortalidad.

Suarez habia nacido en Buenos Aires el año 1801, y en 1814 sentó plaza de cadete en uno de los escuadrones de los Granaderos á Caballo que se estaban formando en el Retiro.

Cuando la República Argentina, en obsequio del pueblo oriental, se hallaba en guerra con el Imperio del Brasil, Suarez ya con el empleo de Coronel, desembarcaba en Buenos Aires el 8 de Enero de 1827, desterrado del Perú, llegando á tiempo para cubrirse una vez mas de gloria en la batalla de Ituzaingó á las órdenes del benemérito general Alvear.

La ingratitud y la desgracia parecian empeñadas en perseguir al heróico y patriota coronel Suarez.

Contribuye á dar la libertad al Perú siendo una figura prominente en sus dos dias de gloria, Junin y Ayacucho, y recibe en premio de sus servicios el ostracismo sin justificada causa.

Atraviesa la República Argentina desde el Plata hasta los Andes, formando parte de esas legiones de bravos de la época de nuestra emancipacion política, ostentando en su pecho cinco medallas de oro, tres de plata, cinco escudos y siete cordones, y así abrumado de gloria y de laureles, si se nos permite la espresion, no encuentra en su pátria un pedazo de tierra donde exhalar el último suspiro, acabando sus dias en Montevideo, olvidado de todos, el 13 de Febrero de 1846, á los cuarenta y cinco años de su edad.

Sus restos permanecen treinta y tres años en suelo extranjero, cubiertos con la losa del olvido, mas pesada aún que la del sepulcro, hasta que el deber y la gratitud de los argentinos los retornó á su pátria, para que reposen eternamente al lado de los de aquellos guerreros en union de quienes combatió por la libertad de un mundo.

EL COLMO DEL PATRIOTISMO

A LA MEMORIA DE MI QUERIDO HERMANO GERARDO

El ejército que con tanto valor y constancia, habia hecho la campaña del Alto Perú, venciendo á los realistas en las memorables batallas de Tucuman y Salta, invadiendo Bolivia y alentando á sus hijos á la revolucion por la independendencia, inculcándoles una vez mas el amor sublime por la libertad, habia hecho una contra-marcha fatal dando la espalda al enemigo comun para venir á reprimir la anarquia en las fronteras de Buenos Aires y Santa Fé. Las pasiones desenfrenadas y mezquinas de algunos hombres, ponian al gobierno de entonces en la triste situacion de hacer derramar sangre en luchas fratricidas, cuando ella debia economizarse para verterse en holocausto de la pátria contra el enemigo extranjero.

El gobernador de Santa Fé, D. Estanislao Lopez, habia declarado la guerra á Buenos Aires, y ambos ejérci-

tos ya muy inmediatos uno de otro se preparaban al combate.

El entonces Coronel Don Gregorio Araoz de La Madrid, que formaba parte del Ejército que habia bajado desde el Alto-Perú á combatir al caudillo santafecino, al saber que éste se aproximaba con una fuerte division, y deseando conocer su número como tambien la calidad de sus hombres y caballadas, llamó la mañana del 16 de Febrero de 1819 á su asistente; un salteño muy honrado que lo habia acompañado durante toda la campaña contra los españoles. Este héroe anónimo que debia dar la prueba mas evidente de su patriotismo y cariño por su gefe se llamaba Francisco de la Rosa.

Al llamarlo el Coronel La Madrid le dijo: necesito de tí un servicio el mas importante, que sabré pagártelo, y que te hará acreedor á la estimacion y confianza de tu gefe y á la de todo el mundo; pero tienes para prestarlo que sufrir un riguroso castigo á presencia de toda la division, para que de este modo puedas fugarte esta misma noche de la prision é irte al encuentro del gobernador Lopez y presentarte como pasado.

Al mismo tiempo se convino tambien que le diria á Lopez que por haber tomado de un rancho abandonado un *maneador*, le habian dado tan fuerte castigo que casi estaba *desollado* y que él se pasaba para vengarse de sus verdugos.

La Rosa debia examinar minuciosamente las fuerzas

de Lopez, su estado, número y espíritu de que estaban animadas.

El valiente y noble soldado aceptó gustoso recibir un fuerte castigo de azotes frente á toda la division, con tal de poder prestar un servicio á su gefe y á su causa.

La disciplina que hacia observar en su tropa La Madrid era muy estricta. El mas pequeño hurto que cometiese cualquiera de sus soldados era castigado severamente.

La Rosa debia cometer esta falta. Efectivamente ese mismo dia se presentó á La Madrid un soldado dándole parte que le habian robado un *maneador*. Hecho al instante el simulacro de averiguar quien era el ladron, La Rosa confesó su delito.

El noble gauchó sufrió frente á toda la division con el heroismo y la resignacion de un mártir, ciento cincuenta azotes, siendo en seguida rapado á navaja hasta las cejas.

Sublime abnegacion y civismo que nos enseña de lo que es capaz un oscuro soldado, cuando se ha sabido inculcarle el amor á la pátria, la disciplina y el cumplimiento del deber.

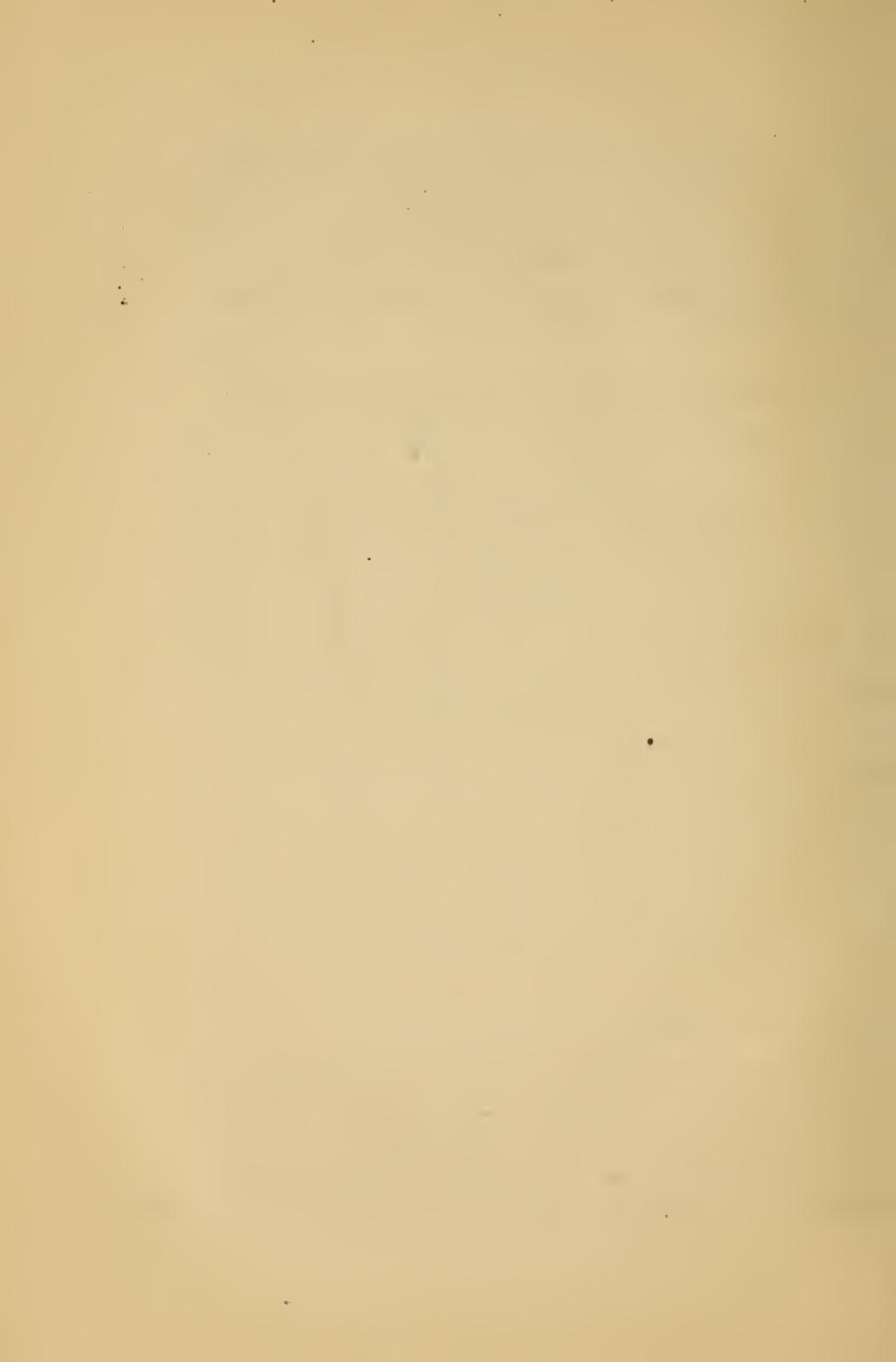
Inmediatamente de sufrir tan cruel castigo La Rosa fué puesto preso en la guardia de prevencion, de la cual logró fugar hábilmente y fué á presentarse como pasado al ejército de Lopez. Este al verlo y oír la relacion que le hizo, quedó plenamente convencido de la sinceridad de sus propósitos destinándolo á su escolta.

La Rosa, como hemos dicho antes, antiguo soldado de la independencia, muy práctico y sagaz, pudo formarse pronto una idea casi exacta de las fuerzas del enemigo, y en la madrugada del mismo día se desertó en uno de los mejores caballos de Lopez, que entonces fué cuando se convenció haber sido víctima de un hábil engaño.

Sus compañeros al verlo regresar, creyeron una vez mas en la fidelidad de La Rosa, pues no podian suponer que un soldado tan fiel y antiguo en el ejército se hubiera desertado, abandonando á sus amigos y compañeros en union de quienes se habia cubierto de gloria tantas veces en innumerables combates. Acto continuo se presentó á La Madrid, y le instruyó de todo cuanto deseaba saber acerca del enemigo. Su bravo gefe le recompensó tan señalado servicio con la nobleza y justicia que siempre le distinguieron hasta en los actos mas insignificantes de su vida, haciéndolo reconocer como sargento del Regimiento, recomendándolo cual merecia á la estimacion de todo él, y regalándole doscientos pesos fuertes por la heróica resolucion con que se habia prestado á sufrir tan riguroso como afrentoso castigo por hacer á la pátria y á su coronel tan importante servicio.

Ese era el temple de los soldados que se habian formado bajo las órdenes del héroe lejendario en la campaña del Alto-Perú contra los españoles, y cuyo recuerdo puede decirse, se halla cubierto con el polvo del olvido, porque los herederos de la preciosa herencia que él tanto contribuyó á legarnos—una pátria

querida—hemos sido ingratos, y le hemos mezquinado un pedazo de mármol ó de bronce, que él como el que mas en la República Argentina, podría tenerlo á imitacion del que erigió la Francia al Corzo Extraordinario, para perpetuar eternamente el glorioso recuerdo de su nombre.



PATRIOTISMO DE LAS PORTEÑAS

A MI ESTIMADA AMIGA LA SEÑORITA RUFINA QUINTEROS

Al examinar la historia de las naciones, vemos que cada una de ellas tiene mas ó menos heroínas cuyos nombres, ya por su inteligencia, valor ó patriotismo, forman para los países en que nacieron un justo título de orgullo, de gratitud y de respeto.

Francia levanta una estatua en Ruan, ciudad de su martirio, á la inmortal Juana de Arco, y Carlota Corday es justamente admirada por el partido de la Revolucion, que rechazaba la sangre derramada inútilmente, y el esterminio, pregonado dia á dia en el "Amigo del Pueblo" por el cruel demagogo que caia asesinado á los piés de una jóven!

Colombia regará siempre con las lágrimas del agradecimiento nacional y del dolor, la tumba de aquella heroína que prefería el patíbulo con todos sus horrores, antes que denunciar á los enemigos de su pátria, á aquellos que se alistaban para sacudir el yugo de tres

siglos! Policarpa Salabarrieta dió al mundo el mas alto testimonio de lo que puede una mujer cuando su corazon late á impulsos de virtud y de heroismo, y Bolivia ha gravado con caracteres indelebles en su historia, el nombre de aquellas madres y esposas, que con tanto valor y civismo supieron defender la causa de la independencia Sud americana detrás de las débiles trincheras de la heróica y desgraciada Cochabamba.

Así tambien la gloriosa historia de nuestra pátria, tiene páginas inmortales donde se puede admirar el patriotismo del bello sexo.

Quando la revolucion de Mayo habia llevado su enseñanza hasta el Alto-Perú, en auxilio de pueblos hermanos que con las armas en la mano querian redimirse de su cautiverio, Buenos Aires no solamente daba soldados que fueran á derramar su sangre en las batallas, sino tambien suministraba toda clase de recursos al ejército, en lo que las damas tomaban una gran parte con espontáneo patriotismo.

Llegó un día en que las tropas se hallaban casi desnudas y era de todo punto necesario mandarles por lo menos camisas para que pudieran cubrir en parte su honrosa desnudez. Era el 24 de Octubre de 1811, cuando las damas de Buenos Aires se ofrecian generosamente á coser veinte mil camisas para los defensores de la pátria.

Dia inolvidable en que el patriotismo y el desinteres mostraban tener un lugar preferente en los corazones de las mujeres bonaerenses.

FRAY LUIS BELTRAN

A MIS QUERIDOS AMIGOS DE LA INFANCIA Y CONDISCIPULOS, LOS INGENIEROS
ORFILIO CASARIEGO Y ARTURO ORZABAL

El grito de libertad lanzado en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810, se habia propagado por todo el continente Sud-americano, alcanzando hasta la celda de un convento donde hizo estremecer de entusiasmo á Fray Luis Beltran, de la Orden de San Francisco, en Chile.

Este honorable sacerdote era natural de Mendoza é inmediatamente de iniciado el movimiento revolucionario tomó servicio con los patriotas, que utilizaron sus estudios y particularmente sus conocimientos en las maestranzas de los ejércitos republicanos tanto de los chilenos como argentinos y colombianos.

Fué condecorado con la medalla acordada á los vencedores de Chacabuco; Chile le dió otra de plata, Buenos Aires un escudo de honor, el Perú una de oro; y San Martin lo asoció á la Orden del Sol que habia fundado en Lima.

Cuando el vencedor de Maipo abandonaba la escena política, Fray Luis Beltran era teniente coronel de los ejércitos de la patria, y se encontraba en la capital del Perú, donde poco despues llegó el general Bolivar y se hizo cargo del mando en jefe del ejército patriota.

Un dia que se trataba de algunos pequeños detalles sobre la organizacion del parque del ejército, fray Beltran hizo breves observaciones á Bolivar respecto de tan importante asunto.

Bolivar con ese modo altivo é imponente que le distinguia despreció la autorizada opinion del sabio sacerdote; éste que habia prestado tan señalados servicios al ejército, y recibido toda clase de atenciones de todos los gefes con quienes habia militado, empezó desde ese momento á cavilar hasta perder la razon, dirigiéndose á Buenos Aires, donde desembarcó el 18 de Julio de 1825.

Dos años mas tarde fallecia en esta ciudad, en la última miseria y olvidado de todos, sin que una mano patriota y cariñosa le alcanzara una limosna para hacer mas llevadera su pobreza y su desgracia.

Así, en medio de la indiferencia pública se fueron eclipsando poco á poco en el cielo argentino muchos de esos grandes patriotas, que cual brillantes astros iluminaron con la luz de su inteligencia y virtud cívica la escena de la Revolucion.

En la foja de servicios que original se conserva en el Archivo del Estado Mayor General del Ejército, se leen los siguientes párrafos: 1º Como gefe de la maestranza y parque, preparó todo el armamento, municiones y bagaje para la campaña de Chacabuco, y condujo siete

cañones de á 4 de batalla y dos obuses de 6 pulgadas, rodando en zorras por la cordillera de los Andes, hasta la Capital de Chile.”

2º “Habiendo perdido el Ejército Unido todo el parque y la mayor parte de la artillería en la desgraciada sorpresa de Cancha-rayada el 19 de Marzo de 1818, pues solamente se salvaron cinco piezas que llegaron inutilizadas á la capital, montó 22 cañones de varios calibres, empezando por fundir las balas y municiones, tanto de artillería como de infantería y caballería, presentándolas listas para la batalla que á los *diecisiete dias* se dió en el llano de Maipo en que se salvó la libertad de la República de Chile.”

3º “El 20 de Agosto de 1820 se embarcó en el puerto de Valparaiso con la Expedicion libertadora del Perú, bajo las órdenes del General San Martin, despues de haber construido y embarcado todos los pertrechos que el ejército llevaba para su campaña.”

4º “En el mes de Marzo de 1822, fundió en Lima 24 piezas de artillería de á 4 de montaña, de que carecia el ejército para sus operaciones.”

5º “Como director de maestranza y parque, aprestó en el ramo de municiones y pertrechos de guerra, cuatro expediciones, á saber: La primera en 1821, que marchó sobre Ica á las órdenes del señor Brigadier Don Domingo Tristan. La segunda en 1822, que marchó á Puertos Intermedios á las órdenes del señor Mariscal de Campo Don Rudecindo Alvarado. La tercera en 1823, que marchó á los mismos Puertos Intermedios á las ór-

denes del señor General de Division Don Andrés de Santa Cruz, y la cuarta en el mismo 1823, que marchó á Arequipa á las órdenes del General de Division Don Antonio José de Sucre.

6º y último. “ Por la sublevacion de las tropas del Callao en Febrero de 1824 se retiró á Trujillo con la maestranza y compañía de obreros, y allí continuó sus trabajos para pertrechar al ejército que bajo las órdenes de S. E. el libertador de Colombia, alcanzó los triunfos de Junin y Ayacucho, que afianzaron la libertad del Perú y terminaron la guerra de la independencia.”

PATRIOTISMO DEL BELLO SEXO MENDOCINO

Durante el tiempo que el general San Martín permaneció en Mendoza, formando el ejército que escalando los Andes debía dar la libertad á Chile, los actos de patriotismo llevados á cabo por la benemérita provincia, puede decirse que pasaron los límites de lo posible, dejando un eterno ejemplo de como se conducen los pueblos en los momentos mas solemnes, cuando se trata de salvar un principio que importa su honor y su felicidad.

Así, cuando habia quienes desmayasen de la empresa revolucionaria, abandonando el timón de la nave en medio de la borrasca, á imitación de los cobardes que se rinden sin pelear, los nobles mendocinos sentían inflamarse sus pechos por el fuego sagrado del patriotismo y de la convicción, confiados siempre en el buen éxito de sus magnos propósitos.

¡Honor eterno á esa provincia inmortal que ha dejado en pos de sí desde la época de la revolución, una estela de gloria y de civismo, de que con sobrada

justicia puede enorgullecerse la República Argentina!

Como las rentas de la provincia, y agotados todos los recursos de que podía disponer, no eran suficientes para sostener el ejército que se estaba formando, y otras necesidades apremiantes que era urgente atender, se creyó por un momento, una ilusión poder conjurar la crisis financiera.

Todos habían dado el contingente de su dinero, de su patriotismo y de su inteligencia; el bello sexo, las matronas, en obras de costuras de vestuarios para la tropa y otros actos humanitarios, rivalizaban en actividad y celo patriótico, pero faltaba aun dar la última prueba, hacer el último esfuerzo.

En este concepto discurrieron en secreto, circular de casa en casa una invitación para día fijo. A la hora convenida se reunió una gran comitiva de las de mas alta clase que se dirigió al salón del Cabildo, encabezada por la señora Doña María de los Remedios Escalada de San Martín, esposa del general.

Recibidas que fueron en audiencia, la señora que encabezaba la reunión, en pocas pero muy marcadas palabras espuso el motivo que las conducía.

Dijo: que no les era desconocido el riesgo que amenazaba á los seres mas queridos de su corazón, ni la penuria del tesoro, ni la magnitud de los sacrificios que demandaba la conservación de la libertad.

Que los diamantes y las perlas sentarian mal en la angustiada situación en que se veía la provincia, y

peor si por desgracia volvian á arrastrar las cadenas de un nuevo vasallaje, razon por la que preferian oblarlas en aras de la pátria, en el deseo de contribuir al triunfo de la sagrada causa de los argentinos; y entre los trasportes de los mas patrióticos sentimientos, todas se despojaron allí de sus alhajas y presentaron otros muchos objetos de valor, de que se tomó razon individual para dar cuenta á la autoridad.

Un pueblo que respondia de ese modo al llamado del honor y del patriotismo, nunca podia ser esclavo!

NO QUERE AZUCA, PUES TOMÁ AZUCA

Los sables que los inmortales Granaderos a Caballo, esgrimieron con tanta bravura y fuerza en las sangrientas batallas de la Independencia, han servido de tema para mas de un historiador.

Despues de la jornada de Chacabuco, se encontraron cadáveres de los enemigos que habian sido materialmente rajados por un hachazo en dos porciones desde la cabeza hasta la parte inferior, hallándose tambien un fusil que habia sido rebanado de un sablazo.

Los estragos que causaron los sables de los Granaderos se conservarán tanto cuanto dure el recuerdo de su nombre.

Además de los datos ya referidos, que pertenecen á los historiadores chilenos Amunátegui, el general Espejo vió en el campo de batalla, cabezas completamente separadas de su tronco.

Hemos hecho esta ligera referencia de los destrozos causados en las filas enemigas, para que se vea, cual

sería el ódio y bravura con que peleaban los patriotas contra los realistas.

En el año 1848, dice el citado general, conocimos en Lima, un negro viejo, africano, que vendía velas por la calle, á quien habian puesto el nombre de *ya murió*, y lo habian casi enloquecido mofándose con este apodo alusivo á la persona de San Martin.

Examinándolo un dia con este motivo refirió con ese lenguaje chapurreado que usan, que en Buenos Aires fué uno de esos libertos que se determinaron al servicio militar, que habia sido soldado del Batallon número 8, que en el ejército de los Andes habia hecho las campañas de Chile y del Perú, hallándose muy enfermo cuando la sublevacion del Callao, y que por último, se habia batido en varias acciones y guerrillas, especialmente en la de Chacabuco.

Habian pasado treinta años, y el negro para atestiguar su dicho sacó del bolsillo un papel en que conservaba envueltos, *los bigotes de un talavera* (nombre con que se designaban en la época de la independenciam á los soldados españoles pertenecientes al Batallon Talavera), que despues de haberlo volteado de un bayonetazo y muerto de un balazo le habia cortado el bigote con labio y todo; diciéndole "no queré azuca, pues toma azuca," aludiendo á las conversaciones que el general San Martin les hacia en el campamento de Mendoza para entusiasmarlos.

San Martin á todos los negros que habia en el ejército de los Andes, tratando de infundirles mayor valor y ódio contra los españoles, al mismo tiempo que no

siéndole fácil hacerles entender á gentes tan ignorantes las ventajas que les reportarian vencer á los enemigos, les decia frecuentemente que si los españoles los llegaban á derrotar, volverían nuevamente á ser esclavos y los venderian por azúcar.

Los negros, al medir sus armas con las fuerzas realistas en la batalla de Chacabuco, á cada balazo, á cada bayonetazo, y golpe que dirijian á sus adversarios, en el encarnizamiento de la lucha, repetian ébrios de cólera y venganza "tomá pachuca" (tomá por azúcar.)

Entre todos los negros que combatieron por la independencia se destaca la noble figura de *Falucho*, adornada con la noble corona del patriotismo y del martirio, que admira en él la posteridad agradecida.

LA MADRE DE LA PATRIA

El día 1º de Octubre de 1813, fué fatal para el ejército del Alto-Perú que mandaba el general Belgrano; la variable suerte de las armas dió la victoria á las huestes españolas, no obstante los heróicos y desesperados esfuerzos de los independientes que demostraron una vez mas ser dignos rivales de sus adversarios.

Los restos del ejército patriota acamparon en las pampas de Ayhouma. El general Pezuela fué á buscarlos allí y consiguió nuevamente arrancar los laureles del triunfo á las legiones de la pátria el 14 de Noviembre de 1813, despues de tres horas de sangrienta y desesperada lucha.

Era aquel un día terrible de sol, los soldados á causa del escesivo calor se hallaban abrasados de sed y solo tenian un pequeño manantial de agua entre ambas líneas.

Cuando Pezuela hubo bajado á la pampa y establecido su línea sin que nadie lo molestara, hizo

avanzar al frente de ella toda su artillería y mandó romper el fuego sobre el ejército pátrio.

Las descargas del cañon se sucedian unas á otras sin interrupcion, llevando la muerte y el estrago á nuestra línea que veía desaparecer á cada instante numerosos soldados, sin que ninguno de los que quedaban se agachara siquiera, porque todos se mantenian firmes como estátuas, al decir de testigos oculares.

En medio de aquella terrible atmósfera de fuego y esterminio, en que dos ideas se disputaban el triunfo por medio de las armas, una humilde parda llamada Maria, á quien designaban con el apodo de *madre de la pátria*, que seguia al ejército con dos de sus hijas, dió la prueba mas evidente de su valor y patriotismo, en tan infausto dia para la revolucion argentina.

Durante mas de media hora, que fué el tiempo que duró el cañoneo andaba con sus hijas por entre los proyectiles del enemigo, acarreando agua en cántaros á la cabeza alcanzándola á los soldados patriotas.

Qué sublime valor y nobles sentimientos los de aquella humilde heroina que con la grandeza de alma de una antigua romana y la conviccion de un apóstol, ofrecia ese dia á su pátria, todo lo que podia darle y que es lo mas que ella nos puede exigir: la vida en su defensa!

EL SARGENTO BRACAMONTE

Después de las dos derrotas que acabamos de nombrar, el general Belgrano, despachó al entonces Teniente Coronel Don Gregorio Araoz de La Madrid para que con un regular número de tropas, volviera nuevamente sobre el campo enemigo para hacerle guerra de recursos, y alentar siempre el deseo á la rebelion de los naturales del país que tenia que recorrer, porque apaciguada esta los españoles quedaban desembarazados de un enemigo, no tan temible como un ejército regular, pero que no obstante les causaba muchos daños y les hacia distraer parte de sus fuerzas. La Madrid que tenia dadas repetidas pruebas de asombroso coraje y sangre fria, como tambien una inclinacion é inteligencia natural para la guerra de partidas, se internó en el Alto-Perú con una pequeña division.

En esta campaña verdaderamente romancesca, y acaso una de las pájinas mas brillantes de su vida, si pueden haber unas mas honrosas que otras en la

historia de ese benemérito militar, consiguió rendir al pueblo de Tarija, tomando prisionera su guarnición y poniendo en seguida sitio á Chuquisaca, donde no le favorecieron su arrojo ni combinaciones militares.

Aunque fué deshecho en la quebrada de Sopachuy, consiguió casi por completo el objeto que se propuso el general Belgrano al confiarle tan delicada comision, incendiando con la tea revolucionaria los lugares por donde pasó, inculcándole á sus habitantes el deseo de independencia.

Formaba parte de la espedicion un gaucho oriental muy valiente y decidido, llamado Santiago Bracamonte.

En un combate que tuvieron los patriotas en las orillas de rio de San Juan, consiguieron derrotar completamente á los realistas, y Bracamonte al mando de una pequeña partida era de los mas encarnizados perseguidores.

La silla de La Madrid habia sido tomada por los españoles despues de la derrota de Sopachuy y la llevaba uno de los dispersos como botin; Bracamonte que como dijimos antes los iba persiguiendo habia ido gritándoles: " dice el Comandante Madrid que si no le dejan la silla los ha de perseguir hasta Lima."

Los enemigos, creyendo efectivamente que los perseguian por la silla, á las pocas cuadras mas allá de Cinti, la encontraron que la habian dejado en el camino bien liada.

El Sargento Bracamonte, fué despues tomado pri-

sionero de los españoles y conducido á las prisiones de Chuquisaca, donde fué varias veces martirizado para obligarlo á dar su palabra de servir contra la pátria, pero él siempre firme en sus convicciones sufrió todos los tormentos sin abjurar de su fé política, hasta que pudo evadirse de sus verdugos, incorporándose nuevamente al ejército que sostenia la libertad de la patria, acompañando mas tarde á La Madrid en todas sus campañas.

No presentamos á Bracamonte como el prototipo de los grandes héroes de la revolucion, pero si, queremos darle un pequeño espacio entre estos humildes apuntes, con sincero cariño, porque fué él uno de los pocos que acompañó durante todas sus empresas al bizarro general La Madrid, al lado de quien rindió noblemente su vida con la fidelidad y el valor de uno de esos héroes anónimos que olvidados de la posteridad desaparecen del escenario de la vida envueltos con el velo del olvido, y la indiferencia pública.

Es pues este móvil el que nos ha impulsado á estampar aquí el nombre de Santiago Bracamonte.

MANO BLANCA Y MANO NEGRA

AL NOBLE PROTECTOR DE LAS LETRAS ARGENTINAS, EL POPULAR Y QUERIDO
EDITOR DON CARLOS CASAVALLE

I

Corria el mes de Enero de 1816; la dominacion española en Sud-América habia recibido fuertes golpes que minaban por su base la autoridad de la Metrópoli, y desde Magallanes hasta México, como tocados por un hilo eléctrico, todos los corazones americanos palpitaban á impulsos de un mismo y noble sentimiento: *la libertad*.

Las antiguas colonias españolas, insurreccionadas, puede decirse que no eran mas que un campo de batalla iluminado con la tea de la revolucion que se habia encendido sucesivamente en la Paz, Carácas y Buenos Aires.

España, desembarazada de la invasion francesa y segura de que Bonaparte, á quien la fortuna habia vuelto la espalda en Waterloo para darle una tumba en Santa Elena, no volveria á entrar en accion, contrajo todos sus esfuerzos á dominar por medio de las armas la revolucion

de sus colonias de América, que ya se prolongaba por seis años, amenazando triunfar ó continuar indefinidamente.

Numerosas expediciones partieron de la Península á sofocar el movimiento, pero prescindiremos de ellas y sus resultados por ser de todos conocidos y no venir al caso citarlos.

En la época espresada el general San Martín se hallaba de gobernador intendente de la provincia de Mendoza, formando con incalculable sacrificio y patriotismo aquel ejército inmortal, que la historia ha llamado de los Andes, y sus magnas hazañas han formado un justo título de orgullo nacional, obligando también la gratitud de dos pueblos hermanos que por él rompieron las cadenas de tres siglos.

En Chile, después de la desgraciada jornada de Rancagua, en que se eclipsó por un momento el astro de libertad de los patriotas chileños, sucedió en el mando al general Osorio, Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Ángel Díaz y Méndez, Caballero de la orden de Santiago, de la Real y Militar de San Hermenegildo, de la Flor de Lis, Maestrante de la Real de Rondas, benemérito de la Patria en grado heroico y eminente, Mariscal de Campo de los reales ejércitos, Superior Gobernador, Capitán general, Presidente de la Real Audiencia, Superintendente sub-delegado del general de Real Hacienda y del de Correos, postas y estafetas y Vice Patrono Real del Reino de Chile. "Gaceta de Buenos Aires", Sábado 24 de Febrero de 1816. (Hemos copiado todos estos títulos

para que se vea que no fué por falta de ellos que lo sacaron de patitas de Chile á Don Francisco Casimiro).

Con fecha 10 de Diciembre de 1816, San Martin envi6 con su ayudante de Campo, Sargento Mayor Don Jos6 Antonio Alvarez Condarco, varios oficios 6 Marc6, entre los cuales figuraba uno en que le comunicaba que el Soberano Congreso Nacional, reunido en Tucuman el 9 de Julio de 1816, habia declarado nuestra independenciam, adjunt6ndole un ejemplar del acta al efecto.

Pero en realidad la mision de Alvarez Condarco era de espia, cosa que no escap6 6 la penetracion de Marc6, pues al contestarle 6 San Martin, con fecha 13 de Diciembre de 1816 al oficio de que Condarco era portador, le decia, despues de varias consideraciones: "est6 me obliga 6 manifestar 6 V. S. que cualquiera otro de igual clase no merecer6 la inviolabilidad y atencion con que dejo regresar al de esta mision."

A leer los oficios de San Martin (la historia no puede precisar cual de ellos) Marc6 sumamente irritado dijo: "*Yo firmo con mano blanca, y no como la de V. S. que es negra.*"

II

Habian pasado dos meses de la exclamacion tan aristocr6tica del general espa6ol.

El ej6rcito patriota, despues de haber escalado los Andes pisaba el territorio chileno, y el 12 de Febrero de 1817, obtenia en la cuesta de Chacabuco la famosa victoria de ese nombre.

Marcó, que en todas sus proclamas y bandos hacia alarde de un asombroso valor y patriotismo, fué de los primeros en huir con direccion á Valparaiso, dejando la Capital entregada á merced del vencedor, que entró en ella el 14 de Febrero de 1817.

Al principio Marcó siguió la corriente que se dirigia á Valparaiso, pero previendo probablemente los obstáculos que embarazarían su partida, cambió de direccion con los palaciegos que le acompañaban y se encaminó al puerto de San Antonio, donde sabia que estaba el bergantin *San Miguel*.

Pero apesar de su gran deseo de embarcarse no pudo efectuarlo, pues llegó cuando el buque ya habia zarpado ; y solo pudo contemplar desde la playa las velas, que como sus esperanzas se desvanecian entre los vapores del horizonte.

Los que le acompañaban trataron de embarcarse en una canoa de pescadores para alcanzar al *San Miguel*, mas Marcó, amedrentado con la sola idea de arrostrar el furor del mar en tan frágil embarcacion, hizo que desistiesen de tan temerario arrojó.

De San Antonio se encaminaron de nuevo á Valparaiso, regresando por la costa y albergándose en un monte, desde donde mandaron á un anciano para que les trajera noticias si Valparaiso estaba en poder de los patriotas.

Una partida patriota á las órdenes del capitan de Granaderos á Caballo, Don José Félix Aldao (héroe de la Guardia Vieja, que mas tarde hizo un papel de triste

memoria en las luchas intestinas), sospechando que se encontraba por aquellas inmediaciones el general español, se hallaba recorriendo el campo, recibió aviso por el mismo anciano que Marcó mandó á Valparaiso, que aquel se encontraba allí.

El monte en que estaban escondidos fué rodeado, intimándoseles rendicion á los prófugos, intimacion que todos obedecieron entregando en seguida sus armas, escepto Marcó con quien Aldao quiso usar de toda distincion.

El 22 de Febrero de 1817, fué presentado el prisionero al general San Martin. Llegado el carruaje en que era conducido al pórtico del palacio, Aldao condujo á Marcó al salon, y el edecan de servicio, dándole asiento al costado derecho como á seis ú ocho pasos de la puerta, entró á anunciar á San Martin la llegada del huésped.

El general, que estaba escribiendo en su gabinete se presentó seguido del secretario del ejército Don José Ignacio Zenteno y del comisario Don Juan Gregorio Lemos. Como encontrara de pié á la concurrencia se quitó la gorra de cuartel y saludó en general con una cortesía y así que por el traje de camino distinguió al prisionero al lado de Aldao, se dirijió hácia él estendiendo la mano derecha y diciéndole con semblante risueño y jovial: “*¡ Oh señor, general! Venga esa mano blanca!*” y estrechándose la afectuosamente lo condujo de la mano al aposento inmediato y cerró la puerta.

De lo que en esa entrevista se trató ha quedado hasta ahora envuelto con el velo del misterio.

Otro que no hubiera tenido la magnanimidad del general San Martín, acaso hubiera ajado la dignidad del prisionero, pero solo se limitó á darle una lección de cortesía probándole cuán variable es la suerte de las armas.

LOS SARGENTOS DE TAMBO NUEVO

Después de la desgraciada jornada de Ayohuma el 14 de Noviembre de 1813, en que los soldados de la patria dieron su mas acabada prueba de valor y patriotismo, el General Belgrano, siempre abnegado y dispuesto á sostener á todo trance la noble bandera de la revolucion, emprendió con los restos de su ejército la retirada hácia Tucuman, para volverse á organizar y emprender nueva campaña contra los realistas.

El enemigo mientras tanto, á pesar de su reciente victoria, carecía de víveres y de elementos de movilidad, y refugiado en las alturas, rodeado de poblaciones hostiles, se hallaba reducido á una completa nulidad. El general argentino aprovechándose de esta circunstancia, destacó montoneras y partidas en todas direcciones, con el objeto de estrechar su círculo de accion; comisionando á Cárdenas, Lanza y otros caudillos, para que con sus indios procurasen cortar sus comunicaciones con la Paz y el Desaguadero; y

destacando á algunos oficiales de valor acreditado, para que hostilizaran de mas cerca los destacamentos que aún no se habian reconcentrado á Condo. Entre estos gefes de partida empezó á distinguirse entre amigos y enemigos el teniente de Dragones D. Gregorio Araoz de La Madrid. Activo y fogoso, reunia á las puerilidades de un niño la audacia de un héroe de leyenda.

Aunque poco capaz de concebir un plan militar, tenia todas las calidades que se requieren para golpes de mano temerarios. El general supo utilizar sus disposiciones. Un dia lo llamó y le dijo: “Escoja Vd. cuatro hombres de su compañía, y marche á traerme noticias exactas de la vanguardia enemiga que está en Yocalla.” Al poco rato volvió La Madrid con sus cuatros voluntarios y le dijo: “Mi general, ya estoy pronto y solo falta que V. E. me dé un pasaporte para que se me permita entrar al campo enemigo, para poderle traer las noticias con la exactitud que desea.” El general Belgrano le contestó sonriéndose: “Vd. sabrá proporcionarse el pasaporte.” La Madrid, guiado por un indio por senderos escusados, y trasnochando con una gran nevada, fué á amanecer sobre el campamento de Yocalla, donde se hallaba Castro con su division; y á cuatro cuadras de él, tomó prisionera una partida de cinco hombres, que habia salido á hacer su descubierta sobre la nieve. Dos de estos prisioneros pertenecian á los juramentados en Salta, y los dos fueron remitidos al General para que le diesen las noticias que necesitaba. Belgrano mandó fusi-

lar por la espalda á los dos juramentados, y cortadas sus cabezas se les puso un rótulo en la frente en que se leía en grandes letras: *Por perjuros*. Estas cabezas fueron remitidas con un refuerzo de ocho Dragones, á la avanzada de La Madrid, con orden de que se colocasen á inmediacion del enemigo, para escarmiento de los que habian traicionado la fé jurada.

Hallándose La Madrid á la cabeza de 12 hombres, se consideró en aptitud para acometer empresa de mayor magnitud, y resolvió sin pérdida de tiempo atacar una compañía de cazadores montados, que sabia haber destacado el gefe de la vanguardia realista, con el objeto de cortarle la retirada luego que él se comprometiese en la quebrada de Tinquipaya, que era el camino preciso que debia llevar para acercarse á Yocalla. En la noche del 24 de Octubre, se puso en marcha á la cabeza de su pequeño destacamento, con el ánimo resuelto de sorprender los cazadores enemigos, que sabia se habian situado en el portezuelo de la quebrada, en la posta denominada de Tambo Nuevo. Para llegar á este punto, se hacia necesario remontar una áspera cuesta flanqueada por hondos despeñaderos. La Madrid, que conocia el terreno, hizo adelantar como batidores á los soldados José Mariano Gomez, tucumano, Santiago Albarracin y Juan Bautista Salazar, cordobeses.

Estos tres valientes soldados llegaron al pié de la cuesta, echaron pié á tierra y la subieron silenciosamente con el caballo de la rienda. Al pisar la cumbre creyeron oir el relincho de un caballo, y muy luego vieron bri-

llar á la distancia la luz de la posta, y acercándose mas distinguieron perfectamente un centinela apostado en las casuchas. Deslizándose como sombras, y aproximándose á ellas al abrigo de las quiebras del terreno, se convencieron de que allí estaban en efecto los realistas, pero á escepcion de los relinchos de los 50 caballos de la compañía, encerrados en el corral de Tambo Nuevo, ningun rumor llegaba á sus oidos. Los tres batidores siguieron avanzando, y descubrieron un cuerpo de guardia. Era la avanzada de la compañía enemiga. El centinela estaba descuidado ó dormia inclinado sobre el fusil. Las armas estaban apoyadas contra la pared á cargo del centinela. En el interior del rancho ardia un candil encima de una carpeta, sobre la que se veia un naipe. A su alrededor dormian tranquilamente once soldados. A poca distancia á retaguardia, descansaba el resto de la compañía en número de cuarenta hombres.

Los tres batidores concibieron el atrevido proyecto de apoderarse solos de la guardia. Pensarlo y hacerlo fué la obra de un momento. Uno de ellos se lanzó rápidamente sobre el centinela, y lo desarmó, y rindió antes que pudiese articular un grito de sorpresa: otro se apoderó de las armas; y el tercero colocándose en medio, del resto de la guardia con su carabina amartillada, intimó á todos rendicion. Todos se rindieron, y uno por uno fueron maniatados por los tres batidores, quienes echándolos por delante volvieron á bajar la cuesta. El Sargento de la guardia prisionera, aprovechándose de las fragosidades del terreno, se arrojó por

un despeñadero, y fué á dar la alarma al resto de la compañía que aún dormía tranquila.

Los batidores de La Madrid se incorporaron muy luego á él, y le presentaron once prisioneros y doce fusiles. Sin trepidar, avanzaron los doce dragones patriotas en busca del grueso de los Cazadores enemigos, que encontraron ya en marcha en disposicion de bajar la cuesta. Trabóse un tiroteo en la oscuridad de la noche, y los realistas creyéndose atacados por fuerzas superiores, se replegaron á la posta, y fortificándose en el corral de piedras, gritaron *Viva la Patria!* en señal de rendicion, cesando el fuego. Las primeras luces del alba les hicieron conocer el corto número de patriotas, y entónces volvieron á romper el fuego, pero sin abandonar los muros del corral.

La Madrid emprendió entonces su retirada, mas pesaroso de no haber tomado la compañía entera, que satisfecho de la ventaja obtenida. Llegados al cuartel general con los prisioneros, los tres valientes batidores fueron recompensados por el general Belgrano con el glorioso título de *Sargentos de Tambo Nuevo*, con el cual hán pasado á la historia, para enseñar á los venideros, que cuando un ejército está animado de nobles pasiones, hasta los simples soldados tienen las inspiraciones de los héroes. El enemigo no perdió tiempo en replegarse á su reserva, disculpando su cobardia con la noticia de que habia sido atacado por un Escuadron de caballería y dos compañías de infantería. A consecuencia de esto, Castro se reconcentró con su reserva á Condo, y libre el camino de Potosí á Vilcapu-

jio, La Madrid pudo pasear el campo de la derrota, donde un mes antes habian chocado furiosamente patriotas y realistas. Los cadáveres de los últimos habian sido piadosamente enterrados por sus compañeros. Los de los patriotas permanecian insepultos, devorados por los perros y los buitres; y al frente de un monton de muertos que indicaba el sitio de la derrota del N^o 6, se veian los cadáveres desfigurados de Alvarez y Beldon. Allí colocó La Madrid las cabezas de los dos juramentados en Salta, fusilados recientemente, colgándolas de altos maderos, hecho lo cual se retiró en observacion á las alturas.

MAGNANIMIDAD DEL GENERAL SAN MARTIN

A MI QUERIDO GENERAL Y MAESTRO DON JULIO DE VEDIA

Hallándose el General San Martín en Lima, un día, á la hora de comer refirió el suceso siguiente, que el general Espejo se ha encargado de hacerlo conocer de la posteridad.

“Principió San Martín, refiriendo, que estando en el campamento de instrucción en Mendoza, el edecán que estaba de servicio, en la antesala de su rancho, entró un día al escritorio, diciéndole: “*Señor, ahí está un oficial* (que no nombró) preguntándome si está visible Don José de San Martín. Que él le había respondido, que si buscaba al general en jefe, ahí estaba: pero que el oficial le replicó, “*yo no busco al general en jefe sino á don José de San Martín.*”

Con este antecedente el edecán entró al gabinete del general y le refirió palabra por palabra lo ocurrido con el oficial; á lo que el general respondió: hágalo Vd. entrar y vuélvase á la antesala, y que nadie entre mientras yo no avise.

En efecto, el oficial entró, y levantándose el general del bufete en que escribía, salió á encontrarle como era su costumbre, en cuyo acto se entabló el siguiente diálogo.

Oficial—Señor, es Vd. Don José de San Martín?

El General—Sí, señor, yo soy: que se ofrece á Vd.?

Oficial—Es preciso, señor, que Vd. advierta, que yo no vengo á buscar al general sino al ciudadano Don José de San Martín.

El General—Ya he dicho á Vd. que yo soy José de San Martín, la misma persona á quien Vd. busca.

Oficial—Pues bien, señor: Vd. me vá á permitir que le revele en el secreto de la confianza, un caso extraordinario en que se halla comprometido mi honor, y quizá mi empleo y mi vida: en tal concepto, y bien poseído de la rectitud y magnanimidad de su corazón, vengo ante Vd. como último refugio, á pedirle un consejo, como un hijo á su padre, ó á un protector.

El General—(Dominado de asombro y curiosidad, le dijo:) Bien, señor: refiera Vd. su asunto.

Oficial—Señor: ha de saber Vd. que soy el habilitado del cuerpo tal (que tampoco nombró) y que ayer por la mañana recibí de la Comisaría de Guerra la suma de tantos pesos que importa el socorro de oficiales y tropas de mi cuerpo. Iba por la calle tal, en que vive el oficial Don Fulano de tal, mi amigo, y se me me ocurrió entrar á saludarlo porque está enfermo. De entrada no mas, reparé que varios compañeros estaban jugando al monte, y despues de algunas palabras con el enfermo que estaba en cama, acer-

cándome á la mesa de juego ví que el tallador tenia por delante algunas onzas de oro y un montoncito de plata como fondo de la banca. En ese momento se me vino á la imaginacion, que del socorro que llevaba en una bolsa á mí solo me pertenecian tantos pesos, cuando estoy debiendo al sastre tanto y al zapatero cuánto, por las botas y el pantalon que traigo puesto; fuera de lo que debo al cigarrero y á la lavandera; y meditando que mi socorro, aún cuando fuera doble de lo que es, no me alcanzaría para cumplir esos compromisos, aún quedándome sin medio, tuve en ese instante la diabólica tentacion de arriesgar al juego mi parte, en el deseo de ganar para cubrir mis deudas. Pero, señor, fuí tan desgraciado, que en unas cuantas paradas, perdí no solo mi socorro, sino tantos pesos mas de lo perteneciente al cuerpo. Me causó tal impresion este hecho, que mas me sobresaltaba cuanto mas discurría sobre el tamaño de la falta que acababa de cometer. Puedo asegurar á Vd., señor, que me horrorizaba la pena á que me habia hecho acreedor por el desfalco, y mas que todo, el sonrojo de llegar á verme ante un consejo de guerra y á presencia de mis compañeros de armas. Salí trastornado de aquella malhadada casa, maldiciendo la hora en que entré y sin atinar á donde dirigirme acerté por casualidad á pararme en el átrio de la iglesia de San Francisco. La oscuridad del sitio y la frescura de la noche, lograron serenar un tanto mi imaginacion, y analizando mi situacion, la santidad del lugar parece me trajo una inspiracion, sobre el partido que mas me con-

venia en aquel conflicto. Sin embargo me encaminé primero á casa de don fulano á suplicarle el favor de suplirme tal suma de dinero, prometiendo reembolsarla de tal y tal modo, pero se me escusó cortezmente por falta de fondos. De allí pasé á lo de fulano y despues á lo de mengano, pero no fuí mas afortunado que con el primero. Salí profundamente aflijido y sin esperanzas de encontrar el remedio que buscaba y guiado de inspiracion he pasado la noche en funestas ansiedades, esperando que se abriera su casa, para echarme á los piés de Vd. y rogarle por lo que más ama, que se apiade de mi situacion y salve mi honor. Yo le prometo, que pasando este trance para un jóven pundonoroso como yó, pediré mi separacion de la carrera militar y me ocuparé del servicio de su persona, como doméstico, como peon ó como Vd. quiera, á trueque de pagarle la suma que me supla y salve el honor de un jóven inexperto, y lo que no es menos, la reputacion de mi padre y mi familia que no han tenido la mas leve falta en mi culpa.

El general refirió, por conclusion, que despues de hacerle una que otra pregunta, tiró una gaveta de su escritorio, sacó en onzas de oro la suma que el oficial le pedia, y al entregársela le dijo: *“vaya Vd., y en el acto entregue Vd. ese dinero en la caja de su cuerpo: y que en su vida se vuelva á repetir un pasaje semejante: y sobre todo, guarde Vd. en el mas profundo secreto el asunto de esta entrevista: por que si alguna vez el general San Martin llega á saber que Vd. ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto lo manda fusilar.”*

PANTALONES Y CAMISAS DE TACOS DE CAÑON (1)

Era el 30 de Julio de 1826, dia memorable en la historia naval argentina, en que nuestra pequeña escuadrilla resistió y rechazó con admirable bravura á una formidable escuadra brasilera compuesta de treinta y un buques.

Los imperialistas iniciaron el ataque con gran encarnizamiento, y despues de largas horas de rudo combate, que no es del caso referir por haberlo hecho ya, quedó aislada nuestra capitana la fragata *25 de Mayo* á las órdenes del comandante Espora. Los enemigos no tardan en rodearla estrechándola vigorosamente á tiro de pistola.

Todos, como los conjurados que acometieron á César,

(1) Estos datos son tomados del importante trabajo del distinguido historiador D. Angel J. Carranza, titulado *Campañas Navales de la República Argentina*, siéndonos muy agradable ofrecerle nuestra gratitud por los datos que nos ha proporcionado, y los importantes documentos puestos galantemente á nuestra disposicion.

dispútanse el honor de aniquilar el buque argentino, dirigiéndole un fuego horroroso.

Empero, sus esfuerzos reunidos van á estrellarse contra la insignia laureada de Brown, que si cuenta el número de sus adversarios, es para escudriñar con arrojo, no el modo de escapar á su rabia, mas si el de vencerla.

Leonardo Rosales, argentino de corazon fuerte y magnánimo es el único que no le abandona.

Al frente de la *Río*, merced á una maniobra rápida y audaz, logra situarse por la aleta de babor de su almirante y metiendo el bauprés por la popa de éste, cúbrelo generosamente con el solo cañon de á 8 reforzado en cruja y detiene el movimiento de enfilada iniciado por la corbeta *Maria da Gloria*.

La luz de la historia debe converger sobre el ejemplo de abnegacion que ofreció la *Río* en las sombras de aquel dia.

Desde que la juzgaron en condiciones de armarse, nada se habia omitido abordo de ella, con el propósito de adiestrar su reducido equipaje; remontado en su totalidad con *camiluchos de leva*, á los que fuera preciso cercenar antes la coleta y *rulos* favoritos, no tardando en acostumbrarse á los ejercicios mas rudos; sin exceptuar el de combatir al *arma blanca*, idea que entraba en las corrientes del génio nacional, y á la que parecia inclinarse instintivamente el comandante mismo como lo habia demostrado al chocar cinco años atras con el tráfuga Monteverde, dándole muerte en las aguas del Colastiné.

Simple pailebot de prácticos, de construcción americana, y cuyo personal organizado por Rosales, más severo militar que marino entendido, no desmentía sus excelentes cualidades náuticas á punto de convertirse en un verdadero buque modelo. En los simulacros de zafarrancho de combate, cada uno ocupaba su puesto con el fusil cargado, poniéndolo cerca de la coliza para suplir á esta si el caso lo requiriese con disparos de mosquetería.

En fin, los que guarnecían la *Río*, eran tan diestros para lanzar arpeos de abordaje, y tan ágiles en la lucha *cuerpo á cuerpo*, que se hicieron prometer por su jefe, asaltarían el primer barco enemigo, que siendo de fuerza aproximada al suyo, se les opusiera al paso.

Así, cuando el fuego era más nutrido, los buenos gauchos ardían en impaciencia, y luciendo enormes facones ó dagas bien afiladas repetíanle á menudo y con entusiasmo: *Comendante, no eche en olvido el barato que nos ofreció.*

Que día aquel de tanta gloria para el capitán Rosales y para la *Río*!

Lidiando á la par de la *25 de Mayo*, cuyo distintivo sigue con mirada tranquila en medio de ese turbión de muerte, distínguelo Brown en un claro, y conmovido no puede menos que exclamar, señalándolo al estímulo de los demás:

“Sabe batirse mi pobre muchacho con su brava gaviota!”

Acosado el lobo en lucha tan desigual, era juez en achaques de coraje y sangre fría.

En el interin tronaba el cañon con tal animacion, que mas parecia un fuego graneado de andanadas.

La *Nictheroy*, prolongada á medio cable escaso por la aleta de sotavento de la *25 de Mayo*, juega con ventaja la doble batería de sus bandas, en tanto que el alentado francés *Beaurepaire*, haciendo gala de la mucha vela de su corbeta, desde una posicion cómoda, barre la proa de su antagonista, obligada á defenderse con el furor del que necesita vencer prontamente para salvarse.

Por tres horas consecutivas, la fragata republicana y su fiel conserva, sufren sin palidecer el fuego de 23 buques, que las baten por todos lados, esquivando no obstante, llevarles un abordaje decisivo.

Ambas participan gloriosamente los mismos peligros, y rechazando los mismos ataques, muéstranse dignas por igual de la alta reputacion de sus gefes.

A la poderosa artillería que las acribilla á salva mano, oponen la suya, dirigiendo sus punterias á desarbolar.

Los proyectiles brasileros aran á fil de roda las baterías de la *25 de Mayo*, abriendo al pasar claros sensibles. Una bala encadenada destroza la mayor parte de la dotacion de una pieza del combés, en tanto que dañan otras sus masteleros de velacho y juanete.

La carniceria espanta. Apenas hay brazos para retirar los muertos y heridos de que están sembrados sus puentes, que rebozando en sangre principian ya á derramarla por los imbornales ó desaguaderos del buque,

En circunstancias tan apremiantes como críticas, el velero bergantin *Caboclo*, que era uno de los de mayor capacidad de su rango, mandado por el segundo jefe del bloqueo, capitán de fragata John Pasco Grenffell, discípulo querido de Cochrane, y seguramente uno de los mejores oficiales de la escuadra enemiga, singla decidido sobre la popa de Brown, que no puede ya ocultar sus descalabros y creyendo asistir á las convulsiones supremas de la noble capitana, toma Grenffell la bocina para hablarle en el idioma que les era común, con el fin de que cesase una matanza inútil.

Herido peligrosamente el bizarro Espora á quien arranca una bala su bocina de la mano, y él pide otra sin turbarse; hay entre varios, un oficial norte americano de 20 años, que luciendo dos condecoraciones en su uniforme, solicita afanoso y obtiene acompañar á Brown en su puesto de peligro que no desampara. Este jóven voluntario, al recibir el bautismo de fuego en las aguas del Plata, despues de haber dejado bien sentado su nombre en las del Pacífico, revelaba las altas dotes y el temple que revestia, las que unidas á la proteccion decidida de su jefe en el resto de la guerra, lleváronle á empleos distinguidos, merecimientos y sacrificios, que cinco lustros mas tarde, debian ser eclipsados en la funesta discordia civil ¡ay! por las tinieblas de la ignominia.!

Entre tanto, la *Río*, que combate á la sombra de su bandera y de su almirante, como una víctima coronada de flores y pronta á desposarse con la muerte, ha quemado ya todos sus cartuchos, pues que el paño-

lero acaba de prevenir el agotamiento de los cien tiros, única dotacion de la colisa.

Rosales sin inmutarse, siquiera ante un contratiempo que puede decidir de su suerte fatalmente, ordena sean repuestos con pólvora de cebar, mas no habiendo tela para alistarlos con la urgencia del caso, los marineros Juan Arrascaeta (1), Francisco Caparrós, Félix Acosta, Luis Baley, Reyes Cosio y Santos Gaona, héroes sencillos y modestos, cuyos nombres generosos salvamos del olvido, súplena con sus *pantalones de brin y mangas de camisas*, con tal actividad, que ni se nota la escasez; y cual si la denodada goleta fuese protegida por un encanto secreto, sóbranse todavía *catorce* de aquellos al finalizar la pelea.

.....

Casi diez años mas tarde, el marinerero preclaro, el émulo de Espora, de Jorge y de Bathurs, y el que en las campañas de la Independencia y del Brasil acreditó su título de *Heróico defensor de la Nacion*, entregaba su alma al Eterno, emigrado en la República Oriental, sin poder tener la dicha de morir en la tierra á que contribuyó á darle gloria y libertad, á orillas del Plata, testigo mudo de su intrepidez y patriotismo.

Cumplimos con un sagrado deber, dándole un espacio en estos humildes apuntes, al bravo comandante de la *Rio* y sus heróicos marinos, en un dia de tanta gloria para la República Argentina y su débil escuadra.

(1) Vive todavía gozando de un sueldo especial que le pasa la Nacion.

GLORIA Á LOS VENCIDOS EN CHANCAY

A MI QUERIDO AMIGO Y CONDÍSCÍPULO EL DOCTOR ENRIQUE NAVARRO VIOLA

Despues que el general San Martin habia pasado los Andes y vencido á los españoles en Chacabuco y Maipo, el Regimiento de Granaderos á Caballo, repasó la Cordillera para remontarse en Mendoza.

Eran los primeros dias de Enero de 1819, cuando se presentó á sentar plaza un jóven de veinticinco años de edad, dominado por el ardor patriótico de ese tiempo, y lleno de doradas ilusiones por la carrera de las armas en la que mas tarde el destino le haria conquistar elevada gerarquía y eterna gloria, asociando su nombre á uno de los hechos mas heróicos que registran los anales de la guerra de la Independencia Sud Americana.

Era Juan Pascual Pringles, hijo de la Provincia de San Luis.

Narraremos á la ligera su primer hecho de armas.

Los prisioneros españoles tomados en la batalla de Maipo, habian sido confinados á San Luis, pero conspirando de acuerdo con los caudillos Artigas y Carrera que tenian al país anarquizado, en la mañana del 8 de Febrero de 1819 se lanzan armados á tomar el cuartel y la cárcel para abrir las puertas á gran cantidad de montoneros que estaban presos y prevenidos entrando á la casa del teniente gobernador, Coronel don Vicente Dupuy, el brigadier don José Ordoñez, y los coroneles Morgado, Primo de Rivera y Berganza y otros gefes y oficiales, y sorprendiéndole le atacan puñal en mano: Dupuy se defiende bravamente matando á Morgado; y salva de tan desigual combate, porque en esos momentos se llena la casa de ciudadanos que al sentir la rebelion se habian armado y con la tropa hecho abortar la conspiracion á sangre y fuego, siendo Pringles de los que mas se distinguió por su valor.

El gobierno premió con una medalla á los que sofocaron el movimiento revolucionario, en la que se leia "A los sostenedores del órden."

Cuando el 20 de Agosto de 1820, San Martin se hizo á la vela del puerto de Valparaiso para libertar al Perú, Pringles formaba parte de la espedicion que despues, desembarcando en Pisco, voló sobre la ciudad de los Reyes entrando en ella victoriosa.

El coronel patriota D. Rudecindo Alvarado, Gefe del Regimiento Granaderos á Caballo, fué destacado al Norte de Lima con el cuerpo de su mando á objeto de contener algunas fuerzas españolas que se hallaban

por ese punto, mientras que el grueso del ejército independiente permanecía á la expectativa de los movimientos que efectuaba el enemigo, que no se decidía á librar una batalla en que se jugara por ambas partes la libertad ó la esclavitud de Sud-América, pues como ya hemos dicho en otra ocasion, los realistas defendian su última dominacion, el postrer baluarte por decirlo así, donde flameaba la bandera de Castilla que tres siglos antes se habia izado en medio de la sangre humeante de los mártires de Cajamarca, iluminada por los lúgubres resplandores de la traidora hoguera de Atahualpa.

Las fuerzas de Alvarado se encontraban situadas á algunas leguas de la costa del mar entre los puertos de Ancon y de Chancay.

El Gefe patriota destacó de avanzada al capitán Pringles con veinte soldados de Granaderos, quien á su vez colocó un soldado de espía, á distancia conveniente para observar al enemigo que merodeaba por las inmediaciones. El Granadero ó se dejó sorprender, ó se puso de acuerdo con los enemigos (aunque es mas probable sucediera lo primero á causa de las fatigas sufridas en las marchas) pues cuando ménos lo esperaba el oficial patriota fué sorprendido y atacado por los enemigos en número de ochenta hombres de caballería á las órdenes del famoso y entendido militar español don Gerónimo Valdés.

Pringles sin arredrarse ante el número cuatro veces mayor de sus adversarios, y comprendiendo toda la gravedad del caso se decide á combatir hasta el último

trance, para, sinó triunfar, vender su vida y la de sus soldados á peso de oro, como decia Bonaparte de su guardia imperial despues de Watterloo.

Era el 27 de Noviembre de 1820.

Los españoles ciegos y furiosos creyendo devorarse aquel puñado de hombres, acometen con indecible valor y rapidez, sus filosos y relumbrantes sables relampaguean en el aire á impulsos de brazos hercúleos, que descargan hachazos formidables y tiran tremendas estocadas.

El combate ha empezado dominados ambos adversarios de una ira terrible, en medio del ruido que producen los aceros al chocarse, interrumpido de tarde en tarde por los gritos de "*viva la pátria ó viva el rey!*"

El primer empuje es contenido bizarramente por los patriotas, que al parar los golpes de sus contrincantes agregan á los filos de sus sables otras tantas melladuras no ménos gloriosas, por cierto que las de Maipo, Chacabuco y Nazca. Pringles incita á los suyos á la muerte ó la victoria, y Valdés que no cede en coraje y sangre fria estimula á su gente, con su ejemplo.

Una valla de aspiraciones los divide: la libertad de un lado, la servidumbre de otro.

Continúa el combate, creciendo siempre el encarnizamiento que ha tomado ya el carácter de salvaje.

Los Granaderos han ido disminuyendo, pero suplen al número con el valor; empiezan á batirse en retirada dejando en pos un reguero de sangre. Siete han caido exánimes sin desmentir la fama de que gozan los soldados del cuerpo predilecto de San Martin; seis sienten

brotar abundante sangre de mortales heridas y ya no pueden continuar luchando porque les falta la fuerza física-

Qué hacer? rendirse es imposible! Como empañar en un momento esa estela de gloria que han ido dejando en pos de su paso en San Lorenzo, Chile y el Perú?

¡No queda otro recurso que morir!

A sus espaldas se divisa el Océano Pacífico que lame las playas de Chancay con sus tranquilas y azuladas ondas.

Una idea cruza por la mente del denonado Pringles, la Providencia le ha iluminado. El fondo del mar será su tumba, mortaja sus ólas y sus brisas!

Con la resolución del héroe se arroja al agua dos leguas al Sud de Chancay, en el punto denominado *Pescadores*.

Ante acto de tanto heroísmo, Valdés le promete salvarle la vida y le hace sacar del agua. Un mes permaneció Pringles prisionero en las casas-matas del Callao, y cuando el virey Pezuela tuvo conocimiento del combate de Chancay, lo mandó poner en libertad, sin canje, enviándolo al general San Martín con las mas especiales recomendaciones.

Hubo de ser sometido á consejo de guerra, por haberse dejado sorprender, pero en atención al modo heroico con que se habia portado no se llevó á cabo, segun consta de la órden general del ejército, en esa época, acordándoseles á los que tomaron parte en tan memorable combate un escudo con este lema: "*Gloria á los Vencidos en Chancay.*"

.....

Las pasiones estraviadas y mezquinas de algunos hombres, habian encendido la hoguera de la guerra civil en la República Argentina, convirtiéndola en un campo de batalla donde dos sistemas de gobierno se disputaban la supremacia por medio de las armas.

Pringles como tantos otros paga el tributo de su vida á esa época aciaga, á esa resbaladiza pendiente, por que han pasado y se han deslizado casi todas las repúblicas hispano-americanas al nacer á la vida independiente tras tantos años de duro vasallaje.

El 18 de marzo de 1831, despues de una pequeña accion en el Morro, provincia de San Luis, el héroe de Chancay, condecorado con la medalla de la entrada á Lima, la cruz de Junin, la medalla de Ayacucho, y la Orden del Sol, es muerto de un balazo, á los treinta y seis años escasos de su vida, por un capitan del ejército del tristemente célebre Don Juan Facundo Quiroga.

Asi tantos meteoros brillantes en el cielo de la revolucion argentina, que saliendo de las orillas del Plata, brillaron en Chile, el Perú y Ecuador y asombraron al mundo, se eclipsaron para siempre en los rios de sangre derramada por hermanos, cuyos nombres esperan aun de la historia y la posteridad su fallo inapelable: la absolucion ó su condena.

VEINTINUEVE DIAS DE GLORIA

A LA MEMORIA DEL BENEMERITO MARINO D. JUAN BAUTISTA THORNE,
QUE INMORTALIZÓ SU NOMBRE EN LAS CAMPAÑAS NAVALES
CONTRA EL BRASIL

1—1826—Enero 21: Fué tomada la cañonera enemiga N^o 11 por el bergantín de guerra “General Balcarce” mandado por el almirante Brown.

2—Febrero 9: Se batió nuestra escuadra al Este del canal exterior, compuesta de la corbeta “25 de Mayo” (General Brown) bergantines “Congreso”, “República”, “Balcarce” y “Belgrano”, goleta “Sarandí” y 12 cañoneras, con la enemiga que era muy superior en fuerza, teniendo que resistir solo la corbeta “25 de Mayo” el fuego de tres corbetas enemigas.

3—Febrero 26: Nuestra escuadra compuesta de la corbeta “25 de Mayo”, bergantines “Congreso,” “República”, “Balcarce”, “Belgrano” y la goleta “Sarandí” atacó este día las fortificaciones de la Colonia, forzó la entrada y fondeó en dicho puerto hasta el 13 de Marzo.

Nuestra escuadra reforzada por doce cañoneras y la goleta "Rio" atacó varias veces las fortificaciones de dicha plaza.

4—Abril 11: Se batió la corbeta "25 de Mayo" y bergantin "República", en la boca de Montevideo, con la fragata enemiga "Nitheroy" de 42 cañones y tres goletas, por tres horas, retirándose la fragata enemiga muy destrozada.

5—Abril 27: Por la noche la corbeta "25 de Mayo" y bergantin "Independencia" atacaron en la boca del puerto de Montevideo, á la fragata de guerra "Emperatriz" de 52 cañones y la destrozaron completamente.

6—Mayo 1º: Se batió la corbeta "25 de Mayo" con la fragata enemiga "Nitheroy", varadas en el Banco Ortiz.

7—Mayo 23: Nuestra escuadra compuesta de la corbeta "25 de Mayo" (Comandante Espora), barca "Congreso", goletas "Sarandí", "Pepa" y "Rio" al E. N. E. del canal exterior, se batió con la escuadra enemiga compuesta de la fragata "Nitheroy" (Norton), 4 corbetas, 4 bergantines y 3 bergantines goletas, la que se retiró abandonando el combate.

8—Mayo 25: En la tarde de este día se batió al E. del canal exterior, la escuadra argentina, compuesta de la corbeta "25 de Mayo", barca "Congreso", bergantines "República", "Independencia" y "Balcarce, goletas "Sarandí", "Pepa" y "Rio" con la enemiga, compuesta de una fragata, 4 corbetas, 4 bergantines y 4 goletas, por espacio de dos horas, resultando retirarse la escuadra perseguida por la nuestra.

9—Junio 11: Este día, nuestra escuadra fondeada en los Pozos, compuesta de la “25 de Mayo”, “Congreso”, “Independencia”, “República” y 7 cañoneras resistió y rechazó con admirable bravura á una formidable escuadra enemiga, compuesta de una fragata, 4 corbetas, 4 bergantines, 1 bergantin goleta, 10 goletas, 3 deates, 6 queches y 2 balandras cañoneras.

10—Julio 29: La noche de este día la corbeta “25 de Mayo” y las goletas “Rio” y “Pepa” atacaron á la escuadra enemiga, compuesta de 1 fragata, 4 corbetas, 4 bergantines, 8 goletas, 1 deate y 1 cútter, que se hallaba fondeada una milla al E. de la canal exterior y se batió por espacio de mas de una hora.

11—Julio 30: Este día, nuestra escuadra, compuesta de la corbeta “25 de Mayo”, barca “Congreso”, bergantines “República”, “Independencia”, goletas “Sarandí”, “Rio” y “Pepa” (pero principalmente la corbeta “25 de Mayo” y goletas “Rio” y “Pepa”) batieron á la escuadra enemiga que se componia de los mismos buques que la noche antes, mas un lugre y 3 goletas, desde las seis y media de la mañana hasta la una de la tarde.

12—Diciembre 29: La goleta de guerra “Sarandí” se batió en su primer crucero sobre la costa del Brasil con las baterías de la Isla de San Sebastian.

13—Diciembre 29: Nuestra escuadrilla, compuesta de la goleta “Sarandí” (General Brown) bergantin “Balcarce”, goletas “Guanaco”, “Union”, “Maldonado” y “Pepa”, zumaca “Uruguay” y 9 cañoneras, se batieron

en la boca del Yaguary con la escuadrilla de don Jacinto, en número de 17 buques.

14—1827—Enero 18: La escuadrilla argentina se batió por algunas horas con la escuadra enemiga en el canal de Martín García; el resultado de esta acción fué haber salido muy estropeada la corbeta “Masaio.”

15—Febrero 8: La escuadrilla nacional se batió con la de igual clase enemiga (al mando de don Jacinto) frente á la isla del Juncal, habiéndose retirado ambas por sobrevenir un mal tiempo.

16—Febrero 9: Este día la escuadrilla nacional alcanzó un triunfo completo sobre la escuadra enemiga al mando de don Jacinto, en las aguas del Uruguay, resultando habersele tomado 11 buques de guerra y quedar enteramente destruida la tercera división enemiga y su jefe prisionero.

17—Febrero 24: La escuadrilla nacional se batió seis millas al E. de balizas exteriores con la escuadra enemiga bloqueadora, que se componía de la fragata “Emperatriz” (Pritz) una corbeta, 4 bergantines y 3 goletas, abandonando los últimos, su antigua posición.

18—Abril 7 y 8: En estos dos días los bergantines “República” (General Brown) é “Independencia” (Comandante Drumont), goleta “Sarandí” (Capitan Coe), los dos primeros varados, sostuvieron un combate con la mayor bravura, en la Punta de Santiago, contra 23 buques enemigos, entre los cuales había dos fragatas, 4 corbetas y 6 bergantines; el resultado fué que á las 10 de la noche del segundo día la goleta “Sarandí”, habiendo salvado la tripulación del “República” se

dirigiese para este puerto por entre los buques enemigos.

19—Junio 5: La escuadrilla argentina se batió frente á la Punta de Quilmes, compuesta del bergantin goleta “8 de Febrero”, (General Brown) goletas “Sarandí”, “9 de Febrero”, “Maldonado”, “18 de Enero”, “11 de Junio” y “30 de Julio”, con los siguientes buques enemigos: 2 corbetas, 1 bergantin goleta y 1 goleta.

20—Junio 11: El bergantin goleta “8 de Febrero” (Comandante Espora) se batió y rindió á la goleta de guerra “Maria Teresa” 40 millas al E. de la Colonia.

21—Agosto 10: La goleta “Sarandí” se batió frente á la Colonia, con el lugre enemigo de 14 cañones “Príncipe Imperial”, dos goletas mas y dos cañoneras.

22—Setiembre 29: La goleta “Sarandí” se batió por dos horas con el bergantin “Pirayá” de diez y ocho cañones en el puerto de Maldonado, y durante este combate se aproximaron nuestros buques: bergantin “Balcarce”, bergantin goleta “8 de Febrero” goletas “Montevideo” y “9 de Febrero” y se emprendió nueva accion por tres horas mas con los siguientes buques enemigos, fragata “Maria Isabel” de 64 cañones y “Piraya” de 62 id, 3 bergantines y 4 cañoneras.

23—Octubre 12: Las goletas “Sarandí” y “Juncal” salieron á proteger al bergantin “Asunto” que se hallaba en los Pozos, al cual se dirigian los enemigos en número de 2 bergantines y 4 goletas, y sin embargo de la desproporcion de fuerzas de los últimos se batió por espacio de dos horas.

24—1828—Enero 4: La escuadra nacional compuesta de 12 buques se batió con la escuadra brasilera, compuesta de dos corbetas, 2 bergantines, 2 bergantines goletas y 3 goletas, al E. de Balizas Exteriores.

25—Enero 15: La goleta “Maldonado”, “9 de Febrero”, “Sarandí” y bergantin goleta “8 de Febrero” sostuvieron un combate mas abajo de la Punta de Santiago, con dos corbetas, 3 bergantines, 3 bergantines goletas, y 8 buques menores de la Division de la Colonia.

26—Febrero 1º: Este dia, la escuadra brasilera, compuesta de dos corbetas, 5 bergantines, 1 bergantin goleta, 3 goletas y 1 bombardera ataca á nuestra escuadrilla que se hallaba en los Pozos y fué rechazada.

27—Febrero 22: La goleta “Maldonado”, bergantin “8 de Febrero” y goleta “9 de Febrero”, frente al monte de Santiago, se batieron con una division enemiga compuesta de la corbeta “Carioca” bergantines “Caboclo” y “Maranhao”, lugre “Príncipe Imperial” y goleta “Grenfell”, en la que se retiraron los enemigos, y el general Brown se dirigió á este punto.

28—Abril 12: Las goletas nacionales “Sarandí” “Maldonado” y “9 de Febrero” batieron en los Pozos por siete horas, á la escuadra brasilera compuesta de 2 corbetas 2 bergantines, 3 goletas y 1 bombardera.

28—Junio 19: la escuadrilla nacional, compuesta de la goleta “Maldonado”, (General Brown) bergantin “Balcarce”, “9 de Febrero”, “29 de Diciembre”, “11 de Junio”, “30 de Julio”, “Uruguay” y 4 cañoneras, se batieron con la escuadra brasilera, en la travesía de

Punta de Quilmes á Punta de Lara, compuesta de la fragata "Mitroya", corbeta "Liberal", bergantines "Caboclo", "29 de Agosto", "Maranhao" y "Niger", bergantin goleta "2 de Julio", goletas "Union", "Concepcion" y una bombardera.

Como se vé, en todos los combates, nuestra escuadra fué siempre inferior en número á la enemiga, pero debido al valor y pericia de sus gefes y tripulacion, en cuyos corazones habia un manantial perenne de sublime patriotismo, dió dias de eterna gloria, al pabellon que tan bizarramente flameaba en la popa de sus naves legendarias, orlando coronas inmortales sobre las sienes de sus invictos defensores, laureles que serán inmarcesibles, y la fama de Brown, Espora, Rosales, Jorge y tantos otros héroes eternamente arrullada por las ondas del Plata, quedará suspendida como un faro en la bóveda del cielo de la pátria, enseñando á las generaciones venideras el camino del honor y del deber!

VEINTE CARGAS EN TRES HORAS

Á LOS SEÑORES JEFES Y OFICIALES DE LA ESCUELA DE CABOS Y
SARGENTOS

La famosa entrevista de Guayaquil el 22 de Julio de 1822, hizo que se vieran frente á frente dos hombres extraordinarios, que partiendo de las orillas del Plata uno y el otro de las márgenes del Orinoco, Bolívar y San Martín, estaban animados de una misma idea y aspiración: la independencia Sud-Americana.

No se sabe ciertamente por qué, pero los dos colosos acaso no estuvieron de acuerdo en sus ideas y uno abandonando la política y el teatro de su gloria, se retiró para siempre de la América para morir en Europa, casi olvidado en el hogar tranquilo.

El general argentino D. Rudecindo Alvarado, gefe por el retiro inesperado de San Martín, de las fuerzas patriotas de ocupación en Lima, preparó una expedición de 3,858 hombres (Boletín N^o 1^o del Ejército Unido),

que hizo zarpar del puerto del Callao, en tres divisiones, la primera el 10 de Octubre de 1822, el 15 la segunda y el 17 la tercera, y se dirigió á Arica, puerto situado cuatrocientas leguas al Sud de la ciudad de Lima, con la esperanza de batir al ejército español, que era dueño de todos los pueblos y departamentos de aquella parte de la República.

Desembarcada en Arica el 5 de Diciembre, del citado año 1822, hizo marchar su vanguardia al pueblo de Tacna, distante doce leguas, donde estaba el general Valdés con una parte del ejército español.

En este punto el enemigo quiso oponerse al paso, pero sus guerrillas de caballería fueron arrolladas por el comandante Lavalle al frente de cien granaderos, y abandonaron aquella posicion, poniéndose en retirada por el camino real que conduce á la ciudad de Moquehua, distante treinta leguas al Norte de aquella ciudad.

Reunido allí todo el ejército, emprendió su marcha tres dias despues en aquella direccion, llevando el mando de la vanguardia el general D. Enrique Martinez.

Los enemigos que sintieron el movimiento, pasaron por Moquehua, y fueron á situarse en las alturas del pueblito de Torata, distante siete leguas al N. E. en uno de los ramales de la Cordillera, con el objeto de atraer allí al ejército patriota y buscar la incorporacion de Canterac, que atravesando las montañas del Tacora venia en apoyo de Valdés, desde los departamentos del interior.

Para buscar al enemigo en aquellas posiciones, el general Alvarado tenia que penetrar por desfiladeros escabrosísimos, en que le era indispensable dilatar su columna por un gran espacio, esponiéndose á que el enemigo cayera improvisamente sobre él, cuando se hallaran en esta situacion.

Sin embargo, colocado en la disyuntiva de avanzar ó reembarcarse, se decidió por lo primero, contra la opinion de sus principales gefes, y muy especialmente de la del general Martinez, su Gefe de Estado Mayor. Al efecto dispuso que el general D. Cirilo Correa con 1,500 hombres marchase á vanguardia sobre el enemigo, y que el coronel Sanchez con el batallon 4º de Chile, siguiendo su movimiento, buscara una posicion fuerte desde donde pudiera proteger al general Correa en caso que éste tuviera que retirarse, pues llevaba órdenes terminantes de no comprometer ningun choque sério, hasta que no estuviera reunido todo el ejército.

No habia andado nuestra primera columna dos leguas cuando empezó á encontrar escalonadas las fuerzas del enemigo. Correa, que marchaba de frente, empezó á arrollarlas, hasta que llegó á una especie de plataforma, que está situada como legua y media antes de llegar á la cuesta de Torata, donde se trabó un reñido combate con la division Valdés que constaba como de 2,000 hombres, y que habia elejido aquella posicion de acuerdo con Canterac, que con una columna de mas de 3,000 soldados, debia descolgarse.

de las serranías en que estaba emboscado, en los momentos oportunos.

Habian obtenido ya nuestras fuerzas algunas ventajas, é iba á decidirse la victoria por los patriotas, cuando Canterac ejecutó su movimiento por un flanco, y vino sobre el campo de batalla. El coronel Sanchez entonces, cuya mision no era otra, que proteger en un caso dado, la retirada de la vanguardia, en vez de conservar la brillante posicion que habia elegido para servir de apoyo á los patriotas, que agobiados por el número empezaban á vacilar, llevado de su conocido arrojo, se lanzó con su batallon al centro de la refriega, sin calcular, que seiscientos hombres más en aquel choque, nada podian influir, cuando el ejército español allí reunido pasaba de 5,000 soldados.

La entrada del batallon Sanchez al campo de batalla, dilató como era consiguiente, por un poco mas de tiempo, el éxito de la accion ; pero al fin se decidió por los españoles, dejando los patriotas en el campo como 500 cadáveres, dos piezas de artillería, sus carros de municion, etc.

El resto de la division se salvó porque el general Martinez, que venia siguiendo el movimiento de la vanguardia, á mas corta distancia del resto del ejército, venciendo las dificultades que le ofrecian los desfiladeros por donde tenia que pasar, hizo avanzar á paso de trote al batallon N^o 11 con algunas piezas de artillería, y lo colocó en una posicion insuperable y que dominaba el camino por donde venian los dispersos.

A favor de esta operacion los enemigos pararon la persecucion, y el general Correa se incorporó al ejército al ponerse el sol.

En esa noche que era el 19 de Enero de 1823, tuvo lugar una Junta de guerra y se resolvió la retirada. Al otro dia por la mañana, el ejército llegó á los suburbios de la ciudad de Moquehua.

En este punto hizo notar al general Alvarado, el general Martinez, que el ejército estaba sin municiones y que de consiguiente era preciso aprovechar el tiempo para salvarle á todo trance. (Todo esto consta de una memoria del general Martinez que el general Alvarado no contestó.) No se comprende por qué el general Alvarado perdió todo ese dia sin tomar ninguna resolucion; pero el hecho es que el ejército español apareció sobre él al dia siguiente, con 4,000 infantes, 1,500 hombres de caballería, y 14 piezas.

Fué preciso pues batirse, y esperar que el denuedo de nuestras fuerzas supliera al número y á la falta de municiones, peleando al arma blanca con un ejército doble y engreido ya con el triunfo de Torata.

Llegado el momento, el ejército de los Andes formó en dos columnas cerradas, con algunas guerillas al frente en un espacio de garganta que forma el valle de Moquehua. A la izquierda el batallon N^o 11 y algunas piezas de artillería en una altura que cubre el camino real por donde el enemigo tenia que pasar necesariamente, y de donde dominaba tambien toda

la pampa, en donde aparecía formada la caballería enemiga.

El Regimiento de Granaderos á Caballo, que era toda la caballería con que contaba el general Alvarado, formó á retaguardia de la línea en una planicie desde donde podia concurrir al combate en el momento oportuno. La derecha estaba apoyada en las serranías que forman el cajon en que está situado el pueblo de Moquehua.

Al frente de nuestro ejercito habia una colina suave, y entre ella y nuestra línea un pequeño valle muy á propósito para lanzar nuestros batallones á la bayoneta cuando los enemigos penetraran en él.

Iniciado el combate por las guerrillas que estaban desplegadas en el valle intermedio, el enemigo hizo descender toda su infantería por el frente del centro patriota, hasta la orilla del valle, y conservó su caballería amagando el camino real.

Pasados algunos minutos desplegó un fuerte batallón en proteccion de sus guerrillas, que empezaban á ceder, con el objeto sin duda de provocar un combate general.

Alvarado entonces en vez de replegar sus guerrillas, para alentar á los españoles á que entraran en el llano, que era el punto indicado para decidir la accion á la bayoneta, único recurso que habia que tentar para obtener el triunfo, ó desprender algun batallón de su centro para oponerse al español, que habia avanzado mas de treinta varas de su línea, ordenó al

coronel D. Eugenio Necochea que lo cargase con la caballería.

En virtud de esta orden el cuerpo de Granaderos se puso á la carga; pero al ir á chocar recibió una descarga á quema-ropa, por la que fué herido el bravo Necochea, y el primer escalon á cuyo frente iba, se desorganizó, teniendo Lavalle, que mandaba el segundo, que correrse á la derecha para no ser envuelto por el primero, que retrogradaba deshecho.

Después de este descalabro los enemigos avanzaron su línea y la batalla se hizo general.

En este combate nuestros soldados hicieron prodigios de valor: el batallón 11, colocado en una posición ventajosa ocasionó al enemigo un estrago formidable; pero al fin, sin municiones y barridos por los fuegos de una artillería que dominaba el campo, los patriotas tuvieron que ceder, y envueltos en una espantosa derrota atravesaron la ciudad de Moquehua, para salir por el partezuelo que está situado en la parte Oeste del pueblo, y que en dirección al camino por donde debían buscar los puertos, era la única salida.

Hemos llegado ya al momento en que debemos ocuparnos de la célebre retirada que tanta nombradía dió al comandante Lavalle; retirada inmortal que forma el timbre mas glorioso de las armas argentinas, y á la cual se debe que el honor del ejército de los Andes se salvara ileso después de dos derrotas.

Para que el lector comprenda mejor lo que Lavalle hizo en este día de duelo para la patria, necesitamos

trazar á grandes rasgos la fisonomía del terreno por donde se efectuó la retirada, y la distancia del trayecto que tenian que recorrer los dispersos para ponerse en salvo.

La ciudad de Moquehua dista 22 leguas del puerto de Ilo, y está situada en una hondonada profunda y amurallada en toda su circunsferencia por un cordon de serranías. Su rio corre al Oeste, y en toda su márgen por el espacio de seis leguas, hay pobladas haciendas de viñales inmensos que forman la produccion de aquel país. A la izquierda de estas poblaciones y como á quince cuadras mas ó menos va el camino real por una ladera arenosa que conduce á la costa, faldeando la montaña.

Al salir los dispersos por el portezuelo que dejamos indicado, en vez de correrse á la derecha para parapearse en los cercados de las haciendas y buscar su salvacion en la noche, tomaron el camino que conduce á Sama, que es descubierto por todas partes.

Los enemigos que observaron este error, desprendieron mil hombres de caballería al mando del general Carratalá y emprendieron la persecucion, convencidos que el ejército patriota tendria que rendirse antes de llegar al puerto, pues teniendo que recorrer 22 leguas de territorio, por un arenal muerto, sin medios de defensa y desorganizado completamente, le seria imposible resistir.

Lavalle, al ver la actitud que tomaba la caballería enemiga, con sus trescientos granaderos que habia saca-

do formados del campo de batalla, se colocó á retaguardia de los dispersos y empezó á cubrir la retirada.

No habian andado los patriotas una legua en esta disposicion, cuando un grito de ¡viva el rey! cuyo éco se dilató como un trueno por la cima de aquellas montañas, vino á anunciarle que tres escuadrones enemigos, en aire de carga, estaban ya á menos de cien pasos á su espalda. Lavalle entonces hizo alto; dió un ¡viva la patria! con su voz plateada y arrogante, mandó volver caras por pelotones, y se puso al trote para recibir la carga. Los españoles, enorgullecidos por el triunfo que acababan de obtener, vinieron al choque con decision y empuje; pero aun no habia hecho su primera fila la descarga con que la caballería española acostumbraba á recibir á la patriota, cuando los Granaderos á sable en mano estaban rompiendo con el encuentro de sus caballos la línea enemiga y sableando por la espalda, á los que pocos antes se creian invencibles.

A las dos cuadras ó mas del punto en que fué este encuentro, Lavalle hizo alto; volvió caras y se puso al trote para tomar la misma posicion que antes llevaba.

Una hora despues, los enemigos rehechos y reforzados con dos escuadrones mas, estuvieron encima de los Granaderos; pero Lavalle volvió caras otra vez y volvió á acuchillarlos haciéndoles una terrible mortandad. En fin, los mil hombres de caballería mandados por uno de los mas bravos soldados de la España, por veinte veces y por el espacio de tres horas en el trayecto de 9 leguas, intentaron cargar y 20 veces fueron hechos pedazos

por el bizarro Lavalle á la cabeza del afamado regimiento Granaderos á Caballo.

Al otro dia 2,700 dispersos se embarcaban sin que nadie los hostilizara en el puerto de Sama; merced al valor y á la pericia del vencedor de Rio Bamba.

Los griegos se enorgullecen con sobrada justicia de la gloriosa retirada del heróico Jenofonte, que ha pasado á la posteridad aumentando cada dia su gloria y la admiracion universal, con el nombre del héroe de la *retirada de los diez mil*.

Francia, celosa y entusiasta admiradora de sus glorias enseña á sus hijos desde su mas tierna infancia, en la última escuela de aldea, el mapa de la helada Rusia y el nombre imperecedero del Mariscal Ney, que al abandonar las huestes napoleónicas la pátria de Pedro el Grande y Catalina, en desordenada fuga, supo con grande valor y habilidad, salvar tantas vidas de la lanza ensangrentada del cosaco, y la gloria del ejército imperial, sosteniendo su retirada por medio del heróico empuje de sus coraceros, dando trescientas cargas en veinte y cuatro horas.

Así tambien la República Argentina, registra en las páginas de su corta pero gloriosa historia, el nombre del general Lavalle, y la retirada de Torata y Moquehua, teniendo como Grecia y como Francia frenético entusiasmo y justo orgullo por hecho tan heróico é inmortal.

COMO CUMPLIAN SU CONSIGNA

LOS CENTINELAS DEL EJÉRCITO DEL GENERAL SAN MARTIN

Despues de las famosas victorias de Chacabuco y Maipo, pedestal sobre el cual se apoyó la libertad chilena, el ejército patriota ocupó la ciudad de Santiago.

El general San Martin que jamás se durmió en las delicias de Cápua, hacia observar el mayor celo y vijilancia en los puestos de guardia de la guarnicion asi como en las avanzadas en campaña.

A fines del año de 1817, el batallon de artillería de los Andes estaba acuartelado en el convento de San Pablo en Santiago, y un dia, hallándose al mando de la guardia de prevencion el hoy benemérito general de la Independencia D. Gerónimo Espejo, tuvo lugar el episodio que pasamos á narrar.

Esa misma mañana, entre la siete y las ocho antes de ser relevado, se presentó el general San Martin, á caballo, acompañado de solo un ordenanza, á visitar el cuartel. Ninguno de los gefes ú oficiales del

cuerpo se hallaba presente á esa hora, porque ya se habian llenado todas las distribuciones del reglamento.

Una imaginaria que se situaba en la esquina de la iglesia para observar las cuatro boca-calles y avisar cualquier novedad que advirtiera, dió el grito de *Cabo de guardia, el General en Jefe!*

El oficial de guardia al oír este aviso gritó á su turno, *arriba la guardia!* Y formada ya esta con las armas presentadas cuando el general enfrentaba al cuartel, se le batió marcha haciéndole los honores correspondientes á su rango.

—*Se puede entrar?* dijo saludando á la guardia con su elástico.

Espejo le respondió:

—*Adelante, señor.*

Al entrar al patio hizo la señal de retirarse la guardia, y la tropa despues de colocar los fusiles en el armero, quedó en peloton en el zaguán.

El general se desmontó, entregó la brida á su ordenanza, y el oficial de guardia mandó al sarjento de la misma que lo acompañara á los patios, á las cuadras y demás departamentos que deseara examinar. Así visitó el cuartel, vió la limpieza de las cuadras, la del armamento, los tablados, la colocacion de las mochilas, el estado de las cocinas, el rancho, etc., etc., y á medida que iba visitando las cuadras, los sargentos de mas educacion y mas despejo, formábanle cortejo. Así que vió esto San Martin mandó retirar al sarjento de guardia á su puesto.

Cuando hubo inspeccionado hasta el último rincón,

regresó al segundo patio, y fijándose en una puerta cerrada, forrada con pieles de carnero con la lana para afuera, y custodiada por un centinela,

—¿Qué es aquello? preguntó.

—*El laboratorio de mistos*, le respondieron los sargentos.

—*Trabajan ahora?*

—*Sí, señor*: se están haciendo cartuchos, lanza fuegos, estopines, espoletas para granadas y otras municiones.

Sin mas averiguar se dirigió allí en ademan de entrar. El centinela poniéndose por delante le dijo:

—*Alto ahí, mi general; no se puede entrar!*

A esta respuesta el general repuso con vehemencia:

—*Cómo es eso: no me conoce Vd. que soy el General en Jefe?*

El centinela que era un mendocino, llamado Anselmo Tovar, le replicó:

—*Sí, señor, lo conozco: pero así no se puede entrar.*

El general vestía su traje militar, casaca, botas con herraduras, y espuelas, como se usaba entónces.

Volvió á hacer un ademan como para empujar la puerta y entrar; pero el centinela entónces caló bayoneta y volvió á repetir:

—*Ya he dicho, mi general, que así no se puede entrar, y gritó con fuerza:—Cabo de guardia; el general en jefe quiere forzar el puesto!*

Al ver esto, uno de los sargentos corrió al cuerpo de guardia á llamar al cabo, y así que este llegó á presencia del general le dijo: *Señor, la consigna que el centinela tiene es que nadie puede entrar al laboratorio vestido de*

uniforme, por temor de un incendio, y es por eso que le ha resistido la entrada. Si V. E. quiere entrar sírvase pasar á este cuarto á cambiar de traje, para que pueda hacerlo en la forma que es permitido.

En efecto, el general sin decir palabra, entró al cuarto, se desnudó de su uniforme, se puso un par de alpargatas, pantalon, saco y gorro de brin, de varios que habia allí con ese exprofeso destino, y presentándose al centinela con su nuevo traje, no trepidó éste en abrirle la puerta y dejarlo entrar seguido de dos sargentos, que tambien cambiaron vestido con el objeto de acompañarlo, por sí algo extraordinario le ocurría.

Luego que el general hubo visitado este departamento y axaminado los aparatos y el trabajo que se hacia, volvió á salir para tomar su uniforme y retirarse.

Montó á caballo, y al pasar por el cuerpo de guardia le ordenó á Espejo que el soldado que estaba de centinela en el laboratorio se le presentara en Palacio una vez que fuera relevada la guardia.

Así se hizo. El soldado se presentó al general, y á su regreso, refería que despues de hacerle varias preguntas y echarle un sermon sobre la subordinacion, la obediencia y el cumplimiento de sus deberes, le regaló una onza de oro y lo despachó.

Felices los ejércitos en que sus jefes son los primeros en obedecer y aceptar las órdenes que ellos mismos dan, estimulando de este modo á todos al cumplimiento del deber!

EL COMBATE DE CHUNCHANGA (1)

Después de la invasión al Perú, por los independientes, las fuerzas patriotas se hallaban ocupando los puntos más importantes ó estratégicos, á principios del año 1823.

En el pueblo de Chíncha Alta, inmediato al puerto de Tambo de Mora, estaba de guarnición el Regimiento de Húsares del Perú, cuyo jefe destacó al capitán José Correa (mendocino, primo hermano de la señora del general Lavalle), y que apenas contaba diez y ocho años de edad, con la tercera compañía de la que era comandante, para que fuera á ocupar la Hacienda de Chunchanga, con el objeto de impedir que el enemigo embarcase una cantidad de aguardiente, y ver si podían batir una fuerza realista que estaba custodiando dicho punto.

Sea que los enemigos tuvieron temor de los patrio-

(1) Estos datos los debemos á la bondad del señor teniente general D. Eustoquio Frías.

tas ó que creyesen estar próximos á una sorpresa, los hombres que efectuaban el embarque, abandonaron la hacienda, que fué ocupada por Correa y los suyos.

A los ocho dias de permanecer allí, Correa tuvo aviso que en el inmediato pueblo de Ica, se preparaba una division con el objeto de sorprenderlo.

Al recibir esta noticia, el oficial patriota repasó el rio de Pisco para situarse en el camino que viene de Ica, ocupando de este modo una posicion ventajosa y evitando al mismo tiempo ser sorprendido.

A los ocho dias de tomar esta precaucion, volvieron nuevamente á situarse en Chunchanga.

En el verano, todos los rios que bajan de la vertiente de los Andes arrastran mayor caudal de agua que en el invierno, y con mucha rapidez, á causa de producirse entónces los deshielos de la Cordillera. El rio de Pisco estaba muy crecido, y por lo tanto, con mucha corriente.

En una tapera, rodeada por un gran potrero que habia tenido alfalfa, mandó Correa que quitasen los frenos á los caballos, y se acostó á dormir.

Un soldado, llamado José Maria Salcedo, solicitó licencia, al entónces Sargento 1º Eustoquio Frias para ir á escarbar una huaca (1) pues creia encontrar algo bueno. Frias accedió al pedido del soldado diciéndole: *Ya que vais á la lema, observad si viene*

(1) Nombre que se dá en el Perú á los sepulcros de los indígenas, donde muchas veces se han encontrado objetos preciosos de oro y plata, y algunas otras cosas de valor.

nuestro regimiento. Como Correa habia comunicado que los españoles lo atacarian, se esperaba por momentos un refuerzo. Salcedo con la tranquilidad de la inocencia, se puso á escarbar la *huaca*, halagado con la esperanza de encontrar algo que le ayudara á hacer mas llevadera la pobreza en que todos se encontraban.

De improviso se para y empieza á mirar para el campo, corriendo despues hácia la compañía y le dice á Frias:

—*Sargento, ahí viene el regimiento.*

Los patriotas usaban los morriones con funda blanca, y tambien este mismo color y el punzó en las banderolas de las lanzas.

El enemigo, del mismo modo, y solo se diferenciaba, en el amarillo en lugar de punzó por lo cual se equivocó el soldado. Frias con esta noticia, va donde estaba Correa, y le da cuenta de la proximidad del regimiento. El capitán le preguntó en qué direccion venia. Entónces Frias señaló la direccion indicada por Salcedo.

“Haga enfrenar y montar á caballo” fué la órden de Correa, y poniéndose acto continuo á la cabeza de la compañía, marchó en seguida al paso, á la loma donde habia estado el soldado, viendo desde allí una gran columna que venia á su encuentro.

Ya no habia duda; era una fuerza enemiga compuesta del regimiento Dragones de Lima, y dos escuadrones de San Carlos, siendo estos últimos naturales del valle de su nombre en la provincia de Salta,

mandado por un comandante Aramburú, también salteño y pariente de Frias. La columna enemiga se compondría de quinientos hombres, mas bien mas que menos.

Tanto el jefe de los Dragones como Aramburú, confiados en la superioridad numérica se adelantaron con la mayor naturalidad, á intimarle rendicion al capitan Correa, diciéndole: Capitan Correa, haga echar pié á tierra y ríndase, ¿qué va á hacer con esos pocos hombres? Vea la fuerza que tenemos!

Correa, que estaba embozado en una pequeña capa, se la echó á la espalda contestándoles: ¡Qué voy á hacer! Pelear hasta morir! Qué hazaña es la que quieren hacer Vds., viniendo á batir una partida con un ejército!

Los enemigos quedaron formados en columna por escuadrones en el descenso que hacia la lomada, y el oficial independiente, despues de su respuesta, mandó una conversion á la derecha y tocar á degüello.

Un trompa de apellido Gonzalez, con toda la fuerza de sus pulmones, hizo oír el toque indicado, cargando en seguida los patriotas con ímpetu tremendo, y envolviendo al primer choque la cabeza de la columna enemiga, que la formaban los de San Carlos, los cuales á su vez envolvieron á los dragones.

En medio del ardor y entusiasmo de la lucha, los patriotas llévaron á punta de lanza á sus enemigos hasta orillas del rio, donde habian dejado una compañía de cazadores de infantería, porque no creyeron

necesaria tanta fuerza para batir á cincuenta y cuatro hombres, incluso el trompa y oficial.

Un francés que simpatizaba mucho con los independientes al ver que les intimaban rendicion, huyó precipitadamente á Chíncha, dando aviso que la compañía estaba prisionera.

La sorpresa y alegría que sintieron los chinchanos y soldados al ver regresar la compañía, con solo la pérdida de un hombre, fué inmensa.

Este brillante hecho de armas costó á los españoles 20 hombres muertos y numerosos heridos, haciéndoles ver una vez mas, que los soldados de la pátria siempre sabian vencer ó morir en defensa de la justa causa que defendian.

EL CORONEL JOSÉ SEGUNDO ROCA (1)

AL SEÑOR TENIENTE GENERAL DON JULIO A. ROCA

Mañana hará veinte años que la pátria perdió á este esforzado guerrero, que se cuenta entre aquellos que lucharon sin tregua ni descanso por la conquista de su soberania é independencia.

Justo es recordar la muerte de estos y echar una ojeada sobre su vida, en la que predominan la abnegacion y el patriotismo. A la par que es un ejemplo, es un tributo de gratitud merecido.

Por patriotismo, por respeto y por aficion á esos estudios, nos hemos dedicado á recordarlos, desentrañando de las pájinas de la historia, en bosquejos lijeros, aquellas figuras mas culminantes.

Al recordar el aniversario de la muerte del coronel Roca, hemos creido oportuno presentar su biografía.

Vemos en ella al niño—apenas contaba diez y seis

(1) Este artículo fué publicado el 7 de Marzo del año 1886.

años—enardecerse al grito de independencia, y alistarse presuroso en las filas del ejército del general Belgrano, y sin desmayo ni fatiga prestar sus servicios durante esa epopeya; acompañar al general Bolívar en su última campaña, destacándose siempre por su valor sereno y aptitudes militares—hasta su muerte en Marzo del 66, al frente de la 4.^a division del 1.^{er} cuerpo del ejército argentino que combatia al déspota del Paraguay.

A haber vivido algunos años mas, el ilustre guerrero hubiera experimentado el placer inmenso de ver al capitán instructor del batallón salteño, (uno de los cuatro que formaban su division,) ocupando la primera magistratura de la República, en el orden civil, y en el militar, ganados por sus propios méritos, los entorchados de General, que también él hubiera ostentado como coronamiento de su noble y larga carrera.

El destino dispuso otra cosa.

Vamos en seguida á presentar ligeramente los datos biográficos, que justifican lo que dejamos dicho al principio.

El 15 de Enero de 1816, José Segundo Roca, niño de dieziseis años escasos, lleno de sublime patriotismo y decidida vocacion por la milicia, sentó plaza en los cívicos de Tucuman, pasando con fecha 10 de Junio de 1820, como subteniente de bandera del núm. 11, con el que debía asistir á los mas grandes triunfos de

la independencia, asociando su nombre á la existencia de cuatro Repúblicas.

En la campaña del Perú, á las órdenes del general San Martín, se embarcó con su batallón, formando el ejército unido libertador de los Andes y Chile, en el puerto de Valparaíso el 20 de Agosto de 1820, desembarcando en Pisco para marchar con el cuerpo á que pertenecía el 5 de Octubre del mismo año 20, á la primera campaña de la sierra del Perú, bajo las órdenes del general D. Antonio Alvarez de Arenales, hallándose en el combate de la cuesta de Jauja el 20 de Noviembre del citado año, donde fué sorprendida y batida la división realista, de 600 hombres, que mandaba el Intendente de Huancavélica D. José Montenegro, por cuarenta Granaderos á caballo y cinco oficiales entre los que se hallaba Roca, mandados por el sargento mayor graduado don Juan Lavalle.

En la batalla de Pasco el 6 de Diciembre de 1820, que tanto contribuyó á levantar el espíritu de libertad de los habitantes del interior del Perú y en la que fué completamente derrotada por el general Arenales, una fuerte división del ejército español mandada por el brigadier don Diego O'Reilly, por cuya victoria concedió el general San Martín una medalla de plata á la oficialidad, con este lema: *A los vencedores de Pasco*; y entre los ascensos con que además fué premiada, á Roca le tocó ascender á teniente segundo de la compañía de granaderos de su batallón.

Los pueblos de Otuzco y Moyobamba, en el departamento de Amazonas en el Perú, y simultáneamente el

depósito de prisioneros en el pueblo Huarmey de jefes y oficiales realistas, se sublevaron y el teniente Roca marchó con un destacamento de 60 hombres del batallón N.º 11, por orden del general San Martín, para prestar apoyo al presidente del departamento, Marqués de Torre-Tagle, y la ciudad de Trujillo su capital, contra los ataques y depredaciones de los sublevados, desempeñando Roca su comisión con honor y pericia.

Habiéndose posesionado el general San Martín en Julio de 1821 de la ciudad de Lima, asumiendo en consecuencia el Supremo Poder político y militar, en 15 de Agosto espidió un decreto concediendo varios premios al ejército libertador, entre ellos una medalla de oro á la oficialidad con el lema: “*Yo fui del ejército libertador*”, la cual también ostentó Roca en su pecho.

Por disposición del general San Martín se mandó crear el regimiento de cazadores á caballo, del Perú, sirviendo de base el destacamento que mandaba el teniente Roca, cuyo cuerpo formó parte de la división que á las órdenes del general Santa Cruz marchó á Piura en Febrero de 1822, en auxilio del ejército, que hizo la campaña del Ecuador bajo la dirección del general don José Antonio de Sucre.

El 24 de Mayo de 1822 se cubrieron de gloria las armas independientes en la batalla de Pichincha, en la cual fué deshecho y rendido el ejército español, mandado por el virey Aymerich, hallándose Roca en tan memorable jornada, obteniendo tres medallas de oro que por premio de honor fueron decretadas: la primera por el libertador Bolívar, la segunda por el Cabildo y la ciudad

de Quito y la tercera por el Gobierno del Perú, siendo además premiado por San Martín con el grado de sargento mayor (había ascendido á capitán de caballería con fecha 4 de Enero de 1822).

En seguida el mayor Roca fué nombrado ayudante de campo del general en jefe del ejército peruano don Andrés de Santa Cruz, con quien hizo la segunda expedición sobre Puertos Intermedios, embarcándose en el Callao el 23 de Mayo de 1823, encontrándose en la acción de Zepita el 25 de Agosto del mismo, por cuya victoria se le acordó una medalla de oro.

A principios de Setiembre del año 23, el mayor Roca, fué desde el pueblo de Cajamarca á la ciudad de Oruro, enviado por el general Santa Cruz en clase de parlamentario ante el general del ejército real don Pedro Antonio Olañeta, comisión ostensible que envolvía instrucciones para algunos jefes realistas, cuyos resultados patentizaron las posteriores operaciones militares del ejército expedicionario.

Terminada la campaña del Alto-Perú y vuelto á Lima á fines de 1823, fué nombrado Roca edecán del general del ejército del Norte don José La Mar, y á consecuencia de la sublevación de las tropas que guarnecían las fortalezas del Callao en Febrero de 1824, se retiró á la ciudad de Trujillo, donde tenía su cuartel general el libertador Simón Bolívar, y dirigía la organización del ejército que hizo la última campaña que afianzó la independencia de la América.

El 6 de Agosto de 1824 se halló en la batalla de Junín,

siendo condecorado con la medalla de oro decretada por Bolívar en memoria de tan espléndido triunfo.

Como edecan en la última campaña del Perú fué comisionado por el general Sucre, para llevar ante el general Bolívar, que se retiraba hácia la costa de Chancay, el parte de las operaciones practicadas por ambos ejércitos beligerantes hasta los últimos días de Noviembre, y detallarle las maniobras, el estado y situación de ambas fuerzas, y las peligrosas posiciones que ocupaban, consultándole la gravedad del caso y la imposibilidad de prolongar por mas tiempo semejante situación sin librar á una batalla el éxito de la campaña.

Al regresar Roca de Chancay, con la respuesta del libertador al general Sucre, en que le ordenaba aceptar ó presentar batalla al ejército real, cayó gravemente enfermo en la ciudad de Jauja, cuyo involuntario accidente le privó de asistir personalmente á la batalla de Ayacucho el 9 de Diciembre de 1824, pero sí fué declarado con opción á la medalla de oro y demas premios acordados al ejército libertador por decreto del general Bolívar.

Terminada la guerra de la independencia con el triunfo de Ayacucho, y vuelto Roca al suelo de la pátria en 1826, fué reconocido en su clase de sargento mayor por el Presidente de la República D. Bernardino Rivadavia, y destinado al ejército republicano como ayudante del general D. Lucio Mansilla, quien pasó á dar dirección á las fuerzas que sitiaban la plaza de Montevideo ocupada por el ejército brasileiro.

Se halló Roca en el combate del Ombú el 16 de Febre-

ro de 1827, á las órdenes del general Mansilla, en cuyo triunfo le cupo una parte decisiva.

Tambien se encontró en la batalla de Ituzaingó el 20 del mismo mes y año á las órdenes del general en jefe don Cárlos Maria de Alvear, recibiendo el cordon y escudos decretados como premio de honor, el primero por el presidente Rivadavia, y el segundo por el Congreso General Constituyente en 11 y 16 de Marzo.

Habiendo pasado como edecan del general Alvear, se encontró en el ataque que ejecutó en persona con varios escuadrones de caballería sobre una division brasilera mandada por el general Bento Manuel, en Camaquá, el 27 de Abril del mismo año 27.

Nombrado general en jefe del ejército el general D. Juan Antonio Lavalleja, y continuando Roca en su puesto de edecan, se halló en la sorpresa que hizo en persona al ejército imperial el 22 de Febrero de 1828, en el puesto del Padre Filiberto sobre el rio Yaguaron.

Habiendo sufrido un contraste los cuatro buques de la escuadrilla argentina que operaba en el lago Merin, el entónces teniente coronel Roca fué comisionado por el general Lavalleja para marchar á salvarla del ataque combinado que la escuadra brasilera le preparaba con sus diez y siete buques, en cuya ocasion, aprovechando un retardo que padecieron los imperiales, tuvo tiempo para hacerlos remontar el rio de San Luis, de formar trincheras en su márgen izquierda con artillería de los mismos buques, y de este modo

salvarla de la destruccion que indudablemente habria sufrido.

Despues de terminada la campaña con el Brasil, regresó á Buenos Aires, y mas tarde como edecan del general Lavalle, se halló en la accion del Puente de Márques el 26 de Abril de 1829, ascendiendo á coronel en 1830 y asistiendo á multitud de combates contra los ejércitos del tirano Rosas, que sería demasiado largo detallar.

Al declararse la guerra del Paraguay en 1865, el benemérito veterano de la independenciam, todavia se sintió con fuerzas suficientes para salir á campaña y ofrecer á su pátria nuevas pruebas de lealtad y patriotismo, pues los hombres que pertenecieron á esa generacion de titanes, entregaron su alma al Creador, creyendo aún no *haber* combatido demasiado en defensa del suelo que los vió nacer!

Despues de cuarenta y cinco años, dos meses y ocho dias de eminentes servicios á la pátria, muere como los antiguos espartanos en el campo de la lucha, el 8 de Marzo de 1866 á las 9 3/4 de la mañana en el campamento "Las Ensenaditas", sobre el "Paso de la Pátria."

Eterna gloria y veneracion para los que dedicaron su existencia á la redencion de un mundo, cuyos hijos sienten latir sus corazones á impulsos de la mas noble gratitud y cariño!

El fallecimiento del coronel Roca dió lugar á la siguiente "Orden General" espedida al ejército por el gefe del Estado Mayor en campaña:

“Ensenaditas, Marzo 8 de 1866.

Habiendo fallecido repentinamente el jefe de la 4.^a division del primer cuerpo del ejército coronel D. José Segundo Roca, se dispone :

Art. 1º Que el dia de mañana á las 7 de ella, sean trasladados sus restos al pueblo de San Cosme, donde deberán sepultarse.

Art. 2º Que un batallon de la referida 4.^a division acompañe el féretro con bandera y cajas enlutadas, debiendo tributarle los honores de su rango militar.

Art. 3º El vicario del ejército, canónigo D. José de Sevilla Vázquez, oficiará el duelo.

Art. 4º Se invita á los señores jefes y oficiales francos del ejército, para acompañar á su última morada los restos de este antiguo jefe de la independendencia y digno compañero de sus fatigas.

Art. 5º El comandante en jefe del primer cuerpo de ejército queda encargado de lo dispuesto en los precedentes artículos.

Gelly y Obes.”

Efectivamente, el 9 de Marzo, en las primeras horas de la mañana, se puso en marcha el fúnebre convoy, llevando en un humilde ataud el cadáver del benemérito coronel Roca.

Durante la marcha iban al lado del vehículo propiedad del finado, que conducia el féretro, el general Pau-nero, el Vicario del ejército y muchos jefes y oficiales que formaban doble fila á ambos lados.

Cerraba la marcha el comandante del Prado, con el batallón salteño, del que ya hemos dicho que era en esa época capitán instructor el hoy teniente general Don Julio A. Roca, digno descendiente de aquel noble patricio.

Al borde del sepulcro dióle el último adiós el general Paunero, en nombre del ejército argentino, á cuyas filas había pertenecido durante 50 años.

Debido al amor filial, los restos del coronel José Segundo Roca descansan actualmente en un lujoso sepulcro de la Recoleta.

Algún día pasarán al panteón de los *argentinos ilustres*, donde se reunirán las cenizas de los hijos predilectos de la patria.

PATRIOTISMO DE FALUCHO

Á PEDRO LOPEZ OBANZA, DISTINGUIDO REPORTER DE LA PRENSA
BONAERENSE

La campaña llevada á cabo por el general realista Canterac, despues de la ocupacion de Lima por las tropas argentinas, á las órdenes del general San Martin, fué muy ponderada por los españoles, y por todos los enemigos del vencedor de Maipo.

Sin embargo, no produjo en realidad ningun resultado que comprometiera la causa de la independencia americana.

La decision y el valor de las guerrillas argentinas, difundieron el desaliento en las filas enemigas y Canterac, fastidiado de una campaña tan estéril en ventajas, cuanto llena de peripecias y pérdidas, emprendió la retirada, convencido de que tenia al frente un ejército disciplinado y veterano que en todas partes le disputaria el paso con grandes probabilidades de vencerlo.

El general D. José La Mar, peruano de nacimiento, que habia alcanzado el grado de Mariscal de Campo en el Ejército Español, era el gobernador de la importante plaza del Callao.

Si hasta entonces habia podido sostenerse, era por los auxilios que recibia del virey La Serna; pero, convencido que este no podria socorrerlo en adelante, y acaso creyendo perdida la causa española en el Perú, firmó una capitulacion con el general San Martin, el 19 de Setiembre de 1821, en virtud de la cual hacia entrega de dicha plaza con todo su parque.

La entrega tuvo lugar con todos los honores de la guerra, dos dias despues de haber capitulado; la Division de los Andes al mando del gefe argentino don Enrique Martinez tomó posesion de la fortaleza, flameando por primera vez la bandera peruana en los castillos del Callao. Formaban parte de la citada Division el famoso regimiento de Granaderos á caballo y el regimiento del Rio de la Plata.

La noche del 4 de Febrero de 1824, se sublevaron las fuerzas patriotas, movimiento que arrastró tambien á los granaderos. Pero aquellos soldados ya no eran los guerreros de los Andes, Chacabuco y Maipo, pues en los combates, ó por las inclemencias del clima, los viejos granaderos, los campeones de las jornadas inmortales de los primeros tiempos de la Revolucion, habian desaparecido, siendo llenados los claros que dejaban en aquella legion gloriosa, á medida que rendian la vida por la emancipacion del continente.

El general don Enrique Martinez, dirigiéndose desde

Lima á sus conciudadanos, dice: "El regimiento de Granaderos á caballo contramarchaba desde Cañete hácia la Capital. Gefes animados de un celo ardiente por la causa pública, no cesaron de trabajar para inducir al Presidente á que removiese el pretesto de una insurreccion, socorriéndolos en tiempo.

"Las órdenes se dieron con la lentitud acostumbrada, y aunque se tomaron precauciones para evitar el contagio de la sedicion, los Granaderos siguieron el movimiento que derivaba del mismo origen que el del Rio de la Plata."

Apenas existian entre la infantería de la Division de los Andes, ciento cincuenta de los beneméritos soldados que cruzaron la elevada Cordillera y proclamaron la independencia del Perú al pisar las playas de Pisco. Prisioneros ó inutilizados en la guerra, caidos en el campo del honor, ó por la influencia del clima, los valientes que tantas veces ciñeron su frente con el laurel de la victoria, dormian el tranquilo sueño de los buenos.

Las reliquias que quedaban, confundidas entre los esclavos reclutados en las costas del Perú, no pudieron oponer una resistencia triunfante al elemento de indisciplina y de traicion que existia latente en sus filas.

Hubo algunos viejos soldados que antes de apartarse de los principios de la escuela militar en que se habian formado, prefirieron el patíbulo con todos sus horrores á volver sus armas contra sus banderas. Honor á ellos!

Los últimos restos de los Granaderos á Caballo no

desmintieron su nombre, completando su fama con un testimonio brillante en la Pampa de Junin y en Ayacucho, probando que si habian existido traidores, quedaban leales que podian borrar esa mancha!

El 7 de Febrero de 1824, tiene lugar un hecho dentro de los castillos del Callao, que levanta á una altura extraordinaria la fama del Ejército Argentino, dando prueba que si en un momento de ofuscacion y de desgracia, hay quien vuelva sus armas contra el pabellon á cuya sombra marcharon siempre victoriosos, en cambio hay héroes que con la antorcha que ilumina su martirio, hacen desaparecer para siempre la sombra que envuelve á una traicion.

En el Regimiento del Rio de la Plata, se hallaba en clase de soldado un valiente negro llamado Antonio Ruiz, mas conocido entre sus compañeros por el apodo de *Falucho*. Habia principiado á servir en las filas de las tropas de Liniers contra los ingleses, distinguiéndose siempre por su constancia y valor. Los ejércitos de la Independencia lo contaron tambien en sus filas, concurriendo en clase de soldado á las grandes batallas que se libraron en Chile, y despues, á la expedicion libértadora del Perú.

El pabellon español que se rindió al general San Martin en el Callao, se enarboló nuevamente dentro de los muros de la fortaleza, á consecuencia de la criminal sublevacion de las tropas que la guarnecian. Al pié del asta bandera estaba de centinela el intrépido

Falucho, que suponiendo que los acontecimientos de la noche del 4, no habían sido más que un motin de cuartel, protesta enérgicamente al ver la bandera enemiga, que se iba á izar, negándose á la vez á presentarle el arma.

Tan notable rasgo de lealtad, y tal arranque patriótico lo paga con la vida.

Sus antiguos compañeros de armas y de glorias, en vez de volver nuevamente en defensa de su bandera, estrechando entre sus brazos á *Falucho*, que les daba una lección de fidelidad y de valor, lo desarman y entre un piquete es conducido al centro de la fortaleza, sitio destinado para su suplicio.

El valiente negro camina con paso firme y la mirada altiva al lúgubre compás del ruido de los grillos, primeras cadenas que arrastró en su vida!

¡Triste cuadro el que ofrecían al mundo las pasiones extraviadas de los hombres, al llevar al patíbulo á un antiguo compañero de fatigas y de glorias, cuyo único crimen era protestar contra la traición.

El plomo que todos guardaban en sus cartucheras para arrojarlo al enemigo, como la mejor protesta de que la América quería ser libre, va á sepultarse en el pecho de *Falucho*, al tiempo que se le oye gritar con voz varonil, al caer traspasado por cuatro balas: “¡Viva Buenos Aires!” Sublime valor y civismo que aterra á los traidores que fueron sus verdugos!

El 25 de Noviembre de 1826, llegaban á Buenos Aires los últimos restos de los Granaderos á Caballo, al mando del benemérito coronel D. José Félix Boga-

do, trayendo para ser entregado á la justicia y á la vergüenza pública, tres miserables traidores: Francisco Molina, Matias Muñoz y José Manuel Castro; sargentos cabecillas de la sublevacion del Callao; que fueron juzgados y ahorcados en la plaza del Retiro.

¡Rara coincidencia! Molina fué uno de los verdugos de *Falucho*.

La justicia ha castigado al traidor, y la historia ha legado á la posteridad el nombre del granadero adicto!

EL SARGENTO GOMEZ

AL SEÑOR DON JOSE DOLDAN, BENEMERITO SOLDADO DE LA MADRID, PAZ Y
LAVALLE, EN SUS HEROICAS CAMPAÑAS CONTRA EL TIRANO
DE LA PATRIA

El ejército patriota que mandaba el general Belgrano, en el Alto-Perú, había sido derrotado por las fuerzas españolas al mando de Pezuela, en la batalla de Ayohuma.

El jefe independiente se retiraba con el resto de sus fuerzas sobre Jujuy ó Salta, que eran en este caso y debieron haber sido siempre, su base natural de operaciones.

Fué indudablemente un completo descalabro el que sufrieron nuestras tropas en aquella desgraciada jornada, pero apesar de esto el espíritu militar de los soldados de la patria no decayó en lo mas mínimo, pues se portaron con su acostumbrada bravura y sangre fria, haciendo una gloriosa y heroica retirada.

Cuando los restos de nuestro ejército llegaron á Jujuy,

el general Belgrano, llamó al valiente teniente coronel La Madrid, y le dijo: Voy á mandar á su bravo sargento Gomez (uno de los de Tambo Nuevo) con una órden del gefe de nuestra retaguardia, para que, formando toda la tropa, le permita escojer cincuenta hombres de su confianza, y vuelva con ellos bien montados á hostilizar al enemigo, y darnos parte de todos sus movimientos.

La Madrid, que conocia el arrojo y fidelidad de Gomez lo despachó con dicha órden.

El heróico sargento, demasiado confiado en el valor de sus compañeros que iba á elejir manifestó desde el principio al general, que no necesitaba de tantos, y solo sacó de la retaguardia veinte y cinco hombres, con lo que marchó al encuentro del enemigo.

Cuando el combate de Nazareno, Gomez habia caido prisionero de los españoles y servídole al coronel realista Castro, de ordenanza, cuyo gefe lo distinguió mucho. Gomez tuvo la fortuna de poder volver otra vez al lado de su bandera, desertándose al efecto del campo enemigo ántes de la batalla de Tucuman.

Puesto á la cabeza de sus veinticinco soldados, se encontró con la vanguardia enemiga en los campos de Cangrejos, y desde allí regresó tiroteándola incesantemente de dia y de noche.

Castro, que era el gefe que la mandaba, al momento lo conoció, y además se distinguia mucho por un hermoso caballo blanco, que le habia regalado el general Belgrano.

Al llegar al pueblo de Humahuaca, siempre tiroteando á la vanguardia española, acampó esta poco antes de

llegar al pueblo, y queriendo Gomez aprovecharse de ese momento para que sus soldados se proveyeran de pan, tabaco, etc., en el pueblo, se adelantó á él y parados en la puerta de una vivandera cochabambina, pidieron les alcanzara lo que necesitaban, y lo pagaron.

Instábale la vivandera para que se bajara á almorzar, pero Gomez se resistió; entonces sale aquella afuera, con un vaso de vino en la mano, y le invita á beber, suplicándole que se bajara un momento á disfrutar de un almuerzo que tenia preparado.—Gomez cede al fin á tanta instancia y se baja, mandando á sus soldados que fueran á esperarlo al punto denominado “Las Tres Cruces”, que estaba como una legua adelante, prometiendo alcanzarlos en el momento; mas la traidora mujer, á fuerza de alhagos, lo hace beber demasiado en el almuerzo, y cuando al fin logra Gomez desprenderse de ella, monta en su caballo y se retira bastante ébrio.

Probablemente aquella mujer estaba en relacion con los enemigos, y les habia dado aviso, pues muy luego llegó un escuadron de caballería. Pero Gomez, así que salió, se había apartado á la izquierda del camino, y bajándose á las pocas cuadras á la puerta de un rancho abandonado, maneó su caballo y se tendió á dormir.—Así que llegaron los enemigos cerca de la vivandera, dijoles esta: “acaba de salir en éste momento de galope, pero vá bastante malo de la cabeza, si corren pronto lo alcanzarán.”

Apenas recibido este aviso se echó á correr el escuadron, pasando sin descubrir el caballo de Gomez; pero como los soldados de éste que estaban mas adelante los vieron se pusieron al momento en retirada. Regresaban

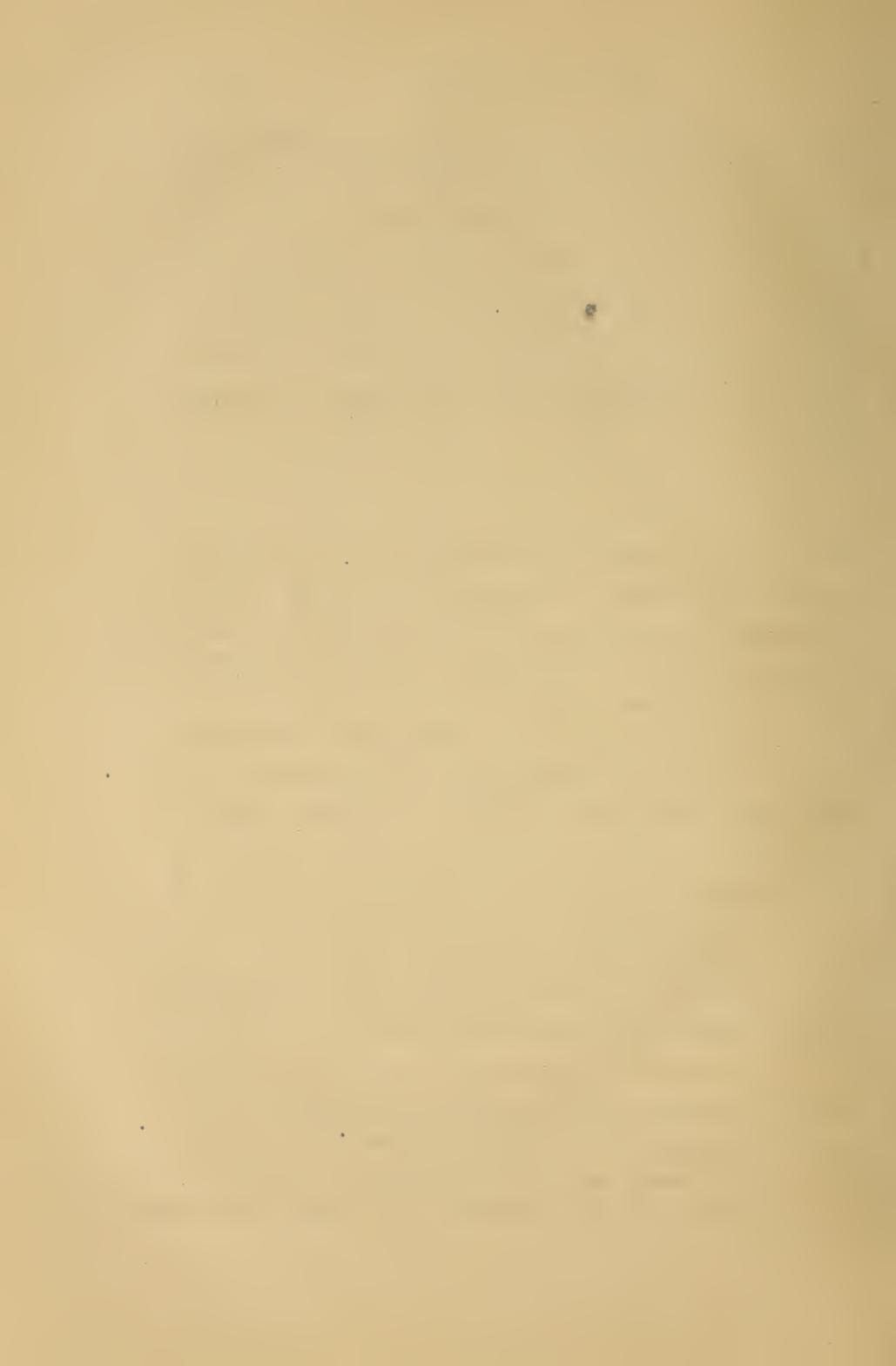
ya los enemigos maldiciendo su poca suerte, cuando advirtieron el caballo blanco y dice uno: "allí está Gomez."— Corren en tropel y despues de haber rodeado el rancho, se desmontan, y hallándolo dormido, lo atan y desarman, despertándolo en seguida.

Cuentan testigos oculares que bramaba de ira el sargento, cuando se encontró atado en poder de los enemigos. En seguida fué llevado á presencia de Castro, que le hizo mil ofrecimientos para tenerlo otra vez á su lado con toda distincion, si le prometia servirle con la misma fidelidad que antes ; pero Gomez se negó abiertamente, diciendo que no era capaz de traicionar á su pátria ni á sus gefes que tanto lo distinguian. Castro, entónces, de despecho, mandó ponerlo en capilla, pero reiterando siempre sus ofertas de salvarle la vida si le ofrecia servirlo.

El segundo dia, puesto ya dentro del cuadro en la pláza, y al tiempo de sentarlo en el banquillo, se le acercó un ayudante del coronel con otra nueva proposicion de salvarle la vida si se decidia á servirlo. Dígale á mi coronel que si quiere saber quien es Gomez, y si puedo servirle contra mi pátria, que me mande quitar las prisiones y entregándome mi sable, me haga largar dentro de este cuadro. ¿Qué puede hacerles un hombre solo? Que haga esta prueba y entónces conocerá que no puedo servirlo!

Sonó una descarga, y José Mariano Gomez, Sargento de Tambo Nuevo, cayó bañado en su sangre, ofreciendo el mas sublime ejemplo del heroismo, pues consintió en ser mártir antes que renegar de sus nobles convicciones!

El Coronel Saturnino Castro, hijo de la provincia de Salta, cuando vió estallar la revolucion del Cuzco, trató de sublevar el ejército español y pasarse con él á las banderas de la Revolucion, á las que siempre debió pertenecer, pero habiéndose frustrado su plan, fué preso y fusilado en el pueblo de Maraya, muriendo traidor á su pátria y perjuro á su fé, y acaso envidiando en sus últimos momentos la honrosa muerte de Gomez, asesinado por él!



ES UN AIRE PROPIO DE HOMBRES LIBRES

El coronel argentino D. Manuel Rojas, era en 1822 secretario del ministro Peruano D. Francisco Salazar y Baquijano, que se hallaba á la sazón en Guayaquil de Plenipotenciario de su pátria, en la época de la célebre entrevista de Bolívar y San Martín.

La Junta de Gobierno de Guayaquil obsequiaba con un banquete al Libertador, al que asistieron las principales entidades políticas y militares de ese tiempo.

Colocados á la mesa los concurrentes segun las tarjetas de los asientos, el general Bolívar ocupaba el sitio principal, y la línea del frente como Vice, el que mas tarde debia ser el inspirado é inmortal autor del *Canto á Junín*, José Joaquín de Olmedo.

Los vocales de la Junta, generales y demás señores, fueron distribuidos simétricamente en ambos lados segun la gerarquía de destinos. El coronel Rojas, ocupaba la quinta silla inmediata al Libertador, podía verlo con frecuencia y mas facilidad que otros argentinos

que estaban en los extremos, entre los cuales se encontraba el hoy ilustre general de la independencia D. Gerónimo Espejo, (de quien tomamos estos datos) entonces Capitan.

Todos habian notado que Rojas miraba á Bolivar de hito en hito, aunque disimulando un tanto con la conversacion que seguia con sus vecinos los señores Lusarraga y Tola.

Una vez que el general levantó la vista para recorrer con ella las personas sentadas á su frente, se encontró con la mirada de Rojas que parecia observarlo.

Bajó los ojos el Libertador con signos de desagrado, pero pocos minutos despues sucedió segunda escena en todo igual á la anterior: y momentos antes de los postres se repitió un tercer encuentro, que dando motivo á un diálogo en alta voz, todos escucharon en silencio.

Bolívar— (con seño) ¿Quién es usted?

Rojas — (con sonrisa y tono dulce) Manuel Rojas.

— ¿Qué graduacion tiene usted?

(Inclinando el hombro izquierdo y enseñando con el índice la pala de de su charretera) Coronel.

— ¿De que país es usted?

Con el rostro encendido, sonrisa aparente, la cerviz erguida y teniendo la mano derecha sobre cinco medallas que lucía en el peto de la casaca :

— *Tengo el honor de ser de Buenos Aires.*

— *Bien se conoce por el aire altanero que representa,*

contestó Bolívar dando una marcada espresion de ira y disgusto á su semblante.

—*Es un aire propio de hombres libres*, respondió Rojas. (Centelleando los ojos, pero en tono de satisfaccion.)

Era la primera vez en su vida que Bolívar oía responderle con altivez, pero no debia ser la última, pues Lavalle en otro banquete supo hacerlo con gracia y oportunidad.

DONDE MUERAN SUS SOLDADOS, MUERE EL CORONEL

AL SEÑOR TENIENTE CORONEL DON ALBERTO CAPDEVILA

La revolucion de 1840, encabezada por el benemérito general don Juan Lavalle, tocaba ya á su término.

El ejército libertador, formado casi en su totalidad por la juventud de Buenos Aires, sufría una nueva derrota el 28 de Noviembre, en el paraje denominado "Quebracho Herrado" del departamento de San Justo, provincia de Córdoba.

El combate comenzó á las dos de la tarde.

Oribe presentó sus fuerzas en línea oblicua, colocando toda la caballería, á escepcion de tres ó cuatro escuadrones, en el ala derecha.

Lavalle, que observó esta mala disposicion del gefe contrario, llevó un ataque rápido por la estrema izquierda, aprovechando entre otras ventajas, la que siempre proporciona el aire de carga.

Los primeros choques fueron todos favorables al ejército libertador.

Los soldados, fanatizados por su general y por la causa noble que defendían, luchaban con extraordinario esfuerzo contra un ejército mucho mayor en número.

El de Rosas contaba con 4,000 hombres de caballería, y 2,000 de infantería con 10 cañones.

Lavalle tenía apenas 2,500 soldados, consiguiendo con ellos inclinar de su parte la victoria durante el primer tercio de la batalla.

Después de las cuatro de la tarde la suerte se le mostró poco propicia.

Los libertadores empezaron á sentirse débiles por el estado de postración en que se encontraban las cabalgaduras.

Ya se hacía difícil mover los escuadrones para operar en el campo de acción.

Pocos momentos después la batalla estaba perdida irremisiblemente.

Los cuerpos que obedecían á Lavalle se desorganizaban al menor movimiento.

Era ya imposible disputar la victoria por más esfuerzos de valor que se hiciesen en este sentido.

Así es que la última orden dada en ese día memorable por el general en jefe, fué la de resistir á pié firme el choque del enemigo.

Entretanto, los soldados de Rosas se reponían de los primeros ataques sufridos, y llevaban una carga general por la derecha que decidió la victoria en su favor.

Lavalle tenia entonces reducido su ejército á menos de 1,500 hombres. Fué en esos momentos supremos que tuvo lugar el episodio que pasamos á narrar, para que como rayos de luz refleje su brillo sobre las filas del heróico ejército libertador, sirviendo á la vez de noble ejemplo á la juventud militar que se levanta en el periodo hermoso de paz y de progreso que atravesamos.

El comandante D. Pedro Lacasa habia recibido órden de decir al bravo coronel D. Pedro José Diaz, *que se salvase á todo trance* (palabras testuales de Lavalle).

Diaz, que durante toda la batalla habia peleado como un leon por los sagrados principios de la libertad, se retiraba en esos momentos con su batallon formado en cuadro, soportando una verdadera lluvia de balas.

Los soldados, alineados, silenciosos, y altivos en medio de su derrota, marchaban sin dejar abrir un claro en las filas. Por su correcta formacion parecian hacer ejercicios en un campo de maniobras, mas bien que tentar el último esfuerzo de salvacion sobre un campo de batalla.

Lacasa se adelanta, y llamando con la espada al coronel, que iba dentro del cuadro, le participa la órden de su gefe, despues de haberlo separado á distancia conveniente de la tropa.

La contestacion del coronel Diaz, dada con perfecta tranquilidad en momentos tan solemnes, fué la siguien-

te: *Diga usted al general que donde mueran mis soldados morirá su coronel*; y volvió con toda calma á colocarse en el centro del cuadro.

Rasgo magnífico de abnegación y heroísmo, que demuestra de lo que es capaz un militar que ama la gloria y respeta el deber!

EL COMANDANTE MEDEYROS

Cuando se dió en Buenos Aires el grito de libertad, el memorable 25 de Mayo de 1810, todos los corazones, especialmente los de los hombres jóvenes, que sentían latir los suyos con la fuerza y entusiasmo propio de su edad, corrieron guiados por sus nobles convicciones y acendrado patriotismo, á ocupar el puesto del honor y del deber de americanos, á la sombra de la bandera que tenia por lema la libertad y la independencia de la pátria.

Juan Medeyros, jóven de diez y seis años de edad, sintiendo inflamado su pecho por el fuego sagrado del patriotismo, acudió presuroso de los primeros, alistándose como soldado voluntario bajo las banderas de la revolucion, el 9 de Julio de 1810.

El primer ejército sitiador de Montevideo lo contó en sus filas, asistiendo á la toma de esta plaza en calidad de sargento primero en 1814.

En vísperas de rendirse el general Vigodet con toda la guarnicion, el Sargento Medeyros se hallaba de

avanzada, inmediato á las trincheras de Montevideo. En una batería se hallaba un cañon, ya cargado para hacer fuego sobre los patriotas, cuando el bravo Medeyros se precipita sobre los soldados españoles que estaban haciendo punteria y con admirable rapidez y valor, los carga á la bayoneta, hiriendo á uno y haciendo huir al otro, que lleno de pavor va á llevar la noticia al cuerpo principal. de que los patriotas habian emprendido el asalto.

Despues de haber llevado á cabo este acto de heroismo y acaso haber salvado preciosas vidas, regresa Medeyros á unirse con los suyos, que lo reciben entre sus brazos como á un resucitado, valiéndole tan distinguida accion la enhorabuena de su gefe.

Cuando tuvo conocimiento de este hecho el general en gefe del ejército patriota D. Cárlos Maria de Alvear, prometió en persona al Sargento Medeyros, el ascenso al grado inmediato superior, y diciéndole al mismo tiempo que le hiciera acordar para hacerle estender los despachos.

Medeyros con el patriotismo y desinterés que lo distinguió tanto en beneficio de su pátria, jamás hizo mencion del hecho, el que acaso permaneceria oculto para la historia y la gratitud de la posteridad, si los documentos y actores de esa época, no se hubieran encargado de hacerlo conocer. ¡Qué notable rasgo de modestia la del bravo guerrero!

Los ejércitos del Alto-Perú tambien lo contaron en sus filas, desempeñando importantes comisiones y mereciendo siempre el aprecio y cariño de sus gefes.

El sol del 20 de Febrero de 1827 iluminó su frente ceñida con la corona del triunfo y virtud cívica, en la victoria de Ituzaingó, donde también realizó un acto heroico, cuando marchaba con el inmortal Brandzen á estrellarse contra los cuadros imperiales.

A los noventa y dos años de su vida, despues de haber dedicado tres cuartos de siglo al servicio de su pátria, cubriéndose de gloria en innumerables combates y batallas por la independencia y libertad de un mundo, el noble anciano rindió su vida en esta Capital el 24 de Julio de 1886, rodeado de la estimacion y respeto que se profesa á los héroes, dejando por único patrimonio á su familia las glorias inmarcesibles de su espada, y un nombre ilustre en la historia militar argentina.

EL CONTRAMAESTRE DEL "ARZAZU" (1)

A MI BUEN AMIGO MANUEL F. DE REZABAL

La armada nacional en su corta pero brillante historia, cuenta con héroes de humilde posición que no figuran en los grandes cuadros, porque en ellos solo se destacan las figuras de importancia que reclama el relato de los hechos culminantes.

Sin embargo, podrían adornarse esos capítulos con rasgos magníficos que contribuirían a hacer más bella la perspectiva. Y al mismo tiempo se cumpliría un deber de lealtad y patriotismo sacando del olvido nombres que son dignos de respeto, a pesar de la humilde esfera en que han figurado.

Está bien que se adjudique al jefe el mayor caudal de glorias pero sin desconocer la parte que corresponde al soldado.

(1) Estos datos los debemos al capitán de la armada don Serafín José González que combatió al lado de Brown, durante la guerra con el Brasil.

Juan Apóstol, hijo de la Grecia vencida pero no humillada, es el protagonista de nuestro relato. Prototipo del valor, es uno de esos espíritus que en momentos solemnes destruyen una situación difícil, por un rasgo de iniciativa.

* El 27 de Mayo de 1821, la escuadrilla de Buenos Aires al mando del general Zapiola, había llegado á la boca del río Colastiné, después de forzar las baterías de Punta Gorda, en el Diamante.

Juan Apóstol era contramaestre del bergantín "Arzazú" armado en guerra para defender la embocadura de dicho río. Lo mandaba el comandante don Angel Hubac, de nacionalidad francés.

Este buque y la goleta "Fortuna" estaban á las órdenes del bravo marino don Leonardo Rosales, formando la escuadrilla de observación y resguardo de nuestros ríos.

En aquel año, las montoneras de la provincia de Entre-Ríos dirigidas por el gobernador don Francisco Ramirez, que se titulaba el *Supremo Entreriano* y las de Corrientes á las órdenes de Lopez Chico, en alianza con el caudillo oriental José Artigas, desconocían el gobierno de Buenos Aires.

El general Zapiola se hallaba á la sazón en Santa-Fé.

La oficialidad del "Arzazú" y la "Fortuna" dormía la *siesta*, así como la tripulación, descansando de las fatigas causadas por las continuadas guardias y rondas nocturnas.

Velaban por todos Juan Apóstol y un vijia colocado en la cruceta del palo mesana.

Varias goletas y lanchones de la montonera avanzaban cautelosamente por la costa, con el propósito de tomar á aquellos buques por sorpresa.

Con los remos forrados en cuero de carnero, marchaban en línea las embarcaciones menores, tomando el mayor número de precauciones para no ser sentidas.

Ya á pocas varas del bergantin y de la goleta fueron vistas por el contraamaestre del "Arzazú", el cual dió la voz de alarma á la tripulacion gritando en la boca de la escotilla: "arriba compañeros que nos atacan", é inmediatamente empuñaba una hacha de abordaje para cortar las amarras que sujetaban el buque de proa y popa.

Esta medida enérgica, concebida instantáneamente por el contraamaestre, y que era para él de grande responsabilidad, salvó á los buques de caer vergonzosamente en manos del enemigo.

Despues de una hora de rudo combate al arma blanca, Rosales quedó vencedor, apresando una de las goletas y dos de los lanchones que le habian llevado el ataque, é hiriendo personalmente en el abordaje al caudillo Monteverde.

Las naves de Buenos Aires se habian salvado con honra y botin debido al contraamaestre Juan Apóstol.

Sin su vigilancia y decision en el momento supremo, los dos buques hubieran sido abordados, sin que

probablemente uno solo de los tripulantes se escapase con vida.

Mas tarde, el año 1848, á los 75 años de edad, moria en esta ciudad ese benemérito soldado de nuestra armada, implorando la caridad pública.

Bien podria demandar su limosna en nombre de la escuadrilla del Colastiné!

UN TENIENTE CORONEL FEMENINO (1)

La guerra de las republiquetas en el Alto Perú se habia emprendido heróica y desesperadamente. Los naturales del país cansados de sufrir el pesado yugo de sus opresores, y entusiasmados por la libertad y la venganza, se hallaban sublevados en masa contra los españoles.

Padilla, Camargo, Muñecas y Lanza, importantes y prestigiosos caudillos, fueron el alma de ese movimiento, que hará eternos y venerados sus nombres en la guerra de la independencia.

El primero operaba en su republiqueta, cuyos indígenas lo seguian poseidos del mas grande fanatismo patriótico. Acompañábalo en todas sus espediciones y combates su señora doña Juana Azurduy, mujer de un valor extraordinario, y de un temple de alma varonil, unidos á un patriotismo y decision asombrosos.

(1) Este artículo como el siguiente, es extractado de la historia de Belgrano por el General Mitre.

Esta heroína nacida en Chuquisaca en 1781, educada en un convento, casada con Padilla á los 24 años, de gallarda presencia, rostro hermoso, y tan valiente como virtuosa, contaba en aquella época 35 años de edad. En los combates vestia una túnica escarlata con franjas y alamares de oro y un ligero birrete con adornos de plata y plumas blancas y celestes.

Despues de numerosos combates y escaramusas, el bravo Padilla fué batido por el Coronel Aguilera en el combate del Villar el 14 de Setiembre de 1816 á las tres de la tarde, y despues de muerto de un pistoletazo, el gefe realista le cortó por su mano la cabeza.

Los restos de Padilla se retiraron á Pomabamba sobre la frontera del Chaco, y en el punto denominado de Segura, se reunió una junta de guerra, á la que asistió doña Juana en su calidad de teniente coronel de los ejércitos de la pátria con que el Gobierno de las Provincias Unidas la habia condecorado por sus hazañas, y vestida de luto por la pérdida de su ilustre esposo, votó á la par de los demás capitanes, resolviéndose confiar el mando de la insurreccion al Comandante Don Jacinto Cueto.

En la *Gaceta de Buenos Aires* del 17 de Agosto de 1816 está el oficio de Belgrano recordando los servicios militares de Doña Juana, pero nunca se ha publicado la contestacion del gobierno, en que le conferia el grado de teniente Coronel y es como sigue: "DECRETO—Buenos Aires, Agosto 13 de 1816. Acúsese recibo y que se dé las gracias á nombre de la pátria, como igualmente á los demás que espresa, esperando el recibo

de la relacion que manifiesta para darlo en la *Gaceta*, como se efectúa con este parte, espidiendo el despacho de teniente coronel de Milicias partidarias de los Decididos del Perú á favor de Doña Juana Azurduy.”

OFICIO—“ El Exmo. Señor Director del Estado se ha impuesto con satisfaccion del oficio de V. S. y parte que acompaña, pasado por el comandante D. Manuel Padilla, relativo al feliz suceso que lograron las armas de su mando, contra el enemigo opresor del Perú, arrancando de su poder la bandera que remite, como trofeo debido al varonil esfuerzo y bizarría de la amazona Doña Juana Azurduy. El gobierno en justa recompensa de los heróicos sacrificios con que esta virtuosa americana se presta á las rudas fatigas de la guerra en obsequio de la libertad de la Pátria, ha tenido á bien decorarla con el despacho de teniente coronel que acompaña, para que pasándolo á manos de la interesada, le signifique la gratitud y consideracion que han merecido al gobierno sus servicios, igualmente que á los demás compatriotas que la acompañan.—Buenos Aires, Agosto 13 de 1816.—Antonio Berutti.—Al señor General del Ejército del Perú.”

Tan notable heroína, tuvo tiempo de ver á su pátria constituida en nacion independiente, pues acabó sus dias en Chuquisaca en 1862, gozando de una pension concedida por el Congreso Boliviano.

UNA CARGA TEMERARIA

La expedicion mandada por el General Belgrano á hostilizar á los españoles se habia internado en el Alto Perú á las órdenes del entonces Mayor La Madrid.

Inmediatamente empezaron á estallar en todo el país levantamientos parciales: Pezuela no les dió la importancia que realmente tenian, y si solamente cuando corrió la voz que el famoso Camargo los acaudillaba, y que estaba allí el renombrado Mayor La Madrid, cuyas empresas temerarias le hacian respetar de sus enemigos.

La Madrid se hallaba en efecto con Camargo, situado precisamente sobre el flanco izquierdo de la línea que los españoles debian ocupar á lo largo del Rio de San Juan.

Despues de Sipe-Sipe, habia reunido algunos dispersos del ejército, y formado con ellos un escuadron de caballería de 80 hombres y una compañía de 50 infantes medio armados. Hecho esto se habia trasladado al cuartel general argentino en Moraya, regresando inmediatamente con la autorizacion para hostilizar al enemigo por aquella parte.

Camargo, con sus indios armados de hondas y macanas, le habia ofrecido apoyarlo. La Madrid, que nunca habia mandado en gefe un cuerpo de tropas tan numeroso, se creía en aptitud de medirse con todo el ejército español, y esperaba impaciente el dia de la pelea, que no tardó en llegar, con romancesca gloria, para su ardiente coraje.

Los españoles destacaron sobre Cinti á fines de Enero, una columna de infantería y caballería, compuesta de un batallon y un escuadron (como 500 á 600 hombres) al mando del brigadier Alvarez. Los atalayas de los cerros anunciaron á Camargo, que la columna penetraba á Cinti, por la parte superior camino de Potosí. Inmediatamente se hizo la señal de alarma, encendiendo hogueras en lo alto de la sierra de Santa Elena y Cinti, que forman el valle de este nombre, á cuyo fondo por el sud corre el rio Pilaya, afluente del Pilcomayo.

A inmediaciones del Pilcomayo, sobre su márgen izquierda y apoyándose en la sierra de Santa Elena, están los ingenios de Culpina, situados entre dos cerros, á cuyo pié se estiende una campiña de media legua de ancho y como una legua de largo, adecuada á las maniobras de caballería.

Allí esperó La Madrid á sus contrarios el 31 de Enero de 1816, con su caballería formada en batalla en campo abierto y sus infantes destacados. Los indios en esta actitud encaramados en los cerros inmediatos, fuera del tiro de fusil.

El enemigo asomó por el este, formado en columna, con dos alas de caballería en la prolongacion de sus

flancos, y á media cuesta desprendió a su frente una guerrilla de infantería. La Madrid salió á su encuentro en la planicie intermedia de los dos cerros, fraccionando su fuerza en dos ataques falsos, el uno con los infantes por la derecha y el otro con 16 ginetes por la izquierda, manteniéndose él en el centro con el grueso del escudron, fuerte de 64 hombres, en actitud de carga. A los primeros tiros desaparecieron las alas de La Madrid.

Al frente de 10 hombres cargó en proteccion de los 16 ginetes de la izquierda, mientras el enemigo seguia avanzando hasta ponerse á tiro del escudron, hiriendo algunos de sus soldados.

Entonces La Madrid vuelve á ponerse al frente de su caballería, la proclama y manda tocar á degüello.

La columna hace alto, y la primera fila de la cabeza, hinca rodilla en tierra calando bayoneta. Sobre la línea de cazadores, todo el escudron vuelve caras dejando en el campo cinco ó seis muertos y llevando siete heridos.

Solo tres soldados, José Santos Frias, puntano, Gregorio Jaramillo, salteño, y Juan Manzanares, paraguayo, siguen acompañando en la carga á su heróico y temerario gefe, el cual dando espuelas á su caballo, se lanza sobre la línea de fuegos, recibe una descarga, y aparece pocos momentos con sus tres soldados á retaguardia de la columa, enarbolando en la punta de su espada una pequeña bandera argentina, que era la señal de reunion, sin haber sufrido mas que una contusion de fusil!

Rehecho el escudron, bajo la proteccion de los indios de Camargo, que coronaban las alturas, avanzó sobre el campo que poco antes ocupaban los españoles, y donde

habian dejado sus equipajes á cargo de una guardia. La columna contramarchó en proteccion de ella y La Madrid salió de nuevo á su encuentro en dos grupos, los cuales se corrieron por los flancos sin chocar, dejando él su caballo muerto con cinco balazos y tres bayonetazos sobre la línea de la primera fila. Los españoles, asombrados de aquel valor tan insensato como estéril, gritaban: *¡ No lo maten ! ¡ Alto el fuego !* al ver á un hombre solo y á pié, corriendo por el campo con la espada en la mano.

Debió su salvacion al oportuno auxilio que le prestaron sus no menos valerosos compañeros Frias, Jaramillo y Manzanares, quienes lo levantaron en ancas, cojiéndole uno por el corbatin y otro por el faldon de la casaca.

Sin intimidarse por estos fracasos, rehizo por segunda vez su escuadron, bajo la proteccion de los indios, y volvió con él al campo de batalla, situándose á corta distancia del enemigo, que se habia posesionado de la casa de los ingenios.

Puede compararse al general La Madrid, con el gran capitán Gonzalo de Córdoba, Bayardo, Ney y Murat; aunque no tuvo un escenario tan vasto, acaso haya superado á aquellos en audacia y coraje temerario.

SIN PÓLVORA PARA UN CIGARRO

En todos los países la gratitud nacional ha tratado por cuantos medios han estado á su alcance, de hacer populares é inmortalizar los nombres de aquellos hombres que por su inteligencia, virtud cívica ó heroísmo prestaron importantes servicios á su pátria, ó ilustraron su historia.

Ese noble estímulo, llevado en algunas naciones hasta mas allá de los límites de la justicia póstuma, es el que contribuye á que muchas veces aparezcan con mas frecuencia en el vasto escenario de la política, la milicia ó las letras, esos hombres extraordinarios que hacen la admiracion de su siglo ó la felicidad de su pátria.

Nuestra marina de guerra, que conserva incólume toda una tradicion de valor y patriotismo, una eterna epopeya que principiando en Martin Garcia sigue en "La Argentina", "Los Pozos" y "El Juncal", es sensible no tengan los buques que la componen el nombre de aquellos primeros héroes que tripularon los débiles.

barcos donde jugaron brava y desesperadamente la independencia de la República Argentina.

Creemos que es un descuido imperdonable el que se ha cometido al dar algunos nombres que casi no vienen al caso á varios buques de nuestra armada.

Echemos una rápida mirada á la historia marítima de las demás naciones, y veamos cual ha sido su conducta para con la memoria y el lustre de sus hijos que mas se han distinguido en el dominio de Neptuno.

La poderosa Inglaterra no se contenta con dar á buques el nombre del vencedor de Aboukir y Trafalgar, su nunca bien llorado Horacio Nelson, sino que en todas partes le erije estátuas y honra tambien la memoria del denodado Collingwood.

Francia inmortaliza á Lucas, acaso el único que salvó su nombre en el aciago día de Trafalgar, sin descuidar por eso á Juan Bart, el animoso corsario de Dunkerque.

Don Juan de Austria en el golfo de Lepanto aniquila el colosal poder marítimo de la media luna, y Federico Gravina disputa á Nelson la palma de la victoria en Trafalgar, y España siempre noble exhibe sus nombres orgullosa ante la posteridad, colocándolos en letras de oro en la popa de sus navios.

Grecia no ha olvidado á Miaulis y Kannaris, émulos dignos de los antiguos helenos de Maraton y Salamina.

Lissa descubre al mundo un Thegetoff, y Austria su pátria, lo premia y lo ennoblece.

Ruyter, van Tromp y Patry llevan su fama muy léjos de la frontera de Holanda que los recuerda con orgullo y gratitud.

Resplandece por fin en Navarino el astro de libertad de los griegos, y Heyden almirante de la escuadra rusa aliada de aquellos, ilustra su nombre contra los hijos del Profeta, y su pátria lo colma de honores.

Caracciolo y Doria son orgullo de Italia que jamás los olvidará.

Los escandinavos allá entre sus montañas y sus nieves veneran la memoria de Fischer, el bravo defensor de Copenhague en 1801.

Portugal, inmortaliza á Vasco de Gama y Martin Affonso de Souza.

Turquia, indolente y semi-civilizada, supo premiar á Kair Eddyn.

La gran República del Norte admira á Jones y á Faragut, Colombia á Padilla y á Brion, y el Perú llora y bendice la memoria del héroe mártir Miguel Grau.

Chile á Cochrane y á Blanco Encalada, nombres que ha dado á sus dos mas poderosas naves.

El Brasil tributa eterno homenaje á Grenfell y á Taylor.

El episodio que vamos á insertar mas abajo, es un extracto de un artículo del distinguido historiador Doctor Carranza, titulado "Los Bajíos de Arregui", y como fué protagonista principal nuestro querido y malogrado abuelo el coronel Espora, no hemos agregado una sola palabra de nuestra parte.

Si se nos preguntase el PORQUE transcribimos ese artí-

culo de todos conocido, y suceso admirado como una de las primeras glorias nacionales, responderíamos, prescindiendo de modestias mal entendidas é hipocresías refinadas: porque nos duele como argentinos que no haya en la escuadra nacional siquiera un humilde cutter ó ponton, que recuerde el nombre de quien tripuló con gloria y heroismo los primeros bajeles de la pátria, del Plata á Madagascar, de Filipinas á Méjico, á Valparaiso, y bajo las baterias de Monterrey y del Callao, asistiendo despues como segundo comandante de nuestra escuadra contra el Brasil, á *veintinueve* combates. Todo esto á los veintisiete años escasos de su vida.— Dejamos la palabra al Dr. Carranza.

“En el mes de Marzo de 1828, el Coronel don Manuel Dorrego, como gefe supremo de las Provincias Unidas, encargaba al teniente coronel Espora la delicada comision de ir á operar á retaguardia de las fuertes divisiones brasileras que bloqueaban nuestros puertos, para hostilizar su litoral desde Castillos hasta las aguas de Rio Grande, con dos pequeñas embarcaciones que puso á sus órdenes, autorizándolo á la vez para remontar su armamento y dotacion respectiva.

“ Espora, abrigó una de esas almas volcánicas que consideraban el reposo prolongado como un suplicio, porque su iman era la actividad comunicativa y la gloria!

“ Así fué que en dicho nombramiento veia un testimonio evidente de la confianza del gobierno en sus aptitudes, y el celo que desplegó á fin de justificar esa eleccion,

pudo únicamente hacerlo salvando los obstáculos que rodeaban empresa semejante.

“Jóven y bravo como era, aun vibraban en él las emociones de los combates, y vivía impaciente por reunir á estas, las de un crucero, que dirigiendo en gefe, le hiciera sentir si posible fuese en las mismas puertas de la soberbia metrópoli imperial!

“El buque que tripulaba Espora era el bergantin goleta *8 de Febrero*, armado con 4 cañones largos de á 8, y 6 granadas cortas de á 12, con un total de 79 marineros, en su mayor parte *compadritos del barrio del alto*, casi todos voluntarios.

“Entre los gefes y oficiales se contaban Guillermo Enrique Granville, Sargento Mayor Juan Antonio Toll y Bernadet, Teniente primero Gerardo Fisher, y otros.

“Desde principios de Abril ya se encontraba Espora en espectacion y listo para hacerse á la mar, como lo efectuó el dia lúnes 7 de Abril de 1828 á las cinco de la tarde.

“Rayaba el alba del 10 de Abril. El mar menos picado que la víspera, y el cielo como una inmensa cúpula de azul bruñido que parecia apoyarse en las líneas del horizonte auguraban un dia próspero, cuando de pronto señaló el vijia una vela por la popa, al S. O. del crucero, la que se supuso luego fuera la goleta *Union* que navegaba en conserva, mas como ella hiciese un disparo á las cinco y cuarto, y no siendo esa ninguna de las señales combinadas, se la tomó por sospechosa, además de que para ser goleta abultaba demasiado.

“Media hora despues estando ya claro el crepúsculo,

se reconoció que era una corbeta de guerra enemiga, la cual acto continuo repitió su cañonazo á bala, asegurando el pabellon brasileiro.

“ El bergantin goleta republicano notando que se le iba encima, se apresuró á largar todo el aparejo, izando los mismos colores, hasta las 6 y 30, que teniéndola como á dos tiros de cañon por la popa, arriaba estos para levantar los Argentinos, afirmándolos á su vez con un cañonazo á bala.

“ La corbeta, daba el costado poco despues, para contestar con tres disparos, pero observando que sus proyectiles no alcanzaban aún, cesó de hacerlo, volviendo á arribar sobre el patacho, hasta que á las 7 y 45 se le puso á tiro hecho, y abrió el fuego nuevamente.

“ Espora, obligado á evitar un adversario tan poderoso, quiso mostrarle sin embargo, que lo hacia de *malgana*, y mandó colocar un cañon de á 8 en las portas de popa, con el que se le dirigieron algunos tiros, mas como aquella, para hacer fuego tenia que orzar ya al N. ó al S. se la iba dejando, hasta que consiguieron zafar de sus baterías por haber refrescado el viento.

“ A las 10, tenian á dos tiros de cañon la corbeta imperial, que navegaba con alas y rastreras á babor y estribor, pero los republicanos echando tambien afuera todo su aparejo firme y volante la dejaron dos horas despues cosa de dos millas por la popa.

“ Era ya medio dia. El cielo y horizontes, la mar llana, y el viento bonancible del O. S. O. que el 8 de *Febrero* llevaba cerrado en popa, esquivando siempre á la corbeta, que á una milla lo seguia haciendo algunos

disparos, y de las que á veces se lisonjeaban poder escapar, ó ya se creían prisioneros los que montaban aquel.

“ Las horas se iban así deslizándose en la mayor ansiedad. Con los cañones cargados y en disposición de combate desde temprano, reinaba a bordo el silencio prescrito por la disciplina en momento de peligro inminente, y apenas interrumpido por el canto del pito de los contramaestres dirigiendo la maniobra. El frío era glacial, y la noche única aliada que podían invocar en su auxilio, aun estaba distante.

“ Fué en ese momento, que acercándose al segundo comandante, los voluntarios Hipólito Chacon y Tomás Rios, se adelantó el primero, que había sido platero en el *barrio del alto*, y la echaba de *ladino* y cuadrándose solicita venía para hablar al *Comandante*. Toll, movido por la curiosidad le preguntó el motivo que lo llevaba.

“ *Mi Mayor*” repuso el resuelto criollo en su locución peculiar, “*decíamos con los compañeros, que mas antes de entregarnos, ujala le hicieramos una tantiada al barco enemigo, que dende hoi nos trai como tientos en boca de zorros, sin darnos resuello ni pa un cimarron, porque si Dios nos ayuda y saltamos á bordo, que hagan de cuenta que son almas de la otra vida, porque ni mas que con los cuchillos, no tenemos ni pa empezar con todos ellos, haber como no son como langostas y livianos como reyunos materos.*”

“ El mayor Toll, miró atentamente á aquel tipo enérgico del *gaucho*, y haciendo esfuerzos para no ser traicionado por su seriedad al oír tan singular perorata,

disimulando esa falta inconsciente á la disciplina, se limitó á dar esta contestacion :

“ *Vuelva Vd. á cubrir su puesto, y diga á los demás que el comandante sabe su deber.*”

“ Vamos á ocuparnos del desigual pero glorioso combate que sostuvo el buque republicano con una formidable escuadra brasilera, prescindiendo de los numerosos percances y peligros que afrontó durante el crucero, y veamos cual fué la conducta de sus tripulantes y si los nobles gauchos supieron sostener dignamente en medio de la pelea el entusiasmo y valor de que fué intérprete su compañero Chacon.

“ El juéves 29 de Mayo, como á eso de las ocho, despues de despejarse la niebla que cubria el horizonte, el 8 de Febrero, se encontró en el centro mismo de una escuadra enemiga, compuesta de los buques siguientes :

Corbeta—*Liberal*, 22 cañones.

„ *Carioca*, 22 id.

Bergantin *Pirajá*, 18 id.

„ *Constancia* 14 id.

Lugre—*Príncipe Imperial*, 14 id y 1 giratorio de á 18.

Bergantin Goleta *Honor* (a) *Pojuca*, 10 id.

Goleta *Grenfell*, 11 id, de los que 3 eran de á 24.

Goleta *Bella Maria* 10 id y 1 coliza de á 18.

Cañonera—cúter *Independencia*, 4 id y 1 de á 18 y otra cañonera con un cañon de á 18 tambien.

Los imperialistas emprendieron la caza, y su gefe, el capitan de fragata Juan Francisco de Oliveira Botas,

creyendo habérselas con un pusilánime, hizo señal á uno de sus batidores, para que con bandera de parlamento, y forzando vela se aproximase al bergantin goleta argentino y le intimara rendicion.

Espora le contestó con la bocina, que no lo haria, sin salvar antes el honor del pabellon que arbolaba, y media hora despues, se abrió un fuego terrible sobre aquel leon acosado por numerosos leopardos.

El dia era apacible, la brisa matinal apenas se insinuaba, y la costa argentina veíase en lontananza y casi velada por una cortina de niebla, cambiando por instantes de aspecto y de perspectiva las formas caprichosas de aquella.

Las arrogantes naves brasileras, abiertas ya las fauces horrendas de sus baterias, se aprestaban á vomitar el fuego y la sangre.

Pero Espora, educado en los peligros de la profesion y práctico en sus contrariedades, acude á todo con igual solicitud, comunicando á los suyos ese temple de su naturaleza febril, excitado por la vehemencia de sus pasiones, y bien ajeno del desenlace que le reserva la suerte en el partido que va á jugar.

“Ea, muchachos!” les dice, “ahí está el enemigo, y aunque nuestras fuerzas sean desiguales, vamos á enseñarle que somos dignos de mantener el nombre glorioso que lleva este buque. A los artilleros recomendando la punteria, y á todos la mayor disciplina, porque seré inexorable con el que la quebrante—pero en cambio, os juro sobre esta espada y en presencia del

sol de mayo, que si las balas respetan mi vida como otras veces, no descansaré hasta obtener que el gobierno premie con mano generosa á las familias de los que caigan hoy en defensa de la honra nacional—Marinos y soldados del *8 de Febrero*, solo los cobardes se rinden sin pelear, y aquí no reconozco sinó argentinos y republicanos—Compañeros, arrimen las mechas y VIVA LA PÁTRIA!”

Estas palabras, inspiradas por al patriotismo, y pronunciadas con toda decision en aquel momento supremo, electrizan á los fuertes y dan aliento á los que no lo eran, si acaso habia algunos, confundiéndose los hurras con los estampidos de los cinco primeros cañonazos de estribor.

Sin embargo de que la ansiedad era visible en no pocos de los semblantes, al contemplar aquel duelo temerario entre un pequeño bajel y una poderosa escuadra—cumple declarar en loor de la verdad histórica—que ninguno de los *sesenta* bravos (porque en anteriores combates parciales habian muerto algunos) que montaban el *8 de Febrero*, se permitió significar ni siquiera con la mirada lo que iba á ser de ellos. La confianza que tenian en su gefe era plena, y con él, debian salvarse ó sucumbir en silencio.

Mas este, que segun su costumbre en tales casos, se paseaba de babor á estribor con la espada y el antejo bajo el brazo, despues de haber reconocido de acuerdo con su segundo, que se encontraban á la altura del Tuyú, resolvió embicar, con cuyo objeto, dispuso se maniobrara haciéndose á la costa, por lo que solo

avanzaron en su seguimiento los buques mas lijeros del enemigo.

Entre tanto, el combate asumía de una y otra parte, un carácter de encarnizamiento estremado.

Envueltos los belijerantes en torbellinos de humo, recorridos sin cesar por largos regueros de fuego, formaban con sus andanadas, tan rápidas como sucesivas, un estruendo continuo y siniestro.

Los tripulantes del bajel republicano hacian prodijios, y los claros abiertos por la metralla en la dotacion de sus cañones, eran cerrados al instante con nuevos combatientes.

Marineros y soldados rivalizaban en actividad y coraje, y fué en ese arrobamiento géneral que el intrépido Carlos Márcos Robinson, uno de los actores del Monte Santiago, fué dividido por la misma palanqueta que llevara una pierna al cabo de pieza, Ramos.

Pero cuando era mas récio, el cañoneo, tocó el timon del *8 de Febrero* en los *Bajios de Arreguú*, cerca de la embocadura del rio San Clemente, y quedando ya sin gobierno alguno, iba á ofrecer en adelante un blanco mas seguro á las punterias de los imperialistas.

En efecto, nótanlo estos, y acortan de paño, quedando á tiro de fusil, á escepcion de la *Bella Maria* y las cañoneras que siendo de mas débil tiro de agua, consiguen ponérsele por sus aletas y muras, y en esa posicion, continuan causando verdaderos estragos sobre el puente republicano, cuyas batayolas y pasamano son

tambien barridos por las balas que llúeven y silvan en todas direcciones.

No obstante, el 8 de *Febrero* continúa su defensa favorecido por la bajante que impide aproximarse al grueso de las fuerzas que lo baten y abruman impune con sus proyectiles de á 32, abriéndole anchas heridas en el casco y arboladura.

DIEZ HORAS despues de roto el fuego, ondeaba aun la bandera argentina en su puesto de honor, pero sus abnegados defensores habian sufrido ya bajas sensibles, consumiendo sus novecientos tiros de cañon, empleándose en tacos hasta la ropa del equipaje, sin escluir todo el repuesto de mosqueteria, y con cuatro piezas demontadas, y grandes averias en los palos, manobra y velamen, aguardaban como un consuelo supremo, la caida de la noche para deliberar acerca de su suerte.

Por fin llega esta, que casi siempre es la aliada de la desgracia, y ocultando en sus tinieblas á los combatientes, sucede la calma al estridor mortífero del cañon.

Pero el enemigo, como un lobo hambriento de gloria, quiere utilizar sus sacrificios, asegurando la presa ya inerme y se apresta á seguir sus movimientos ofensivos, con el repunte de la marea, en el propósito de coronar su obra de esterminio con la primera luz del alba.

Espora, que al travez de las sombras trasporta su anteojo de un horizonte al otro con la rapidez de los hipógrifos del Ariosto—adivina luego la intencion del

adversario—y celebrando junta de guerra, resuelve salvar la gente, para en seguida librar á las llamas la nave teatro de su valor, impidiendo así fuera reconquistada por aquel.

La noche lóbrega y fria, iba ya por la mitad de su carrera, cuando se emprendia la construccion de una jangada con los masteleros, vergas y botalones del buque, faena que terminaba á las cuatro de la mañana. Media hora despues, hecho el trasbordo de la tripulacion, se ordenó al bote remolcarla hácia tierra—quedando á bordo el comandante con su segundo, 4 heridos de gravedad y los asistentes de ambos jefes.

El oficial Fisher, encargado de este servicio, debia regresar por ellos si le era posible—mas, no habiéndolo verificado hasta el amanecer—observando Espora los preparativos del enemigo, iza la bandera nacional y saludándola con un disparo sin bala, la arrió en seguida, con los ojos arrasados en lágrimas, creyendo no haber hecho lo bastante por ella, cuando quedaba aún con vida para entregarla á los agresores de su patria!

Pero estos lo comprendieron de otra manera—y— así fué la verdad—por que la resistencia no pudo ser mas honrosa, ni mas memorable.

Sube en seguida á la toldilla para hablar con la bocina á las embarcaciones menores que desprendidas por el enemigo, se iban aproximando con el objeto de marinar su buque. La primera que llega es la de la *Bella Maria*, la cual habia tenido que barar tambien sobre el banco, para aprovechar mejor sus pun-

terias. Iba mandada por un guardia marina, y como manifestara sospechas de que se abrigase la intencion de hacer volar el patacho—contestóle Espora con amarga ironia—“*Atraque, señor oficial con confianza—pues le doy mi palabra que están clavados los cañones, y no tengo pólvora ni para un cigarro.*”

Poco despues, le enteraba de su nombre y de su grado, agregando, que tanto él, como su segundo el mayor Toll, alli presente, deseaban entregar su espada á un jefe de igual categoria.

El jóven oficial, replicó—que apesar de carecer de instrucciones, no vacilaba en conducirlos armados hasta la goleta á que pertenecia—porque tanto él como sus compañeros, desearian poder imitar su conducta en un caso análogo.

En efecto, á las 11 a. m. fueron trasbordados á la *Bella Maria*, siempre con sus heridos que no se decidian á abandonar, permaneciendo á bordo de ella, hasta el 2 de Junio, en que se les pasó á la *Liberal*, que era la corbeta de la insignia.

Como se ha dicho antes, el jefe de la 2.^a division bloqueadora, llamada del Salado, era el Capitan de mar y guerra João Francisco de Oliveira Botas, antiguo comandante del *Pirajá*, y mejor conocido en el Rio de la Plata, con el sobrenombre de *Don Juan das Botas*—quien, á pesar de su origen portugués y hallarse destituido de educacion, habiendo principiado su carrera durante la guerra de la independencia del Brasil, fué ascendido por sus merecimientos, desde simple práctico y contraamaestre de lanchones.

Al anunciársele el apellido de su intrépido prisionero, lo repitió frotándose las manos — *Espora? (espuela) fazime falta para as Botas....!*” Sin embargo, lo trató con atención, permitiéndole, así como á Toll, que conservara su espada. Pero observándole el comandante de la *Liberal*, João Enrique Carvalho Melo, su resistencia, pesados los elementos de que disponía con los que lo atacaban, había excedido los límites de una justa defensa, causando desgracias inútiles—contestó Espora, que lo había hecho para salvar los deberes del honor, y que hallándose prisionero, lo escusara entrar en detalles acerca de sus propósitos ulteriores. *Acepto las excusas de V. S. replicó el comandante brasileiro visiblemente desconcertado, y en cambio de la poca discrecion, mientras permanezcan ambos en este buque, quedan invitados á mi mesa, pues desèo me dispensen su amistad.*

El jefe de la division, le dió á su vez ciertas esplicaciones, por haber hecho fuego tres de sus barcos, ya bajada la bandera, emblema de combate del *8 de Febrero*—error en que incurrieran estas á causa del humo que les impidió distinguir las señales en oportunidad.

El 3 de Junio á la 1 de la tarde, consiguieron los imperialistas desencallar el *8 de Febrero*, incorporándolo á la línea, luego de reparadas sus principales averías, al mando del Teniente Joaquin Sabino da Silva. Al día siguiente á las 4 p. m., el jefe enemigo se dirijia con aquél y otras tres represas para Montevideo, bajo escolta de la *Liberal* y *Bella Maria*,—hora

en que los buques restantes, daban tambien la vela á cruzar fuera del Rio de la Plata, á escepcion de la *Grenfell* que antes de encaminarse para el Rio Grande, se mantuvo algunos dias de guardia á la vista de tierra.

El 8 entraba Oliveira Botas al puerto de su destino, y el 11 lo hacia tambien la fragata *Principe Imperial*, con el almirante Pinto Guedes—quien, al tener conocimiento de la situacion angustiosa de los bravos Espora y Toll—esclamó en presencia de su estado mayor - *Oficiales que se han portado como los del 8 de Febrero, no merecen ser prisioneros*—ordenando á la vez, que la misma corbeta *Liberal*, los condujera á la línea bloqueadora de Buenos Aires, donde se haría un parlamento, á efecto de proponer el canje de ambos jefes, por el capitan de fragata Guillermo Eyre y el teniente 1º Antonio Carlos Ferreira—comandante que fué de la goleta de guerra *Leal Paulistan* (a) *Maldonado*—apresada por Fournier en la isla de Gorriti el 26 de Setiembre de 1826—y el otro, jefe de la 2.^a espedicion brasilera rendida en las costas patagónicas á fines de octubre de 1827—significando asi mismo á los primeros, que caso de no asentir su gobierno á la enunciada invitacion—que la formuló en una nota la mas atenta y honorífica para los que la motivaron—que Jansen en el seno de sus familias, bajo su sola palabra de honor de no volver á tomar las armas durante la guerra—y agregó todavia el anciano Baron, al estrechar la mano de sus prisioneros á los que tratara y despedia con una generosidad tan digna de aplauso—“*Quieran*

decir ustedes al señor almirante Brown, que estoy dispuesto á entrar en ajustes sobre canje de prisioneros, á escepcion de los que hemos tomado en corsario y de los que ustedes nos hicieron en el Juncal. A estos reputo unos cobardes y á aquellos unos aventureros."

A las 4 de la tarde del 11 de Junio, con lluvia y viento del E. se observaba dando bordadas sobre el banco, una goleta enemiga, la cual, se anunció con un disparo, afianzando la bandera de parlamento. Habiéndosele contestado por la *Maldonado* que tenia la insignia de Brown --adelantó aquella hasta fondear en balizas interiores--y esa misma noche, un bote de la capitana que salió á encontrarle, ponía en tierra sanos y salvos, incluso sus asistentes, á los beneméritos prisioneros--que fueron recibidos por sus conciudadanos con aclamaciones y vivas á la pátria.

El gobierno de Buenos Aires encargado de la direccion de la guerra, se apresuró á corresponder la digna conducta del gefe imperialista-- y á la una de la tarde del 14, daba la vela con direccion á la escuadra bloqueadora el dia *30 de Julio* de parlamento, conduciendo á los oficiales Eyre y Ferreyra--retirados con urgencia del pueblo de Dolores, lugar de su confinamiento, en canje de los anteriores--que haciendo honor á la República, quedaban aptos para prestar nuevos y eficaces servicios en adelante.

La noche siguiente, regresaba dicha embarcacion despues de comunicar con la escuadra enemiga, que encontró fondeada entre la Colonia y Punta de Santiago.

“ Los señores Espora y Toll,” decía un diario de la época, parco en elogios, “ deben estar satisfechos de que la rendición del *8 de Febrero*, despues de una defensa heróica, y las consecuencias de ese suceso, les hacen un honor á que deben ambicionar los buenos militares.”

“ No vacilé en mandar á Buenos Aires,” consigna el almirante brasilero en su parte, “ un buque que llevase á estos dos honrados oficiales, bajo su palabra de honor de no servir contra el imperio en la presente guerra, caso de no ser canjeados” “ ambos no abandonaron sus heridos, haciéndose prisioneros con ellos ”

*
* * *

En esa refriega temeraria, el viento, las corrientes, la eleccion de los medios de ataque y hasta la posicion misma, se anunciaron en favor del enemigo, fuerte de diez buques ; artillados con 129 bocas de fuego, entre estas, no pocas de á 32, y con una dotacion que pasaba de 1,200 plazas.

Sin embargo, tantos elementos poderosos, fueron contrarrestados, durante un dia entero, por un pequeño bergantin goleta de 10 cañones, montado por 60 decididos, á las órdenes de dos jefes jóvenes, cuya conducta en la ocasion, no podia ser humanamente excedida—rindiéndose despues de haber disparado el último tiro, con su comandante contuso y una tercera parte de los tripulantes fuera de combate—asombrando al vencedor,

que fué el primero en atestiguar su simpatia y su respeto á tanto valor, á tanto heroismo.

Y si dicha campaña, no diera resultados fecundos, á escepcion de la presa interesada que tomó puerto de salvamento, es necesario tener presente, que el crucero que la hizo, fué talvez el último que salió á la mar, cuando la guerra se encontraba en su postrer periodo, y cuando el cañon de los numerosos corsarios del Rio de la Plata, habia ya barrido de tal modo las aguas del litoral brasilero, y orijinado tantas calamidades á su tráfico marítimo—que era uniforme la grita armada desde el Rio Grande hasta el Amazonas—pidiendo la paz al soberbio monarca europeo, que en los sueños de su ambicion, pretendia llevar adelante una lucha tan impopular como ruinosa á los intereses de sus nacionales.

Afortunadamente, la mediacion de una potencia amiga, debia muy luego, poner término á las hostilidades de treinta y cuatro meses—haciendo que el lejano estampido del Tuyú, fuera uno de los últimos écos de aquella lid—que dió tanto relieve al temple de un guerrero argentino, y el cual sin desalentarse por la desigualdad de sus medios de accion—juzgó que si bien no era posible vencer ó evadir el combate, era dado al honor del pabellon que ondeaba en el bajel de su mando, y al crédito de las armas que le confiara su país—sostenerlo con decoro, como lo hizo, arriándolo, solo cuando la sangre de sus defensores corria en abundancia al pié del mástil que lo sustentara!!!”

Despues de treinta y cuatro meses de guerra, la

República Argentina salía vencedora, pues el Imperio tuvo que desistir de la anexión de la República Oriental, y los bravos marinos argentinos demostraron que aunque con buques completamente inferiores, podían defender y hacer triunfar una santa causa.

FIN

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Carta del señor Coronel Guido.	7
Prólogo de la primera edicion	9
Naõ comerás mais paõ	11
Patriotismo de una madre.	19
Un sable inmortal.	25
Por un par de ojos negros.	33
En la mesa de mis padres, donde se muda un mantel á cada plato.	37
Tres mártires.	41
Un abrazo de héroes.	47
Tomá Cerrito.	53
De ande yerba. . . puro palo !.	59
A ferro frio	65
Por la vida de un hombre	69
El sorteo de Matucana.	75
La desgracia no me ha dejado acabar de cumplir con mi deber.	81
Patriotismo.	87
José Luis Molina	91
Caballería de marina	97
El colmo del patriotismo.	101

	<i>Págs.</i>
Patriotismo de las porteñas.	107
Fray Luis Beltran	109
Patriotismo del bello sexo mendocino.	113
No queré azuca, pues tomá azuca.	117
La madre de la Pátria.	121
El Sargento Bracamonte.	123
Mano blanca y mano negra.	127
Los Sargentos del Tambo Nuevo.	133
Magnanimidad del General San Martin	139
Pantalones y camisas de tacos de cañon	143
Gloria á los vencidos en Chancay.	149
Veinte y nueve dias de gloria.	155
Veinte cargas en tres horas.	163
Como cumplan su consigna los centinelas del general San Martin	173
El combate de Chunchanga.	177
El coronel José Segundo Roca.	183
Patriotismo de Falucho	193
El Sargento Gomez	199
Es un aire propio de hombres libres.	205
Donde mueran sus soldados, muere el coronel	209
El comandante Medeyros	213
El contramaestre del Arzazú.	217
Un teniente coronel femenino.	221
Una carga temeraria	225
Sin pólvora para un cigarro.	229

100

LIBRARY OF CONGRESS



0 015 770 642 1